EL AVARO.

COMEDIA

ESCRITA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

POR

J. B. POCQUELIN DE MOLIERE.

TRADÚCELA AL CASTELLANO

DON JUAN DE DIOS GIL DE LARA,

CAPITAN DEL CUERPO NACIONAL DE ARTILLERIA, EX-CATEDRATICO DE MATEMATICAS DEL SEMINARIO DE NOBLES CANTABRICO, &c. &c.

SEGOVIA, IMPRENTA DE ESPINOSA.
AÑO DE 1820.

Ya hacia diez y ocho siglos y medio que Marco Accio Plauto habia espuesto á la befa del pueblo romano la torpe avaricia, cuando Moliere proporcionó al de París una gloria igual á la que habia disfrutado la señora de las naciones. Mas el letargo de que salia la Francia fue causa de que no se conociese el mérito del Avaro, y que por todas partes levantasen su grito la envidia y la maledicencia contra el nuevo género de comedia que introducia Moliere, el cual le proporcionaba una palma que deseaban para sí sus detractores sin saber merecerla. A ellos se debió que el autor de la presente composicion se viese precisado á recogerla apénas habia visto la luz pública en el mes de febrero de 1668, dejando pasar el tur-

bion de inepcias y despropósitos con que profanaron las prensas Rochemon, Chevalier y otros compañeros que lograron ver de letras de molde unos nombres que yacian en la oscuridad y en el olvido.

Cuando ya iban descansando los coplistas de aquellos tiempos de la ruda faena en que se habian metido de persuadir al pueblo y á la corte, al necio y al curioso, al pobre y al rico de que una pieza en cinco actos habia de estar en verso para que se pudiera aguantar su representacion; apareció otra vez sobre la escena el Avaro en el inmediato mes de setiembre, y tuvo todo el buen éxito que se podia prometer su autor de un pueblo que de dia en dia se iba ilustrando y conociendo cual era el mérito de la verdadera comedia. Mas nacida con mala estrella, hubo de sufrir un encuentro tanto mas terrible, cuanto era con un li-

terato de opinion bien sentada.

El poeta Racine, que debia una gran parte de su gloria literaria á los premios y á las amonestaciones de Moliere, atribuyendo injustamente á su protector una crítica que salió contra la Andrómaca, sacrificó á su resentimiento su buen gusto, su amistad, hasta la gratitud que le debia; y aunque el tiempo le desengañó, la reputacion de que gozaba sostuvo contra el Avaro la guerra que habia principiado por otro motivo.

Los sinsabores que tuvo Moliere por esta comedia los tuvo por todas las composiciones suyas que no eran puras farsas. Y cuando á su muerte se celebraron los mismos chistes, las mismas escenas que se habian impugnado ántes; cuando se vió que no salia en toda la Francia, en la Francia que se hallaba en el siglo de oro de su literatura, un poeta dramático que siguiese

por el camino que habia franqueado este maestro, parecia que deberian de haberse dedicado los literatos al estudio de sus obras por lo ménos para revelarnos el secreto por donde habia llegado al templo de la inmortalidad; pero echando por el camino mas corto, limitaron su ambicion á manifestarnos los errores que habian encontrado en las piezas que se habian dignado leer, no habiendo ganado en esto la ciencia mas sinó el que succediesen al enjambre de literatos de café que zumbó miéntras Moliere se presentó en público, los hombres mas ilustres con que se glorió la Francia en el siguiente siglo. Todos á una voz confiesan que el Avaro es una obra maestra entre las comedias de carácter, y todos en prueba de ello con caridad bien singular apuntan un defectillo. De modo que sinó fuera porque la misma diversidad de pareceres pusiese la cosa en duda; ó

mas bien porque sus autores han pretendido que tales críticas pasen bajo su palabra, debia de ser esta comedia la peor del mundo. Mas por fortuna nuestra no es así.

Su intriga con suficiente interes para que sin dejar de caminar la accion á su fin no ofusque el carácter dominante, se desenlaza naturalmente, ofreciendo un modelo de como se han de presentar los disfraces en las comedias; los cuales solo deben tener lugar cuando puedan cumplir con todo lo que esige la verosimilitud. Su argumento, como versa sobre pasiones generales, es de todas edades y de todas las naciones; y como está manejado con tanta maestría, ni dará en ojos al español presentando un papel tan esagerado como podria componerle un ingles que obedeciese á la propension de no parecerse á nadie; ni á este, si abundase en aquel tono caballeresco, ó en aquella licencia de

imaginacion que tanto reinan en las comedias españolas.

Su diccion tan sencilla y natural como se deja conocer por la dificultad que todos los dias encuentran los cómicos en reemplazar la falta de memoria, y su diálogo en el que no hay ni un solo egemplo de una entrada mal hecha ni de una réplica que no venga al caso en cuantas piezas compuso, son dos prendas tan perfectas en Moliere y tan necesarias en un poeta dramático, que no hay hombre de gusto que no se haya lamentado de que los sucesores de aquel genio no le hayan seguido en la inovacion que hizo en el arte por este lado. Y por último aquel modo de presentar el primer papel contrastado, no por otro de naturaleza opuesta que parta con él la atencion del espectador; sino por circunstancias que estando en oposicion con su carácter le hagan brillar, poniéndole á pique de estraviarse;

y ademas la leccion práctica de como se han de presentar los pensamientos, las escenas y toda la fábula, da la mas justa y relevante idéa de Moliere. Estos dos puntos de vista sobran para considerar al Avaro como un modelo.

Si su autor se hubiera contentado con imaginar una serie de incidentes que sucediéndose unos á otros de un modo inesperado, hubiesen hecho crecer el embarazo y el interes de la accion hasta cierto punto, llegado el cual todo hubiera terminado; no habria hecho mas que inventar una comedia, tal vez de intriga, que ni aun hubiera llenado el gusto de los metodistas, satisfechos solo cuando mojan la pluma para tachar las obras agenas. Pero convencido de que la verdadera ciencia consiste mas bien que en dar preceptos en ponerlos por obra, tomó rumbo mas sublime, y erigiéndose en maestro enseñó como se debian tratar y hacer in-

teresantes hasta las cosas mas frívolas de los escritores que le habian precedido. La imaginacion produce todo lo que se quiera; mas no siempre las producciones llevan consigo el don de agradar tanto porque no siempre son felices, como porque no se sugetan á la lima que puede darles la crítica y aquel sentido particular para conocer á donde llega lo justo: dotes que rara vez se reunen en un sugeto y á las que debemos los trozos llamados por mal nombre de imitacion, que abundan en el Avaro. ¡Modelos que admira la posteridad, cuyo cotejo es mas útil para el que quiera iniciarse en los misterios de Talía, que tantas reglillas como se hallan acinadas en todos los cursos de humanidades!

Bien merecia una obra como esta darse á conocer á una nacion tan rica en comedias y en escritores cómicos; pero no era acreedora á sufrir los tormentos que

nos dicen los franceses haber padecido en Lóndres bajo el poder de Sadhwell y de Fielding, cuando aun vivia Moliere y en el año de 1733. Ni era de esperarse que habiéndose presentado en España en dos épocas tan diversas como son aquella en que se le hizo á su autor la merced de llamarle el Calderon español, y aquella en que se creia que Moliere no se podia comparar con Calderon, ni este con Lope &c; no lo hiciese alguna vez con todas sus bellezas y gracias naturales: pero pudo mas que estas su mala suerte. En el año de 1753 apareció tan cruelmente dilacerada como que el traductor con un tajo de su erudicion la privó de ser comedia. En él de 1800, sinó tan defectuosa, salió tan malamente como se deja ver por el juicio que insertaron los redactores del memorial literario en el del mes de junio de 1801. „Pero concluiremos, decian, la-

,,mentándonos de que semejantes ,,comedias no caigan en manos de ,,buenos traductores que las na- ,,turalicen en nuestra escena, y ,,hagan el honor débido á los ge- ,,nios inmortales por sus subli- ,,mes composiciones.“ Las muestras que van al fin del tomo darán á conocer el mérito de ambas.

No cree el tercer traductor haber rayado mas alto que nadie, porque sabe lo que se necesita para traducir bien, para traducir por el estilo de *la escuela de los maridos*; pero está en la persuasion de que ha curado á esta pieza de las llagas que la hacian tan deforme. Si aun quedasen algunas, si alguien mas á propósito quisiese impugnar la presente traduccion publicando otra mas aventajada; la leerá con gusto, y se afirmará en la idéa que tiene de que las obras humanas se perfeccionan á fuerza de dias, á fuerza de correcciones.

PERSONAS.

D. Nicomédes.
D. Anselmo.
D. Canuto.
Luisa.
Mariana.
Hipólito.
Jacinto.
Marta.
Leonarda.
Simon. } Criados.
Toribio.
Domingo.
Perico.
Un alcalde.
Un escribano.

La escena es en Barcelona.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

JACINTO Y LUISA.

Jacinto.

¿Qué es esto, amada Luisa? ¿Despues de las oficiosas protestas con que me has acreditado tu afecto estás melancólica, y sollozando cuando á mí me rebosa la alegria? ¿Te pesa ya haberme hecho feliz? ¿Te arrepientes de la palabra en que logró empeñarte mi amor?

Luisa.

No, Jacinto: léjos de arrepentirme de lo que he hecho por tí, me siento arrastrar á ello por un impulso tan alagüeño, que no me deja ni aun valor para desear que no llegue á verificarse; pero si te he de decir la verdad, estoy inquieta

hasta ver el resultado, y temo amarte mas de lo que debia.

Jacinto.

¿Pues qué tienes que temer de la fineza que me has hecho?

Luisa.

¿Qué puedo temer? Una porcion de cosas á un mismo tiempo. El enojo de mi padre, las reconvenciones de mi familia, el qué dirán las gentes, y mas que todo, Jacinto, la mudanza de tu corazon, y esa culpable indiferencia con que soleis los hombres pagar las pruebas demasiado vehementes de un inocente amor.

Jacinto.

No me hagas la injusticia de medirme con la vara que á los demas. Piensa de mí todo lo que quieras, ménos el que pueda faltar á lo que te debo. Te amo, Luisa mia, demasiado para que asi lo hiciera, y mi amor durará tanto como mi vida.

Luisa.

¡Ah! Jacinto: todos dicen lo mismo: todos son iguales en las

palabras; los hechos, los hechos son los que hacen ver la diferencia de unos á otros.

Jacinto.

Pues si solos los hechos nos dan á conocer, miéntras que el tiempo no te dé lugar para que me juzgues por los mios, no andes con una ridícula malicia á caza de faltas que solamente ella te puede presentar entre temores infundados é injustos. Por Dios te pido que no traspases mi corazon con la aguda saeta de una sospecha injuriosa, y que me des tiempo para convencerte con repetidas pruebas de la honradez de mi amor.

Luisa.

¡Ay! ¡qué fácil es la entrada á la persuasion, cuando viene de la persona que una idolatra! Si, Jacinto: considero tu corazon incapaz de engañarme, creo que me amas de véras y que no me abandonarás: nada de esto dudo ni quiero dudarlo; pero me queda el disgusto consiguiente al recelo que

tengo de lo que hablarán de mí.

Jacinto.

¿Y por qué ese temor?

Luisa.

Nada temeria si todos te mirasen con los ojos que yo te miro, pues encuentro en tí mil cosas en que fundar cuanto hago en favor tuyo. Mi corazon tiene en su defensa todo tu mérito ademas del agradecimiento con que el cielo me estrecha á tí. A todas horas me represento el riesgo eminente, primera causa de que nuestras miradas se encontrasen, la generosidad heróica con que espusiste tu vida por libertar la mia del furor de las olas; el cuidado afectuoso y tierno que me demostraste despues de haberme sacado del agua, los continuos obsequios de un amor vehemente que no han sido poderosos á entibiar ni el tiempo ni las dificultades, y que haciéndote olvidar padres y patria, te detiene en este sitio ocultando tu suerte únicamente por contemplarme, re-

duciéndote por estar á mi lado á representar el papel de criado de mi casa. Todo esto produce en mí el mayor efecto que darse puede, y es á mis ojos mas que suficiente para justificarme del partido que acabo de tomar; mas tal vez para con los demas no será de tanto valor, y asi no salgo por fiadora de que se conformen con mi proceder.

Jacinto.

Ninguna cosa de cuantas has referido deseo que labre en ti el menor agradecimiento sino únicamente mi amor. Por lo que hace á la causa de esa inquietud que te atormenta, nadie ha tomado tan por su cuenta el disculparte con todos como tu padre, pues su escesiva avaricia, y la estrechez á que se ha condenado á vivir él y sus hijos, podrian autorizar cosas mas fuera del órden. Perdóname, amada Luisa, si te hablo así de un particular acerca del cual no se puede decir cosa que sirva de gus-

to, como tu misma sabes; pero en fin, si llego á tener noticia de mis padres, como lo espero, no nos costará mucho trabajo el tenerle de nuestra parte: las aguardo con impaciencia, y si tardan en llegar, yo mismo iré á buscarlas en persona.

Luisa.

No, Jacinto, no te vayas de aqui. Yo te lo pido: dedícate solamente á conseguir la estimacion de mi padre.

Jacinto.

Bien claro estás viendo mi manejo, y las contemplaciones de que oportunamente me he valido para introducirme en su casa; la máscara de simpatía, y de identidad de pareceres con que me he disfrazado á fin de darle gusto, y el papel que estoy representando todos los dias con el obgeto de lograr su cariño: hago rápidos progresos en este punto, y veo á cada paso que no hay medio mejor para grangearse el corazon de los hombres que presentarse á sus ojos re-

vestido de sus mismas inclinaciones, convenir con sus principios, lisongear sus defectos, y aplaudir cuanto hacen. No hay que temer el escederse por este lado, pues aunque el engaño salte á la vista, los mas avisados son los que mejor caen en el garlito entrándoles por el camino de la adulacion: no habiendo ninguna cosa, por impertinente y ridícula que sea, que no se haga tragar con la salsa de la alabanza. Es cierto que la sinceridad padece un poco en el oficio que hago; mas cuando se necesita á los hombres, es necesario acomodarse á su modo de pensar; y pues no es posible ganarlos mas que por este camino, la falta no está en los que adulan, sino en los que quieren ser adulados.

Luisa.

Pero ¿por qué no procuras atraerte tambien el afecto de mi hermano, por si acaso le diese á la criada la gana de descubrirnos?

Jacinto.

Es imposible atender á todo; pues el carácter de tu padre es tan opuesto al de tu hermano, que es dificil conciliar á un tiempo la confianza de los dos. Mas esto no quita para que tú le hagas tomar parte en nuestro asunto, valiéndote del cariño que os teneis. Sino me engaño, viene hácia aqui. Me voy: no deges de aprovechar este rato, cuidando de no revelarle mas que aquello que te parezca conveniente.

Luisa.

No sé si tendré valor para declararle mi pecho.

ESCENA SEGUNDA.

HIPOLITO Y LUISA.

Hipólito.

Me alegro de hallarte sola, hermana mia, porque deseaba con impaciencia descubrirte un secreto.

Luisa.

¿Pues qué tenias que decirme?

Hipólito.

Muchas cosas, y en pocas palabras: que estoy enamorado.

Luisa.

¿Tú enamorado?

Hipólito.

Si, enamorado; pero ántes de entrar en materia te diré como sé que dependo de un padre, á cuya voluntad me somete el nombre de hijo. No ignoro que como tales no debemos comprometernos sin el consentimiento de los que nos han dado el ser; ni ménos que habiéndolos hecho el cielo dueños de nuestra palabra, nos esté prohibido llevar á efecto nuestros deseos, no siendo guiados por ellos mismos. Conozco que no hallándose dominados de ninguna pasion indiscreta, estan ménos espuestos que nosotros á engañarse, y pueden conocer mejor nuestro bien estar. Y por último no se me oculta que es partido mas aventajado seguir la luz

de su prudencia que la ceguedad de nuestra pasion, principalmente cuando el ímpetu de la mocedad nos arrastra las mas veces á precipicios fatales. Te he hecho esta salva, querida Luisa, para ahorrarte el trabajo de hacérmela, porque has de saber que mi amor no se halla en estado de escuchar reconvenciones, que te pido por Dios no me hagas de ningun modo.

Luisa.

Con que dime: ¿estás ya comprometido con la que amas?

Hipólito.

No, pero estoy resuelto á ello; y así vuelvo á suplicarte que por ningun motivo trates de disuadirme.

Luisa.

¡Por tan inconsiderada me tienes!....

Hipólito.

No Luisa: pero como no amas, es fuerza que ignores la dulce violencia que egerce en los corazones un tierno amor: ademas de que temo tu mucho juicio.

Luisa.

¡Ay hermano! degémonos de juicio, pues no hay persona que no le pierda á lo ménos una vez en la vida, y si yo te manifestára el fondo de mi corazon, quizas me tendrias por ménos juiciosa que tú.

Hipólito.

¡Ojalá Dios te hallases en el caso....!

Luisa.

Concluyamos primero con el que tenemos entre manos. Y dime: ¿quién es tu querida?

Hipólito.

Una jóven que hace poco tiempo que se ha mudado á este barrio, y que parece nacida para inspirar amor á cuantos ponen los ojos en ella. La naturaleza no ha producido cosa mas amable, y te confieso que me quedé enagenado desde el punto que la vi. Se llama Mariana, y vive al cuidado de su madre que es una señora muy buena: está la pobre enferma lo mas del tiempo, recibiendo de su

amada hija unas demostraciones de cariño que no tienen igual. La sirve, y siente sus males, y la consuela con una ternura que conmueve toda el alma: en todas las cosas que hace se maneja con el ayre mas encantador del mundo, y en todas sus acciones brillan tantas gracias, una dulzura tan llena de atractivos, una bondad tan seductora, una atencion tan interesante.... ¡Ah hermana de mi corazon! ¡Cuanto daria porque la conocieras!

Luisa.

Bastante puedo conocerla por lo que me dices, siendo suficiente para creerla con mérito el saber que la amas.

Hipólito.

Por debajo de cuerda he llegado á entender que no se hallan muy sobradas, y que á pesar de su discreta economía se ven apuradillas para atender á sus necesidades religiosas con la corta renta que tienen; hazte, pues, el cargo del

placer que tendria en mejorar la suerte de una persona que tanto quiero, proporcionando, asi con maña, algun alivio á esta familia virtuosa; y del disgusto que me causará ver que por la avaricia de mí padre me hallo imposibilitado de tener esta satisfaccion, y de darla esta prueba de mi cariño.

Luisa.

Conozco á donde debe llegar tu sentimiento.

Hipólito.

¡Ay, Luisa, que es mas grande de lo que te puedes imaginar! Porque ¿puede haber cosa mas cruel que la rigurosa estrechez con que nos tratan, que esa rígida miseria con que nos hacen desfallecer? ¿De qué nos servirá tener un pedazo de pan, no habiendo de comerle sino cuando ya no tengamos dientes? ¿Si para alimentarme me veo precisado á empeñarme, y para presentarnos con decencia hemos de recurrir un dia, y otro, y otro al favor de los mercaderes?

En fin he querido hablarte de todo esto con el obgeto de que me ayudes á sondear á padre acerca de la situacion en que estoy; en la inteligencia de que si le veo opuesto á mis ideas, tengo formada la resolucion de irme con esta hermosa jóven á disfrutar en otra parte la suerte que el cielo quiera depararme, para lo cual ando buscando dinero á cualquier interes. Si tus penas son como las mias, y si nuestro padre ha de oponerse á nuestros deseos, abandonémosle ámbos, y rompamos las cadenas con que hace tanto tiempo nos sugeta tiránicamente su intolerable avaricia.

Luisa.

Es cierto que cada dia debemos sentir mas y mas la muerte de nuestra madre con los nuevos motivos que nos da, y que....

Hipólito.

Calla, que me parece que le oigo. No hay duda. Vámonos adentro: acabemos de concertar nuestro

plan, y reunámonos para atacar su desabrida condicion.

ESCENA TERCERA.

D. NICOMEDES Y PERICO.

D. Nicomédes.

Fuera de aquí.... pronto.... y no hay que replicarme. Vamos.... Que le echen de casa á este catedrático de la briba, á este espantajo de horca.

Perico. (1)

En mi vida he visto hombre mas ruin que este viejo maldito. No quisiera agraviarle; pero es imposible que no tenga los diablos en el cuerpo.

D. Nicomédes.

¿Qué andas murmurando ahí entre dientes?

Perico.

¿Y porqué me echa V. de casa?

D. Nicomédes.

¡Hola, bribonazo! ¡pues no fal-

(1) *A parte.*

taba mas sino que ahora me vinieras á pedir cuenta!.... Sus.... fuera de aquí.... no sea que te....

Perico.

Pero ¿qué le he hecho yo á V.?

D. Nicomédes.

Me has hecho.... el que quiero que salgas.

Perico.

Su hijo de V. me mandó que le esperase.... ¡Como que es mi amo!

D. Nicomédes.

Pues se le espera en la calle, y no en mi casa hecho un estafermo atisvándolo todo, y no dejando pasar por alto la mas mínima ocasion. No quiero tener delante de mí á todas horas un espía que me cuente los pasos, un traidor que ande con sus malditos ojos de lince yéndome al alcance para devorar lo que poseo, y abizorando por todas partes á ver si hay algo mal puesto.

Perico.

¿Qué diántres ha de tener mal puesto un hombre que todo lo en-

cierra debajo de siete llaves, ni como ha de ser posible robar á quien no contento con eso está de centinela perpetua de noche y dia?

D. Nicomédes.

Encierro lo que me parece, y hago la centinela que quiero: ¡vea V. un escucha ocupado en observar mis acciones! (1) Temo no haya entrado en sospechas de mi dinero.... (2) Dime ¿Serias tú capaz de echar la voz de que yo tengo dinero guardado?

Perico.

¿Qué? ¿Que tiene V. dinero guardado?

D. Nicomédes.

No, bribon: no digo eso. Me desespero. Pregunto si tú iras por ahí con malicia diciendo que le tengo.

Perico.

¿Y qué se me da á mí que V. le tenga ó no le tenga, si para mí es lo mismo?

---

(1) *Aparte.*
(2) *Alto.*

D. Nicomédes. (1)

¿Ahora me viene V. con bachillerías? ¡Cuidado no te caliente yo las orejas con la respuesta! Marcha.... y no te lo vuelva á decir....

Perico.

Pues bien. Ya me voy.

D. Nicomédes.

Espérate, aguárdate.... ¿Me llevas alguna cosa?

Perico.

¿Qué quiere V. que le lleve?

D. Nicomédes.

A ver: ven aquí. Enséñame esas manos.

Perico. (2)

Aqui están.

D. Nicomédes.

A ver la otra.

Perico.

¿La otra?

---

(1) *En ademan de dar un bofeton á Perico.*

(2) *Presenta las dos manos á D. Nicomédes; y cuando haya registrado la primera, la retira.*

D. Nicomédes.

Si, la otra.

Perico.

Véala V.

D. Nicomédes. (1)

¿No tienes nada aqui dentro?

Perico.

Ya lo ve V.

D. Nicomédes. (2)

Estos calzonazos son los mas aventajados para encubrir lo que se roba. No sé lo que daria porque se hiciese un escarmiento....

Perico. (3)

¡Qué bien empleado le estaria á un hombre como este lo que tanto teme, y cuanto me alegraria yo de poderle robar!

D. Nicomédes.

¿Como?

Perico.

¿Qué?

---

(1) *Volviendo los bolsillos de los calzones de Perico.*

(2) *Tentando los calzones de Perico por la parte de abajo.*

(3) *Aparte.*

D. Nicomédes.

¿Qué era lo que decias de robar?

Perico.

Decia que para guarda de puerta no tenia V. precio segun registra V.

D. Nicomédes. (1)

Hago bien.

Perico.

Mal lóbado en la avaricia, y en los avarientos.

D. Nicomédes.

¿Como? ¿Qué dices?

Perico.

¿Qué qué digo?

D. Nicomédes.

Si: ¿qué estás diciendo de avaricia, y de avarientos?

Perico.

Digo que mal haya la avaricia, y los avarientos.

D. Nicomédes.

¿Y de quien es tu intencion hablar?

Perico.

De los avarientos.

---

(1) *Sigue registrando.*

D. Nicomédes.

¿Y quienes son esos avarientos?

Perico.

Los ruines y los mezquinos.

D. Nicomédes.

Pero bien: ¿qué entiendes tú por eso?

Perico.

Entienda lo que entienda ¿qué cuidado se le da á V.?

D. Nicomédes.

Me da cuidado de lo que me debe darlo.

Perico.

¿Creé V. que yo hablo de él?

D. Nicomédes.

Yo creo lo que creo; pero lo que me has de esplicar, ha de ser á quien quieres decir eso.

Perico.

Se lo decia aquí á mi sayo.

D. Nicomédes.

¡Cuidado no se lo diga yo á tu cabeza!

Perico.

¿Me quitará V. que deteste de los avarientos?

D. Nicomédes.

No; pero te quitaré el charlar y el ser insolente. Vamos callando.

Perico.

Como yo no nombro partes....

D. Nicomédes.

Dale, machaca.... ¡Si no mirára que!....

Perico.

Al que le duela la muela, que se la saque.

D. Nicomédes.

¿Lo dejarás hoy?

Perico.

Aunque me pese.

D. Nicomédes.

¡Hola, hola!

Perico. (1)

Mire V: todavía queda aqui un bolsillo. ¿Quiere V. mas?

D. Nicomédes.

Vaya..... Pues restituye, y no haya registro.

Perico.

¿El qué?

---

(1) *Enseñándole un bolsillo de su chaqueta.*

D. Nicomédes.

Lo que me has pillado.

Perico.

Yo no le he quitado á V. nada.

D. Nicomédes.

¿De véras?

Perico.

De véras.

D. Nicomédes.

Pues vete con dos mil diablos.

Perico. (1)

He aquí una despedida de que no tengo por qué quejarme.

D. Nicomédes.

Mira.... A tu conciencia lo dejo.

ESCENA CUARTA.

D. NICOMEDES. (2)

Vea V. un canalla de criado que me incomoda de valde. Sobre que no puedo mirar con gusto á este perro villano.... Por cierto que no

(1) *Yéndose.*
(2) *Solo.*

es corto trabajo el guardar uno en su casa una gran cantidad de dinero, pudiendo llamarse dichoso el que le ha puesto á buen recaudo, y solo tiene á la mano lo preciso para salir del dia. Siempre está uno ocupado en buscar por toda la casa un escondrijo seguro; pues á mi entender las arcas, aunque tengan tres llaves, no lo son tanto como se piensa. Yo creo, y con razon, que son el cebo de los ladrones, y la cuenta es clara, porque siempre es lo primerito que embisten.

ESCENA QUINTA.

D. NICOMEDES, LUISA, E HIPOLITO. (1)

D. Nicomédes. (2)

Sin embargo no sé si lo habré

(1) *Hablando al paño los dos hermanos.*
(2) *Creyéndose solo.*

acertado enterrando en mi jardin los quince mil pesos que cobré ayer. Quince mil pesos en oro en poder de uno es una cantidad bastante crecida para.... (1) Por vida de.... ¡Yo creia que estaba solo.... el interes que tomaba en el negocio me habrá sacado de mí.... habré hablado demasiado alto.... y me habré vendido! (2) ¿Qué se ofrece?

Hipólito.

Nada, padre.

D. Nicomédes.

¿Hace mucho que estais ahí?

Luisa.

No haciamos mas que llegar.

D. Nicomédes.

¿Habeis oido?....

Hipólito.

¿El qué, padre?

D. Nicomédes.

Hombre, eso....

Luisa.

¿El qué?

---

(1) *Aparte habiendo visto á sus hijos.*
(2) *Á sus hijos.*

D. Nicomédes.

Lo que acabo de decir.

Hipólito.

No señor.

D. Nicomédes.

Si tal.... Ustedes lo han oido.

Luisa.

Perdone V., padre mio.

D. Nicomédes.

¡Que! ¿No conozco yo que ustedes han oido alguna cosa?.... Pero es bien que sepais que yo estaba hablando conmigo del trabajo que cuesta en el dia encontrar un cuarto, y que se puede tener por afortunado el que guarde en su baul quince mil pesos.

Hipólito.

Nosotros temiamos llegar por no interrumpir á V.

D. Nicomédes.

Yo me alegro de haberos enterado de todo, para que no tomeis una cosa por otra, y penseis que era yo quien decia tener los quince mil pesos.

Hipólito.

Nosotros no nos metemos en sus negocios de V.

D. Nicomédes.

Ojalá tuviera yo los quince mil pesos.

Hipólito.

No creo que....

D. Nicomédes.

Seria cuanto yo podria desear....

Luisa.

Esas son cosas....

D. Nicomédes.

Buena falta me hacen.

Hipólito.

Yo juzgo....

D. Nicomédes.

¡Qué bien me vendrian!

Luisa.

Pues usted....

D. Nicomédes.

Entónces si que no andaria lamentándome de lo calamitosos que estan los tiempos.

Hipólito.

Eso es ofender á Dios, padre mio: pues no tiene V. motivo de

quejarse, siendo público y notorio que su caudal de V. es de consideracion.

D. Nicomédes.

¿Como es eso? ¿mi caudal de consideracion? Mienten como unos bellacos los que tal han dicho. Es el falso testimonio mas grande..... son unos pícaros los que hacen correr esas voces.

Luisa.

No se impaciente V. por eso.

D. Nicomédes.

Es bien estraño que mis propios hijos me vendan, y se vuelvan contra mí.

Hipólito.

¿Porque uno diga que su caudal de V. es de consideracion es ir contra V?

D. Nicomédes.

Si señor. Semejantes discursos, y los gastos de V. serán causa de que el dia ménos pensado vengan, y me sacrifiquen en mi misma casa creyendo que me hallo manando en doblones.

Hipólito.

¿Y qué gasto tan grande es el mio?

D. Nicomédes.

¿Qué gasto? ahí es una friolera. ¿Pues hay cosa mas escandalosa que ese suntuoso tren que vas luciendo por esa ciudad de Dios? Yo regañaba ayer á tu hermana; pero comparada contigo es tortas y pan pintado. Esto está pidiendo venganza al cielo; pues se podria fundar un mayorazgo con el valor de lo que llevas sobre tí. Mil veces te lo he dicho, hijo mio: todo tu porte me desagrada: has dado en la manía de parecer marques, y no se puede ir como tú te presentas, sino robándome.

Hipólito.

¿Y como diántres le he de robar á V.?

D. Nicomédes.

Que sé yo. Pero no siendo asi no comprendo como puedas sostener ese boato.

Hipólito.

Es que soy afortunado al juego, y todo lo que gano me lo echo encima.

D. Nicomédes.

Muy mal hecho. Si tienes fortuna en el juego debias aprovecharte de ella, y poner á una ganancia moderada lo que sacases de él, que tú te lo hallarias algun dia. Yo quisiera saber, sin pasar mas adelante, de qué sirven esos cintajos con que estás como mechado de los pies á la cabeza, cuando media docena de agugetas bastaban para llevar atacados los calzones. ¿Y qué precision hay de gastar el dinero en postizos, cuando el pelo natural no cuesta nada y hace el mismo papel? Apostaria á que no baja de doce doblones lo que llevas entre cintas y rizos; y doce doblones rentan al año cinco pesos, once reales, trece maravedises, y cerca de otro medio maravedí, aunque no sea mas que al doce por ciento.

Hipólito.

V. tiene razon.

D. Nicomédes.

Pero degemos eso á un lado, y hablemos de otra cosa (1) ¡Hola!.... (2) Creo que se hacen señas para robarme. (3) ¿A qué vienen esos gestos?

Luisa.

Estamos tratando mi hermano y yo de ver quien ha de hablar á V. ántes sobre una cosa que tenemos que decirle.

D. Nicomédes.

Yo tambien tengo que deciros otra.

Hipólito.

La nuestra es cosa de matrimonio.

D. Nicomédes.

Cabalmente es de matrimonio la que yo trato de deciros.

---

(1) *Advirtiendo que los dos hermanos se hacen señas.*
(2) *A parte.*
(3) *Alto.*

Luisa.

¡Ay, padre mio!

D. Nicomédes.

¿A qué viene eso? ¿Es la palabra matrimonio, ó el matrimonio mismo quien te hace temblar?

Hipólito.

Segun V. lo tome, puede el matrimonio llenarnos de temor; porque sentiriamos que nuestros deseos no fuesen conformes con la eleccion de V.

D. Nicomédes.

Poquito á poco, y fuera temores. Yo sé lo que os estará bien tanto al uno como á la otra; y asi ninguno de los dos tendreis el menor motivo de queja de mi determinacion. Pero vayamos por partes. (1) ¿Conoces á una jóven que no vive léjos de aquí y se llama Mariana?

Hipólito.

Si señor.

D. Nicomédes.

¿Y tú?

(1) *A Hipólito.*

Luisa.

La conozco de oidas solamente.

D. Nicomédes. (1)

¿Y que te parece la tal niña?

Hipólito.

Muy interesante.

D. Nicomédes.

¿Su palmito?

Hipólito.

Lleno de pudor y de viveza.

D. Nicomédes.

¿Y sus modales, su garbo?

Hipólito.

De lo mejor que yo he visto.

D. Nicomédes.

¿Te parece que una jóven como ella es digna de ocupar la atencion de uno?

Hipólito.

Y mucho.

D. Nicomédes.

¿Y que es un partido apetecible?

Hipólito.

Y tanto.

---

(1) *A Hipólito.*

D. Nicomédes.

¿Y que tiene trazas de gobernar bien una casa?

Hipólito.

Sin duda.

D. Nicomédes.

¿Y que un marido puede tener su deseo cumplido con ella?

Hipólito.

Seguramente.

D. Nicomédes.

Solo se ofrece una corta dificultad, y es que me temo que no ha de traer un dote como yo quisiera.

Hipólito.

Los bienes, padre mio, no deben tenerse en gran consideracion cuando media una persona virtuosa.

D. Nicomédes.

No tanto, no tanto. Lo mas que se puede decir en el particular es que si no hay todos los que se apetecen, lo que se pierda por este lado puede ganarse por otro.

Hipólito.

Se entiende.

D. Nicomédes.

En fin estoy complacido de veros tan acordes con mi parecer; porque su porte honesto y su afabilidad han ganado mi corazon, y como traiga alguna cosilla, estoy resuelto á casarme con ella.

Hipólito.

¡Ay!

D. Nicomédes.

¿Qué?

Hipólito.

Dice V. que está resuelto....

D. Nicomédes.

A casarme con Mariana.

Hipólito.

¿Quien? ¿Vmd, Vmd?

D. Nicomédes.

Si. Yo, yo, yo. Y vamos, ¿qué quiere decir todo eso?

Hipólito.

Me voy allá dentro, porque no sé que me da.

D. Nicomédes.

No será cosa de cuidado: vete á la cocina y échate un buen trago de agua.

ESCENA SEXTA.

D. NICOMEDES, LUISA.

D. Nicomédes.

Vea V. unos mocitos tan afeligranados, y no tienen mas espíritu que una gallina. Esto es, hija mia, lo que he resuelto de mí. Por lo que mira á tu hermano, le tengo preparada una viudita de quien me han venido á hablar esta mañana; y á ti te tengo destinada para el señor don Anselmo.

Luisa.

¿El señor don Anselmo?

D. Nicomédes.

Si: es un hombre maduro, prudente y juicioso: no pasa de cincuenta años, y de sus riquezas se habla que no hay mas que pedir.

Luisa. (1)

Si V. no lo lleva á mal, determino no casarme, padre mio.

---

(1) *Haciendo una cortesía.*

D. Nicomédes. (1)

Si V. lo tiene á bien, he determinado que V. se case, higita mia, queridita mia.

Luisa. (2)

Perdone V., padre mio.

D. Nicomédes. (3)

Perdone V., hija mia.

Luisa.

Soy la mas atenta servidora del señor don Anselmo; (4) pero con su permiso de V. no me casaré con él.

D. Nicomédes.

Soy su mas rendido criado de V.; pero (5) con su permiso de V. se casará con V. esta misma noche.

Luisa.

¿Esta noche?

D. Nicomédes.

Esta noche.

Luisa. (6)

No lo crea V. padre mio.

---

(1) *Remedándola.*
(2) *Cortesía.*
(3) *Remedándola.*
(4) *Cortesía.*
(5) *Remedándola.*
(6) *Cortesía.*

D. Nicomédes. (1)

Ya lo verá V., hija mia.

Luisa.

No tal.

D. Nicomédes.

Si tal.

Luisa.

Le digo á V. que no.

D. Nicomédes.

Le digo á V. que si.

Luisa.

Sobre que no me reducirá V. á ello.

D. Nicomédes.

Sobre que si la reduciré á V.

Luisa.

Me mataré primero que casarme con un hombre como él.

D. Nicomédes.

No te matarás, y te casarás.... ¡habrase visto atrevimiento semejante! ¡Una hija hablar á un padre en estos términos!....

Luisa.

¿Se habrá visto nunca á ningun

---

(1) *Remedándola.*

padre obligar á su hija á un partido como este?

D. Nicomédes.

Nada tienes que decir de él, y apuesto á que todos aprueban mi eleccion.

Luisa.

Pues yo apuesto á que no merece la aprobacion de ninguna persona que tenga dos dedos de frente.

D. Nicomédes.

Hete aquí á Jacinto. ¿Quieres que decida nuestra cuestion?

Luisa.

Con mucho gusto.

D. Nicomédes.

¿Pasarás por lo que diga?

Luisa.

Desde luego.

D. Nicomédes.

Pues no hay mas que hablar.

ESCENA SÉPTIMA.

D. NICOMEDES, JACINTO Y LUISA.

D. Nicomédes.

Jacinto, acá: mi hija y yo te hemos elegido para que digas quien de los dos tiene razon.

Jacinto.

Usted sin duda ninguna.

D. Nicomédes.

Pero, bien, ¿sabes de qué se trata?

Jacinto.

No señor; mas no puede ser que V. se engañe, y de consiguiente habiéndolo V. dicho, punto redondo.

D. Nicomédes.

Yo quiero que Luisa se case esta noche con un hombre tan prudente como rico; y la atrevida me dice en mis barbas que se rie de que yo quiera. ¿Qué te parece?

Jacinto.

¿Que qué me parece?

D. Nicomédes.

Si.

Jacinto.

De modo que....

D. Nicomédes.

¿Qué?

Jacinto.

Digo que soy del parecer de V. mirando la cosa como es en sí, y que no puede V. ménos de tener razon; pero tampoco le falta de todo punto á la señorita, y....

D. Nicomédes.

¡Como! El señor don Anselmo es un partido ventajoso: es un caballero noble, afable, sentado, prudente, y de conveniencias y no le han quedado hijos del primer matrimonio. ¿En donde podria encontrar mejor salida?

Jacinto.

Es cierto. Mas podria esponerle á V. que eso es precipitar las cosas, y que convendria dejar pasar algun tiempo para ver si congeniaba con él, y....

D. Nicomédes.

Amigo: la ocasion la pintan calva, y es necesario pillarla de un cabello que tiene en la frente. Se me presenta en esta boda una ventaja que no hallaré en ninguna otra, pues se conviene á que la chica vaya sin dote.

Jacinto.

¿Sin dote?

D. Nicomédes.

Sin dote.

Jacinto.

Entónces ya no hay que hablar. ¡Vea V.! Esta es una razon concluyente: es necesario cerrar los ojos, y á ello.

D. Nicomédes.

Para mi es un ahorro considerable.

Jacinto.

Seguramente: no cabe en eso género de duda. Es cierto que la señorita podria hacerle á V. presente que, siendo el matrimonio un asunto mas peliagudo que lo que comunmente se piensa, pues va en ello

nada ménos que la felicidad de toda la vida; no se debe hacer sino con mucho pulso, por lo mismo que es un contrato que ha de durar hasta la muerte.

D. Nicomédes.

Sin dote.

Jacinto.

A V. le sobra la razon. Y á pesar de que eso lo decide todo, claro está, verá V. como hay quien diga que, ciertamente, en tales ocasiones se debe atender la inclinacion de una hija; y que la notable desproporcion de edades, de genios y de pasiones, espone el matrimonio á los mas funestos accidentes.

D. Nicomédes.

Sin dote.

Jacinto.

A eso no hay réplica, es constante. ¿Y quien ha de decir lo contrario? No porque no habria muchos padres que preferirian el proporcionar una satisfaccion á sus hijas al dote que podrian darlas; ó que no queriendo sacrificarlas al in-

teres, procurarian sobre todo sembrar en un matrimonio aquella dulce conformidad, fuente del honor, de la tranquilidad y de la alegria; sino porque....

D. Nicomédes.

Sin dote.

Jacinto.

Es cierto: á eso no hay mas que callar. ¡Sin dote! ¿Quien ha de resistirse á una razon como esa?....

D. Nicomédes. (1)

¡Hola! Me parece que oigo ladrar al perro. ¿Si andarán rondando mi caudal? (2) No te vayas, que vuelvo al instante.

ESCENA OCTAVA.

LUISA Y JACINTO.

Luisa.

¿Te burlas, Jacinto, hablándole de esa suerte?

---

(1) *A parte mirando hácia el jardin.*
(2) *A Jacinto.*

Jacinto.

Trato de no esasperarle, y de salirme con la mia. Hacer frente á su modo de pensar seria echarlo todo á perder; porque hay ciertos genios á los cuales no se les ha de entrar sino con maña. Hombres de tal condicion que les incomoda todo género de resistencia: tan tercos por naturaleza que la verdad les hace que se suban á la parra. Siempre se resisten á entrar por el recto camino de la razon; siendo el verdadero modo de manejarlos el llevarlos por rodeos á donde se quiere que vayan. Aparenta que accedes á su propuesta, y conseguirás mejor tu intento y ademas....

Luisa.

Pero ¿y esta boda, Jacinto?

Jacinto.

Ya se tomará un sesgo para que no se verifique.

Luisa.

¿De qué medios nos hemos de valer, si esta noche ha de quedar efectuada?

Jacinto.

Hay mas que ir dando largas, fingiendo cualquier enfermedad.

Luisa.

Pero, hombre, ¿no ves que cuando venga el médico, dará en tierra con toda la tramoya?

Jacinto.

¡Vaya!.... Tú si que tienes gana de burlarte.... ¿Hay acaso alguno que sepa cual sea su mano derecha? Anímate; pues con su autoridad podrás aparentar el mal que te se antoge, y sino encuentra razones para esplicar la causa de que procede, pierdo yo la cabeza.

ESCENA NONA.

DICHOS Y D. NICOMEDES.

D. Nicomédes. (1)

Gracias á Dios no era nada.

Jacinto. (1)

En fin, el último recurso que nos

(1) *A parte y al paño.*
(2) *Sin haber visto á don Nicomédes.*

pondria á salvo de todo, seria la fuga. Y si tu amor, bella Luisa, es tan firme que..... (1) Sí: una hija debe obedecer á su padre. No ha de andar ahora mirando si el novio es tuerto ó derecho; y cuando media una razon tan poderosa como la de sin dote, debe estar pronta á recibir lo que la deparen, sea lo que fuere.

D. Nicomédes.

¡Vea V. lo que se llama entenderlo!

Jacinto.

Señor, yo le pido á V. perdon si me he escedido alguna cosa y me he tomado la libertad de hablarla en este tono.

D. Nicomédes.

Nada de eso. Al contrario: estoy lleno de satisfaccion y quiero que tengas un poder absoluto sobre ella. (2) ¡Bravo! ¿has querido huir? pues yo le cedo toda la autoridad

(1) *Reparando en don Nicomédes.*
(2) *A Luisa.*

que me ha dado el cielo sobre tí, y doy por bien hecho todo lo que te mande.

Jacinto. (1)

Venga V. ahora á oponerse á mis amonestaciones.

ESCENA DÉCIMA.

D. NICOMEDES Y JACINTO.

Jacinto.

Voyme tras de ella para continuar las lecciones que la estaba dando.

D. Nicomédes.

Si, bien. Te lo estimaré mucho.

Jacinto.

Conviene tirarla un poco la cuerda.

D. Nicomédes.

En efecto. Es preciso....

Jacinto.

No le dé á V. cuidado. Yo la meteré en carrera.

---

(1) *A Luisa.*

D. *Nicomédes.*

Bueno, bueno. Me voy á dar una vuelta por la ciudad y volveré pronto.

Jacinto. (1)

Si señora: el dinero vale mas que todo lo de este mundo, y V. debia dar mil gracias á Dios por el padre tan hombre de bien que la ha dado. Sabe como nadie lo que es vivir. Habiendo la proporcion de salir de una hija sin darla dote, no se debe andar con mas consideraciones. Todo se encierra en esto; y la espresion *sin dote* equivale á belleza, juventud, nacimiento, honor, sabiduría y probidad.

D. *Nicomédes.*

¡Ah buen hijo! ¡Esto si que es hablar como un oráculo! ¡Dichoso el amo que tenga un criado como tú!

---

(1) *Dirigiéndose á Luisa y yéndose por donde ella.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

HIPOLITO Y PERICO.

Hipólito.

Ven acá, tunante. ¿Donde diablos te has metido? ¿No te habia mandado que....?

Perico.

Si señor. Ya estaba aquí esperando á pie firme, cuando su señor padre de V., el hombre mas rústico de todos los nacidos, me echó fuera quieras ó no quieras y no faltó un tris para que me midiese las costillas.

Hipólito.

¿Y como va aquel asunto?... Las cosas urgen cada vez mas. Desde que no nos vemos, he descubierto que mi padre es rival mio.

Perico.

¿Su padre de V. enamorado?

Hipólito.

Sí: y me he visto el hombre mas apurado para ocultarle la turbacion que me causó la tal noticia.

Perico.

¿En qué diablos piensa? ¡Meterse ahora en esos tratos! Sin duda está jugando con todos ustedes; porque ¿se hizo el amor para hombres de su calaña?

Hipólito.

Por mal de mis pecados solo faltaba que se le hubiera puesto tal aprension en la cabeza.

Perico.

Pero ¿á qué viene el andar V. con tapujos haciendo misterio de su amor?

Hipólito.

Por no darle en que sospechar, á fin de que nos queden espeditos los medios de trastornar esta bóda. Dime: ¿qué respuesta traes de aquello?

Perico.

En verdad, señor, que son dignos de compasion los que han de vivir de prestado; porque es preciso pasar por cosas que no son para todos, cuando hay que dar como V. en manos de judios.

Hipólito.

¿Con qué no haremos nada?

Perico.

No, eso no. El señor don Canuto, el corredor á quien nos han dirigido, hombre diligente, y animado del mejor celo, me ha asegurado haber tomado á pechos su encargo de V.; pues segun me ha hecho creer, su persona de V. le ha llenado el ojo.

Hipólito.

¿Con que tendré los cinco mil pesos?

Perico.

Si, señor; pero con algunas condiciones por que habrá V. de pasar, si desea que se haga el trato.

Hipólito.

¿Te ha proporcionado estar con

el que afloja la mosca?

Perico.

¡Ay señor! si estas cosas no van por esa via. ¡Si tiene él mas cuidado que V. en no dar la cara!.... Esto es algo mas misterioso que lo que Vmd. piensa. Por el oro del mundo se les saca su nombre, y hoy se han de avistar Vmds. en una casa que piden prestada á otro amigo para saber de su misma boca de Vmd. sus haciendas y su familia; y no me queda la menor duda de que el nombre solo de su padre de V. nos allanará el camino.

Hipólito.

Mayormente cuando no se me puede negar mi hijuela, por haber muerto mi madre.

Perico.

Aquí traigo algunos artículos que él mismo ha dictado á nuestro introductor para que los vea V. ántes que demos un paso en este negocio. (1) En el supuesto de que al

---

(1) *Lee.*

prestador se le den todas las fianzas, y que el prestamista sea mayor de edad, y de una familia cuyo caudal sea pingüe, sólido, seguro, limpio y libre de toda carga, se hará una obligacion circunstanciada y á toda ley ante el escribano mas hombre de bien que se encuentre, el cual escribano será buscado por el prestador, porque le importa mas que á nadie que el documento vaya estendido en toda forma.

Hipólito.

En esto no hay reparo ninguno.

Perico.

(1) A fin de no cargar su conciencia el prestador con el escrúpulo mas leve, se contenta con llevar un ochavo por cada real.

Hipólito.

¿Un ochavo por cada real? ¡Por Dios que es una cosa muy arreglada! No hay de qué quejarse.

Perico.

Seguramente que no.

---

(1) *Lee.*

(1) No teniendo el dicho prestador la cantidad de que se trata, y habiendo de pedirla prestada á otro al veinte por ciento únicamente para servir al prestamista; habrá este de pagar la susodicha ganancia sin perjuicio de lo demas, en atencion á que el susodicho prestador toma sobre sí este préstamo nada mas que por favorecer al prestamista.

Hipólito.

¡Habráse visto pirata como él! ¡Parece algo griego el tal hombre! ¡Burla burlando pasa ya del veinticinco por ciento!

Perico.

No hay duda. Lo mismo he dicho yo. Pero aguarde V. que todavia falta el rabo por desollar.

Hipólito.

¿Y qué quieres que le hagamos? Necesito dinero y es preciso apechugar con todo.

Perico.

Es lo que yo digo.

---

(1) *Lee.*

Hipólito.

¿Y que mas condiciones hay?

Perico.

Nada. Un articulillo.

(1) De los cinco mil pesos de que se trata no puede entregar en efectivo el prestador mas que tres mil duros; y los mil pesos restantes los habrá de tomar el prestamista en los enseres, géneros, y alajas que contiene la adjunta relacion, y que el susodicho prestador ha puesto de buena fe al precio mas bajo que ha podido.

Hipólito.

¿Y qué quiere decir eso?

Perico.

Oiga V. la relacion.

(2) Primeramente: una cama de cuatro pies guarnecida de encages de punto de Boemia, puestos con mucho gusto sobre un rasoliso de color de aceytuna, con seis sillas, y una colcha de lo mismo: todo bien

---

(1) *Lee.*
(2) *Lee.*

acondicionado, y con forro de tafetan tornasolado.

It. un pabellon de cola, de una buena sarga de Francia, color de rosa seca, con fleco y franjas de seda.

Hipólito.

¿Y qué he de hacer de todo eso?

Perico.

Espere V.

(1) It. un juego de tapices que representa los amores de Angélica y Medoro.

It. una mesa grande de nogal, sostenida por doce columnas salomónicas, pilastras torneadas; la cual se saca por las dos cabeceras, y está guarnecida por abajo con sus atravesaños correspondientes.

Hipólito.

Por Dios que la hemos hecho buena.

Perico.

Cachaza, señor, cachaza.

(2) It. tres mosquetones guarneci-

---

(1) *Lee.*
(2) *Lee.*

dos de nácar con sus correspondientes pies de amigo.

It. un hornillo de barro, tres retortas, y tres recipientes; aparato muy útil para los que se dediquen á destilar licores.

Hipólito.

Yo me desespero.

Perico.

Ya falta poco.

(1) It. un harpa con todas sus cuerdas, ménos las que le faltan.

It. un boliche, un juego de damas, y una oca; invencion de los griegos muy propia para engañar el tiempo cuando no hay nada que hacer.

It. un pellejo de lagarto de tres pies y medio de largo, lleno de salvado: pieza de mucho gusto para colocarla en el techo de un gabinete. Aunque todo lo contenido en esta relacion vale en ley de Dios y en conciencia hasta dos mil ducados; se baja á la cantidad de

---

(1) *Lee.*

mil pesos por consideracion que quiere tener el prestador.

Hipólito.

Mala peste le lleve á él y á su consideracion, ladronazo, asesino. ¡Se ha visto jamas una estafa como ella! ¡No se contenta con la esorbitante ganancia que esige, sino que quiere todavia hacerme tomar por mil pesos unos trastajos inútiles que tiene hacinados! A buen librar no sacaré de ellos trescientos ducados, y á pesar de eso hay que atropellar por todo, porque el pícaro me tiene puesto un puñal á los pechos, y me obligará al partido que se le antoge.

Perico.

Estoy viendo, señor, que lleva V. los mismos pasos que los hidalgos de los lugares, los cuales á cada funcioncica sacan una gala que les ha costado un sentido, y de allí á dos dias la tienen que dar por cuatro cuartos; y sino basta para salir del apuro, venden un

sembrado: de modo que vienen á comerse en alcacel el grano que cogerian por agosto.

Hipólito.

¿Y qué quieres que haga? Este es el estremo á que se hallan reducidos los jóvenes por la maldita avaricia de los padres; y luego hay quien se admire de que se les desée la muerte.

Perico.

Es necesario confesar en honor de la verdad que el de V. alentaria contra su ruindad al hombre mas pacato de este mundo. Mis inclinaciones, á Dios gracias, no me han de llevar á la horca, y sé muy bien sacar mi caballo y desentenderme con maña de aquellos tratos en que veo metidos á mis camaradas, y por los cuales, aunque sea de una legua, les huele el pescuezo á cáñamo; mas si hubiera de decir á V. lo que siento, me dan tentaciones de robar á su señor padre nada mas que por sus procederes, creyendo sacar un ánima del purgatorio.

Hipólito.

Echa acá esa relacion que la quiero ver despacio.

ESCENA SEGUNDA.

D. NICOMEDES, D. CANUTO, HIPOLITO Y PERICO.

D. Canuto.

Si señor: es un jóven que se ve apurado y que pasará por lo que V. quiera.

D. Nicomédes.

¿Pero V. amigo don Canuto, cree que no saldremos luego con alguna pata de gallo? ¿Está V. enterado del nombre de su ahijado, de su familia y de sus bienes?

D. Canuto.

No: yo no puedo informar á V. á fondo porque le he conocido solo por una casualidad; pero todo lo sabrá V. de su misma boca, y su agente me ha asegurado que quedará V. plenamente satisfecho cuando le conozca. Lo mas que yo puedo

decir á V. es, que su familia es muy rica, que no tiene madre, y que si V. quiere, tambien se obligará á que su padre se muera ántes de ocho meses.

D. Nicomédes.

Ese ya es otro cantar. La caridad, amigo don Canuto, nos manda que hagamos á nuestros semejantes todo el bien que podamos.

D. Canuto.

Claro está.

Perico. (1)

¿Qué querrá decir esto de hablar nuestro don Canuto con su padre de V?

Hipólito. (2)

¡Si habrá llegado á saber que soy yo, ó habrás sido capaz de venderme!

D. Canuto. (3)

¡Vaya, vaya! ¡Parece que no te

(1) *Al oido á su amo, habiendo visto á don Canuto.*

(2) *En voz baja á Perico.*

(3) *A Perico.*

duermes en las pajas! ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí dentro? (1) Yo no les he descubierto su nombre de Vmd. ni su casa; pero creo que no haya nada perdido, porque son personas calladas, y pueden Vmds. quedar ahora de acuerdo.

D. Nicomédes.

¿Qué decia V.?

D. Canuto. (2)

Que el señor es el que quiere tomar los cinco mil pesos.

D. Nicomédes.

¡Como, bribon, te abandonas á unos escesos tan culpables!

Hipólito.

¿Y como es, padre mio, que se deja V. arrastrar de unas acciones tan vergonzosas? (3)

---

(1) *A don Nicomédes.*
(2) *Por Hipólito.*
(3) *D. Canuto y Perico se escurren.*

ESCENA TERCERA.

D. NICOMEDES E HIPOLITO.

D. Nicomédes.

¡Tú te quieres perder con unos empeños tan inicuos!

Hipólito.

¡Y V. trata de enriquecerse con una usura tan infame!

D. Nicomédes.

¡Tienes todavia valor de ponerte en mi presencia!

Hipólito.

¡Y V. se atreverá despues de lo pasado á ponerse delante de las gentes!

D. Nicomédes.

¿No te avergüenzas, gran pícaro, de haber llegado á tal disolucion, de haberte precipitado en unos gastos tan escesivos, y de estar disipando malamente los bienes que tus pobres padres han ido juntando con tanto sudor?

Hipólito.

¿Y no se corre V. de estar de-

nigrando su estado con el ilicito comercio que hace, sacrificando la honra y la estimacion al insaciable deseo de amontonar onza sobre onza, dejando atras en materia de intereses á los mas célebres logreros, y á las sutilezas mas infames que han inventado hasta el dia?

D. Nicomédes.

Quítate de mi vista, vergante: huye de mi presencia.

Hipólito,

¿Quien á su parecer de V. es mas culpado, el que compra un dinero que necesita, ó el que roba un dinero que no le hace falta?

D. Nicomédes.

Ya te he dicho que te vayas y no me sofoques mas. (1) Casi casi no me pesa este lance, porque de este modo estaré alerta á todos sus pasos.

---

(1) *Solo.*

ESCENA CUARTA.

MARTA Y D. NICOMEDES.

Marta.

Señor....

D. Nicomédes.

Espérate un poco que tenemos que hablar. (1) No será fuera del caso dar un vistazo á mi dinero.

ESCENA QUINTA.

MARTA Y PERICO. (2)

Perico.

La aventura ha estado de todo punto graciosa. Por fuerza ha de tener en alguna parte un espacioso almacen de trastos, porque en casa no hay ni un artículo de los que canta la tal relacion.

Marta.

¡Hola! ¿Eres tú, Perico? ¿Como es el hallarte por estos barrios?

---

(1) *A parte.*
(2) *Sin reparar en Marta.*

Perico.

¿Qué es eso, Marta? ¿Qué traes tú por aquí?

Marta.

Lo que por todas partes. Andarme entrando y saliendo en negocios agenos, siendo servicial á las gentes, y aprovechándome lo mejor que puedo del talento que Dios me ha dado. Ya sabes que en este mundo las personas que no tenemos otros mayorazgos que la intriga y la industria, debemos vivir de ella.

Perico.

¿Traes algo entre manos con el amo de casa?

Marta.

Si: un asuntillo de que espero una buena recompensa.

Perico.

¿De quien? ¿De él? Bien puedes hacer una cruz en el agua, si le sacas algo; porque, amiga, has de saber que en esta plaza vale mucho el dinero.

Marta.

Ya: pero hay ciertos servicios que llegan al alma.

Perico.

Será lo que quieras: mas desde ahora te digo que no conoces al señor don Nicomédes. El señor don Nicomédes es entre todos los humanos el humano ménos humano; y el mortal mas duro y apretado de todos los mortales. No hay servicio que obligue su reconocimiento hasta el punto de hacerle abrir la mano. Amistad, estimacion, alabanzas, buenas palabras, de esto cuanto se quiera; pero dinero, Dios guarde á V. muchos años. No hay cosa mas seca ni mas árida que sus gracias y sus caricias; y á esto de dar le tiene tal aversion, que por no dar ni aun da los buenos dias.

Marta.

¡Oh! Yo sé muy bien el arte de regalar el oido á los hombres; encuentro, así, por donde flaquean: me atraigo su confianza, y por último les hago sudar.

Perico.

Todo eso es aquí tiempo perdido. ¡Cuanto va á que no mueves á nuestro hombre á que suelte ni un cuarto! Eso es griego para él, y con su gregueria hace perder á todos la paciencia; y bien pudiera uno rabiar de hambre, mas ni por esas. En una palabra estima al dinero mas que á su reputacion, que al honor, y que á la virtud. Solo la vista de uno que le pida, le da convulsiones; y es herirle de muerte, pasarle el corazon, arrancarle los hígados.... Pero viene y me retiro.

ESCENA SEXTA.

D. NICOMEDES Y MARTA.

D. Nicomédes. (1)

Pues señor, todo está á pedir de boca: (2) y bien, Marta, ¿qué tenemos de nuevo?

---

(1) *Bajo.*
(2) *Alto.*

Marta.

¡Oh, señor! ¡Qué bueno está V.! ¡vaya que es cosa de dar gracias á Dios al mirar ese semblante que está anunciando la mas completa salud!

D. Nicomédes.

¿Cual? ¿El mio?

Marta.

Nunca le he visto á V. con una tez tan fresca, ni unos colores tan vivos.

D. Nicomédes.

¿De véras?

Marta.

Y tan de véras. En toda la vida ha estado V. tan jóven como ahora; y todos los dias está una viendo muchachos de veinte y cinco años mas avegentados que V.

D. Nicomédes.

Sin embargo, Marta, ya paso de los sesenta.

Marta.

¿Y qué son sesenta años? ¡Mire V. que cosa tan grande! Esa es la flor de la edad, y se puede

decir que V. entra ahora en la bella estacion del hombre.

D. Nicomédes.

No hay duda: mas á pesar de eso me parece que nada perderia en tener veinte años ménos.

Marta.

¡V. se chancea! ¿Qué adelantaria V. cuando es V. de una hebra que vivirá hasta ciento?

D. Nicomédes.

¿De verdad?

Marta.

De verdad. Bien á la vista estan las señales. Aguarde V. un poco. He aquí entre los dos ojos una raya que indica lárga vida.

D. Nicomédes.

¡Pues qué! ¿Entiendes tú de eso?

Marta.

Y tanto. A ver la mano. ¡Jesus y que raya tan larga!

D. Nicomédes.

¿Como?

Marta.

¿No ve V. lo que coge esta raya?

D. Nicomédes.

¿Y qué quiere decir eso?

Marta.

Antes dige que viviria V. cien años, y ahora añado que ciento y veinte.

D. Nicomédes.

¿De véras?

Marta.

Como que será necesario quitarle á V. de enmedio despues que haya enterrado á sus hijos, y á los hijos de sus hijos.

D. Nicomédes.

Mira que malo. ¿Y que tal vamos de nuestro asunto?

Marta.

De eso no hay que hablar. Negocio que corra por mi cuenta es negocio concluido. Particularmente para esto de bodas tengo la mejor mano: no me se presentará una que no halle medio de ajustarla en ménos que lo digo. Creo que si se me pusiera en la cabeza habia de casar á la burra de Balan con el caballo de Longinos. Es cierto que

esta cosa no presentaba grandes dificultades que vencer, pues como entro con franqueza en su casa, he hablado largo y tendido de V. á la una y á la otra, y he dicho á la madre el designio que habia V. formado de resultas de haber visto á Marianita en la calle, y en el balcon tomando el fresco.

D. Nicomédes.

¿Y qué ha respondido?

Marta.

Ha oido con gusto la proposicion; y cuando la he asegurado que V. deseaba vivamente que su hija asistiese esta noche al ajuste del casamiento de Luisita, ha condescendido, confiándola á mi cuidado.

D. Nicomédes.

Es que yo tengo que dar un convite al señor don Anselmo, y tendria mucha satisfaccion en que pudiésemos contar con ella.

Marta.

Muy bien pensado. Así como así ella hacia cuenta de venir á ver á la señorita en comiendo, ir despues

por ahí á dar una vuelta y venir á la hora de beber.

D. Nicomédes.

Con eso les prestaré el coche para que vayan juntas.

Marta.

Eso es lo que debe ser.

D. Nicomédes.

Dime, Marta: ¿has tocado algo á la madre acerca del dote que puede darla? ¿Le has dicho que en un caso como este es necesario que manifieste que es su madre, que haga el último esfuerzo, que eche el bodegon por la ventana como suele decirse? Porque nadie casa á una hija sin darla alguna cosa.

Marta.

Bueno está eso, cuando traerá cuatro mil ducados de renta.

D. Nicomédes.

¡Cuatro mil ducados de renta!

Marta.

Escuche V. Primeramente: está nacida y criada con la mayor sobriedad. Es una muger acostumbrada á pasar con ensalada, leche, queso, y

manzanas; de consiguiente no echará de ménos ni servicio de mesa, ni bocados esquisitos, ni pastas cada lúnes y cada mártes, ni otras delicadezas que necesitaria otra; y esto no es de tan poca monta que no asciendá á mil ducados al año. Tampoco en línea de trages es aficionada mas que á una limpieza monda y lironda, que prefiere á los magníficos vestidos, á las ricas joyas, y á los suntuosos muebles que tanto ocupan á las de su sexo; y este artículo no baja de otros mil ducados. Ademas tiene una terrible aversion al juego, cosa no comun en las mugeres del dia, pues yo conozco una vecina nuestra que lleva perdidos en este año á la treinta y una mas de dos mil pesos, con que echémosle por la parte mas corta otros dos mil ducados, y vendremos á sacar que dos mil ducados de diversion y juego, mil de vestidos y joyas, y otros mil de alimento componen los cuatro mil ducados largos de talle.

D. Nicomédes.

Todo eso está bien; pero la cuenca no tiene nada de efectivo.

Marta.

Perdone V. señor don Nicomédes. ¿Con que no tiene nada de efectivo traerle á V. al matrimonio una gran sobriedad, la herencia del mayor amor á la sencillez en el vestir, y la adquisicion de un gran fondo de horror al juego?

D. Nicomédes.

Es una bufonada formarme una carta de dote en que no haya mas partidas que los gastos que dege de hacer, pues yo no daré cuenta de lo que no reciba. Es menester que pase alguna cosa por mi mano.

Marta.

¡Y tanto como pasará! ¡Sí, ahora que me acuerdo, me han hablado de no sé que lugar en donde tienen bastantes haciendas!

D. Nicomédes.

Eso, eso es lo que hemos de ver. Pero, Marta, hay una cosa que me está escarabajeando aquí dentro. La

chica es jóven, como está á la vista: los jóvenes por lo comun no aman sinó á los de su edad, y no apetecen mas compañia que la suya. Me temo que un hombre de mis años no sea de su gusto, y que al fin y á la postre no llegue esto á producir en mi casa ciertos laberintos que no me acomodarian.

Marta.

¡Oh y qué poco la conoce V.! Esa es otra particularidad que se me habia pasado por alto. Tiene una aversion terrible á los jóvenes, y está perdida por los viejos.

D. Nicomédes.

¿Quien? ¡Ella!

Marta.

Si señor: ella. Quisiera que la hubiese V. oido sobre el particular. Por cuanto hay no puede sufrir la vista de ningun jóven; y nunca está mas en sus glorias, segun dice, que cuando logra ver á un respetable anciano con una grandiosa barba. Cuanto mas viejos, son para ella mas interesantes; y le advierto á V.

que no piense quitarse ni una hora de su edad. No quiere que bagen de los sesenta, y todavía no hace cuatro meses que estando para casarse de un dia á otro, desbarató la boda porque su amante salió con que no tenia mas que cincuenta y seis años, y porque no se puso anteojos para firmar el contrato.

D. Nicomédes.

¿Nada mas que por eso?

Marta.

Por eso solo. Dice que no la contentan cincuenta y seis años, y sobre todo está por las narices que gasten anteojos.

D. Nicomédes.

En verdad que me cuentas cosas bien estraordinarias.

Marta.

Pues aún es mas de lo que V. piensa. Hay en su cuarto algunos cuadros, y estampas. ¿De quien le parece á V. que serán? ¿De Adónis, Céfalo, Páris ó Apolo? Nada ménos que eso. Son los retratos de Saturno, del rey Priamo, del viejo

Néstor y del bueno de Anquises sobre los hombros de su hijo.

D. Nicomédes.

Eso es muy particular. Vea V. una cosa que no se me habria pasado por la tela de los sesos; y me alegro en el alma de saber que piensa de ese modo. En efecto, si yo hubiese sido muger, no me habria decidido por los jóvenes.

Marta.

Lo creo muy bien: buenas piezas son para poner el amor en ellos. Valientes chulos y mocosos para dar tentaciones con su figura. Yo quisiera preguntar ¿qué aliciente encuentran en ellos?

D. Nicomédes.

Yo no veo ninguno; y no sé como hay mugeres tan muertas por sus pedazos.

Marta.

Es necesario ser unas locas rematadas. Es preciso que le falte un sentido á quien halle la juventud amable. ¿Son hombres unos pisaverdes preciados de bonitos? Y ¿hay

quien se case con unos animáles como estos?

D. Nicomédes.

Es lo que estoy repitiendo cada instante. Con su voz de marica, sus bigotillos de gato romano, sus pelos de cofre, sus bragas caidas y la pechuga al aire....

Marta.

¡Que comparacion hay cuando se trata con una persona como V!.... V. es todo un hombre.... En V. tiene la vista en donde recrearse, y así es como han de ser y estar vestidos los que intenten dar flechazo.

D. Nicomédes.

¿Con que te parezco bien?

Marta.

Está V. que no hay mas que pedir, y esa estampa era digna de ser retratada. A ver:.... vuélvase V. un poco:.... ¡no se puede dar cosa mejor!.... dé V. cuatro pasitos. ¡Esto es lo que se llama un cuerpo cristiano, un cuerpo bien cortado, garboso, y que no manifiesta ningun alifafe!

D. Nicomédes.

Gracias á Dios no son cosa mayor los que yo tengo. Solamente esta destilacion que me cae de cuando en cuando.

Marta.

Todo eso no vale tres cominos. La destilacion no le dice á V. mal, porque tose V. con gracia.

D. Nicomédes.

Quiero preguntarte una cosa. ¿Me ha visto ya Marianita? ¿Ha estado con cuidado para verme pasar por la calle?

Marta.

No señor; pero hemos hablado largamente. La he pintado su persona de V, no habiéndome quedado corta en ponderarla su mérito, y las ventajas que la resultarán de tener un marido asi.

D. Nicomédes.

Has hecho muy bien y te lo estimo mucho.

Marta.

Yo tenia que pedir á V. un favor; porque es el caso que sigo un

pleito que perderé por no tener dinero, (1) y V. á poca costa podria hacer que le ganase sí quisiera darme la mano. No puede V. figurarse el gusto que tendrá en verle á V. (2) ¡Oh! llenará V. todas sus medidas, y esa valona á lo Cárlos doce la sacará de tino. Pero lo que sobre todo la llevará los ojos serán esas calzas atacadas al justillo con agugetas. Vamos... se volverá loca de contenta, porque un amante con agugetas no puede ménos de ser para ella un bocado muy sabroso.

D. Nicomédes.

Por Dios que me encantas con lo que me dices.

Marta.

Crea V. señor, que este pleito es para mí de la mayor trascendencia. (3) Quedo arruinada para toda la vida si le pierdo; y cualquier ayuda, por pequeña que fuese, me re-

(1) *D. Nicomédes se pone serio.*
(2) *D. Nicomédes se pone alegre.*
(3) *D. Nicomédes serio.*

pondria en lo que es mio. Quisiera que hubiese V. presenciado el gozo que manifestaba al oirme hablar de V. (1) Los ojos se le saltaban de alegria, cuando la contaba tantas gracias; y por último la puse en el mas alto grado de impaciencia por ver efectuado este casamiento.

*D. Nicoméde*s.

Me has dado mucho gusto, Marta; y te confieso sin embozo que te estoy agradecidísimo.

Marta.

Por Dios, señor, que me dé V. el socorrillo que le he pedido; (2) pues de este modo volveré á mi antiguo pie, y le quedaré eternamente reconocida.

D. Nicomédes.

Agur. Voy á acabar el correo.

Marta.

Sabe Dios que nunca me podria V. socorrer en circunstancia mas apurada.

---

(1) *D. Nicomédes se pone alegre.*
(2) *Muy serio.*

D. Nicomédes.

Yo dispondré que estén listos los caballos y el coche para que vayais á paseo.

Marta.

Crea V. que no le cansaria si no me obligase á ello la necesidad.

D. Nicomédes.

Y tendré cuidado de que se cene pronto, para que no os haga daño.

Marta.

No me niegue V. este favor que le pido. No se puede V. figurar el bien que....

D. Nicomédes.

Me voy, que me están llamando: hasta luego.

Marta.

Mala bomba te aplane, perro del infierno. ¡El miserable se ha mantenido duro á todos los ataques que le he dado! Pero no por eso he de abandonar la empresa; porque á mal dar, la parte contraria no dejará de mostrárseme agradecida.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

D. NICOMEDES, HIPOLITO, LUISA, JACINTO, LEONARDA (1), SIMON, TORIBIO Y DOMINGO.

D. Nicomédes.

Acá todo el mundo, que quiero deciros lo que habeis de hacer luego, y dar á cada uno su destino. Señora Leonarda, voy á principiar por V. ¡Brabo! Está V. sobre las armas: queda V. encargada de andar limpiando por todas partes, teniendo gran cuidado de no frotar mucho los muebles porque se des-

(1) *Con una escoba en la mano.*

gastan. Ademas de esto la confiero á V. el gobierno de las botellas durante la cena; bien entendido que sí se estravia alguna ó se rompe algo, se lo desquito á V. del salario irremisiblemente.

Simon. (1)

Castigo político.

D. Nicomédes. (2)

Vaya V. con Dios.

ESCENA SEGUNDA.

LOS DICHOS, MENOS LA SEÑORA LEONARDA.

D. Nicomédes.

Tú, Toribio, y tú Domingo quedais en el encargo de enjuagar los vasos y dar de beber. Esto ha de ser solo cuando haya sed, y no como otros lacayos importunos, que suelen ir á provocar á las gentes y meterlas por los ojos la bebida cuando no

(1) *A parte.*
(3) *A Leonarda.*

piensan en ella. Aguardad que os lo pidan dos y tres veces, cuidando siempre de no escasear el agua.

Simon. (1)

Si, que el vino puro se puede subir á predicar.

Domingo.

¿Y nos hemos de quitar los sacos?

D. Nicomédes.

Si: cuando veais que ya vienen; pero cuidado con no estropear las libreas.

Toribio.

Es que mi chupa, como V. ya sabe, tiene una lámpara de aceyte del candil en un delantero.

Domingo.

Y mis calzones tienen todos los fondillos comidos, de modo que hablando con perdon de V. se me ve....

D. Nicomédes.

¡Silencio! (2) Tú te has de poner siempre de espaldas á la pared dan-

---

(1) *A parte.*
(2) *A Domingo.*

do el pecho á las gentes; y tú (1) has de tener así el sombrero cuando sirvas.

ESCENA TERCERA.

D. NICOMEDES, HIPOLITO, LUISA, JACINTO Y SIMON.

D. Nicomédes.

Tú, hija mia, no has de perder de vista lo que se levante de la mesa, cuidando de que no se malgaste nada. Esto les está bien á las niñas. Y tambien puedes irte disponiendo á recibir como corresponde á mi novia, que ha de venir á hacerte una visita y llevarte á paseo. ¿Estás en lo que te digo?

Luisa.

Si señor.

---

(1) *Á Toribio enseñándole como se ha de poner el sombrero para taparse la mancha.*

ESCENA CUARTA.

LOS DICHOS, MENOS LUISA.

D. Nicomédes.

Y V., señorito de la casa, á quien tengo la bondad de perdonar la historia de ántes, no vaya V. ahora á ponérmela mala cara.

Hipólito.

¿Quien? ¿Yo mala cara? ?Por qué motivo?

D. Nicomédes.

¿Piensas que ignoro el modo de pajear de los hijos cuando los padres pasan á segundas nupcias, y con qué ojos suelen mirar á la que llaman madrastra? Pero si deseas que se me borre de la memoria tu última travesura, te encargo muy de véras que no pongas á esta persona el gesto avinagrado, y la recibas lo mejor que te sea posible.

Hipólito.

Si he de hablar con verdad, no puedo prometerle á V. el estar contento con que sea mi madre políti-

ca. Le engañaria á V. si tal digera. Pero en cuanto á recibirla como corresponde, y ponerla buena cara, prometo obedecer.

D. Nicomédes.

Cuando ménos, cuida de hacerlo así.

Hipólito.

V. verá que en este particular no le doy el menor motivo de queja.

D. Nicomédes.

No me prometo ménos de tu juicio.

ESCENA QUINTA.

D. NICOMEDES, JACINTO Y SIMON.

D. Nicomédes.

Ahora imploro tu favor, Jacinto. Venga V. acá, seo Simon: acércate que por algo te he querido dejar para el último.

Simon.

¿A quien llamaba V., al cochero, ó al cocinero? porque soy las dos cosas en una pieza.

D. Nicomédes.

A los dos.

Simon.

¿Pero á cual de los dos primero?

D. Nicomédes.

Al cocinero.

Simon.

Tenga V. la bondad de esperarse un poquito. (1)

D. Nicomédes.

¿Qué diantre de ceremonia es esa?

Simon.

Ya puede V. principiar.

D. Nicomédes.

Pues, señor: yo tengo que dar una cena esta noche.

Simon. (2)

¡Milagro!

D. Nicomédes.

Con que dime: ¿la dispondrás bien?

Simon.

Con tal que se me dé bastante dinero....

---

(1) *Quítase la librea, y queda de cocinero.*

(2) *A parte.*

D. Nicomédes.

¡Que diablo!.... ¡Siempre dinero!.... Yo pienso que no saben otra palabra mas que dinero, dinero, dinero: ¡nunca se les cae de la boca dinero! ¡Siempre hablando de dinero! ¡No tienen otro estrivillo mas favorito que dinero!

Jacinto.

Por cierto que nunca he oido una respuesta mas fuera de propósito: mire V. que cosa tan particular poner una buena mesa con mucho dinero. Eso es lo mas fácil del mundo y lo hace cualquiera; la habilidad está en ponerla gastando poco.

Simon.

¡Buena cena con poco dinero!....

Jacinto.

Si señor.

Simon.

Por quien soy, señor mayordomo, que nos hará V. el mayor favor del mundo en manifestarnos ese secreto, y en hacerse cargo de la cocina, ya que sin irle ni venirle se

está V. metiendo en todo lo de esta casa.

D. Nicomédes.

Vamos callando, y dí lo que se necesita.

Simon.

Ahí está su señor mayordomo de V. que lo hará bien y con poco dinero.

D. Nicomédes.

Es que yo quiero que tú me lo digas.

Simon.

¿Cuantos habrá de mesa?

D. Nicomédes.

Seremos unos ocho ó diez; pero no hagamos cuenta mas que con ocho, porque donde comen ocho comen diez.

Jacinto.

Claro está.

Simon.

Pues en ese supuesto se necesitan cuatro sopas, cinco fuentes de guisado, menestras, fritadas....

D. Nicomédes.

¡Qué, qué vas ensartando! Si

con eso habria para todo un egército.

Simon.

Asado....

D. Nicomédes. (1)

¡Ah bribon! ¡Tú quieres dar conmigo en tierra!

Simon.

Pastelillos....

D. Nicomédes. (2)

¿Aún no has acabado?

Jacinto. (3)

¡Eso es querer que todos revienten! Pues acaso ¿trae el señor á los convidados para asesinarlos á fuerza de comida? Lea V. cualquiera de los tratados del modo de conservar la salud, y sinó pregunte á los médicos, y le dirán que no hay cosa mas perjudicial al hombre que el esceso en comer.

D. Nicomédes.

Dice bien.

---

(1) *Tapándole la boca con la mano.*
(2) *Como ántes.*
(3) *'A Simon.*

Jacinto.

Sepa V., señor Simon, y sepan los de su oficio que una mesa abundante y variada es un trabucazo para la vida, y que el modo de manifestar á los convidados una amistad sincera ha de ser reinando la frugalidad en el convite, pues dijo un sabio de la antigüedad: *se ha de comer para vivir*, y *no se ha de vivir para comer.*

D. Nicomédes.

¡Ah buen hijo! ¡acércate que te quiero dar un abrazo en pago de tu dicho. Es la sentencia mas escelente que he oido en toda mi vida. *Se ha de vivir para comer*, y *no se ha de comer para*.... No, no es esto: ¿á ver como digiste?

Jacinto.

Que se ha de comer para vivir, y *no se ha de vivir para comer.*

D. Nicomédes. (1)

¿Lo has oido?.... (2) ¿De qué

(1) *A Simon.*
(2) *A Jacinto.*

sabio me has dicho que es esa sentencia?

Jacinto.

No me acuerdo ahora como se llama.

D. Nicomédes.

No te se pase el ponérmela por escrito. Voy á mandarla grabar con letras de oro sobre la chimenea de la sala.

Jacinto.

No lo echaré en olvido. Y lo que es la cena lo puede V. dejar á mi cuidado. Yo lo dispondré como se debe.

D. Nicomédes.

Muy bien.

Simon.

Tanto mejor: con eso tendré ménos trabajo.

D. Nicomédes. (1)

Es necesario poner cosas que empachen desde luego para que se coma poco, como por egemplo un guisado de carnero con nabos, que

---

(1) *A Jacinto.*

tenga bastante gordo; algun relleno bien guarnecido de castañas.

Jacinto.

Pierda V. cuidado.

D. Nicomédes.

Ahora, señor Simon, es necesario limpiar el coche.

Simon.

Espere V., que eso habla con el cochero. (1) ¿Qué era lo que V. decia?

D. Nicomédes.

Que es necesario limpiar el coche y tener los caballos listos para llevar á paseo....

Simon.

¡Los caballos, señor! A fe de hombre de bien que no están para dar un paso. No es decir esto que estén tumbados en la cama, porque las pobres bestias no la tienen, y seria decir lo que no es; sinó que como V. les hace guardar unos ayunos tan rigurosos, no son ya mas

(1) *Se vuelve á poner la librea.*

que unos esqueletos ó unas armazones de caballo.

D. Nicomédes.

¡Enfermos y sin trabajar!

Simon.

¡Con que porque no trabagen no han de comer! Mas cuenta les tendria trabajar mucho y comer bien. Es cosa que me parte el corazon verlos tan consumidos; porque los tengo tanto cariño, que cuando los veo padecer, lo siento como sí fuese yo propio. No hay dia que no me quite para ellos la comida de la boca; porque al fin seria necesario que uno tuviese el corazon mas duro que un pedernal para no compadecerse de su prógimo.

D. Nicomédes.

¡Tanto hay de aquí al paseo!

Simon.

No señor: yo no tengo valor para llevarlos, y en el estado en que se hallan se me haria cargo de conciencia el darles un latigazo. ¡Como diántres quiere V. que puedan con el coche, cuando no pueden consigo!

Jacinto.

Yo le pediré por favor al cochero del vecino que vaya con ellos; así como así éste nos hará falta en la cocina.

Simon.

Me alegro; porque mas quiero que se mueran en otras manos que no en las mias.

Jacinto.

¡El señor Simon habla como un racional!

Simon.

¡El señor mayordomo habla como si hiciera falta para algo!

D. Nicomédes.

Silencio.

Simon.

Señor:.... yo no puedo tragar los aduladores, y estoy viendo que todo lo que hace, y esta intervencion perpetua en el pan, en el vino, en el carbon, en la sal, y hasta en la luz no es mas que para congraciarse con V. y hacerle la corte. Me desespero, y me enfada estar oyendo un dia y otro lo que dicen de

V. por ahí las gentes; porque al fin y al cabo á pesar de los pesares del mundo le he cobrado á V. cariño, y le digo á V. con todas véras que despues de mis caballos es V. la persona que mas estimo.

D. Nicomédes.

¿Y podré yo saber que es eso que dicen por ahí de mí?

Simon.

Si señor: como supiera que no se habia V. de enfadar.

D. Nicomédes.

No, por ningun motivo.

Simon.

Perdone V. por ahora, que yo sé que no le va á sentar á V. bien.

D. Nicomédes.

Todo al contrario: me vas â hacer un gran favor, porque quiero saber qué es lo que dicen de mí.

Simon.

Ya que V. se empeña en ello, diré francamente que está V. siendo el hazme reir del pueblo: que todos nos andan echando mil pullas por V., y que nunca están mas des-

cansados que cuando le han tomado á V. por su cuenta refiriendo mil rasgos de su cicatería. Uno dice que V. manda imprimir almanaques á su modo con mayor número de témporas y vigilias para sacar raja de los ayunos que hace V. guardar á todos. Otro, que siempre tiene V. urdida una riña con los criados en tiempo de aguinaldos, de ferias ó cuando va V. á despedirlos, á fin de encontrar una salida para no darles nada. Aquel cuenta que una vez emplazó V. ante la justicia al gato de un vecino, porque se comió una tajada de pierna de carnero que habia sobrado. Este, que una noche le cogieron á V. en el garlito, viniendo de robar la cebada de los caballos; y que mi antecesor, aprovechándose de la oscuridad, le enderezó á V. no sé cuantos garrotazos, de que hasta ahora no se ha dado V. por entendido. Para decirlo de una vez no se puede ir á ninguna parte donde no se oiga colgarle á V. alguna de estas aventuras. Es V.

la risa, y la fábula de todos, y no se le conoce por mas nombre que el de avaro, ruin, mezquino y logrero.

D. Nicomédes. (1)

Eres un tonto, un mal hablado, un desvergonzado, y un insolente.

Simon.

¡Sí me lo daba á mí el corazon! V. no lo queria creer, aunque yo bien claro le dije que iba á incómodarse si le contaba lo que habia.

D. Nicomédes.

Esto es para que aprendas á hablar mejor.

ESCENA SEXTA.

JACINTO Y SIMON.

Jacinto. (2)

A lo que entiendo, compadre Simon, se premia mal la franqueza.

Simon.

V. señor novato, no se meta en donde no le llaman: siga haciendo

(1) *Dando de palos á Simon.*
(2) *Riyéndose.*

de persona, ríase de sus palos cuando se los den, y no se venga á reir de los mios.

Jacinto.

Perdone V., señor Simon: no hay que enfadarse por eso.

Simon.

(1) Parece que baja de tono: voy á echársela de guapo, y á cascarle las liendres, sí es tan pobre hombre que manifieste flaqueza. (2) ¿Sabe V., señor bufon, que yo no me río, y que si se me hinchan las narices, le haré reir de otro modo? (3)

Jacinto.

Poco á poco con eso.

Simon.

¡Como poco á poco!: no me da la gana.

Jacinto.

Tenga V. la bondad....

Simon.

Vmd. es un imprudente.

---

(1) *A parte.*
(2) *Alto.*
(3) *Va persiguiendo á Jacinto hasta el estremo del teatro en ademan de amenazarle.*

Jacinto.

Señor Simon....

Simon.

No hay señor Simon que valga. Si cojo un palo, le he de poner á V. como un tomate.

Jacinto.

¡Que es eso de coger un palo! (1)

Simon.

¡Yo! Si no decia eso.

Jacinto.

Sabe V., seo tonto, que quien le ha de poner á Vmd. como un santo cristo he de ser yo.

Simon.

No me cabe duda.

Jacinto.

Que en resúmidas cuentas no pasa V. de ser un galopin de cocina.

Simon.

Si, señor: lo sé.

Jacinto.

Y que no sabe V. todavía quien soy yo.

---

(1) *Jacinto hace retroceder á Simon.*

Simon.

Perdone V.

Jacinto.

¿Usted me ha de poner como un tomate?

Simon.

Sí lo decia de chanza.

Jacinto.

Pues yo no gusto de sus chanzas de V. (1) y conozca V. que no le da el naipe para bufon.

Simon. (2)

Mal haya mi sinceridad amen :.... es mal oficio :... reniego de ella para siempre, y de hoy en adelante no he de decir palabra de verdad: que me diera de palos mi amo, pase, porque al fin y al cabo puede hacerlo; pero este señor mayordomo..... no se me irá con ella al otro mundo.

---

(1) *Dando de palos á Simon.*
(2) *Solo.*

ESCENA SÉPTIMA.

MARIANA, MARTA Y SIMON.

Marta.

¿Sabe V., señor Simon, si está en casa su amo de V.?

Simon.

Si señora: en casa está: lo sé, y demasiado que lo sé.

Marta.

¿Querrá V. decirle que estamos aquí?

ESCENA OCTAVA.

MARIANA Y MARTA.

Mariana.

¡Ay Marta! ¡que infelíz es mi situacion! Si he de decir lo que siento, ¡cuanto temo esta visita!

Marta.

¿Pero á qué vienen esos temores?

Mariana.

¿A qué vienen me pregunta V.?

¿No se hace V. cargo del sobresalto de una persona al ver el cadalso á donde la llevan?

Marta.

Bien veo que don Nicomédes no es el potro que V. escogeria para morir con gusto; y al mismo tiempo leo en su semblante de V. que se le viene á la memoria el jóven que me ha contado.

Mariana.

No lo niego, pues tampoco trato de disculparme; y el decoro con que se ha portado las pocas veces que ha estado en casa, ha hecho mella en mi corazon.

Marta.

¿Y ha sabido V. quien es?

Mariana.

No, no lo sé; pero su carácter es el mas amable del mundo: y de dejar las cosas á mi arbitrio, le preferiria á todos, y no tiene la menor parte en que sufra el tormento tan terrible que estoy padeciendo en pensar qué marido me destinan.

Marta.

¡Que todos estos mozuelos hayan de ser tan agradables, y hayan de desempeñar tambien su papel!; pero casi todos están sin calzones, por lo que para una muger como V. vale mas casarse con un marido viejo que traiga con que mejorar de fortuna. Es cierto que los sentidos se resisten á pasar por la cuenta que yo echo, y que tambien hay algunos malos ratos con un marido así; mas esto no ha de ser para siempre, y al fin su muerte la pondrá á V. en estado de desquitar con otro mas amable el tiempo perdido.

Mariana.

¡Que malo es tener que contar con la vida de otro para ser una felíz! Eso fuera bueno si la muerte favoreciese tales proyectos.

Marta.

¡V. se burla! V. se casa en el bien entendido de que va á enviudar pronto; y esta condicion podia ponerse entre las del ajuste matrimonial. Bien tonto seria él en no

morirse ántes de tres meses. Pero aquí está en persona.

Mariana.

¡Ay Marta! ¡qué figura de tapiz!

ESCENA NOVENA.

D. NICOMEDES, MARIANA Y MARTA.

D. Nicomédes. (1)

No se agravie V. querida mia, sí vengo á su presencia con anteojos. Bien sé que sus gracias de V. llaman la atencion, son tan visibles por sí mismas, que no se necesitan anteojos para notarlas; pero con anteojos es con lo que se observan los astros, y yo sostengo y aseguro que V. es un astro, y no como quiera un astro, sinó el astro mas refulgente que hay en la tierra de los astros... Marta: ¿sabes que digo? que ni responde una palabra, ni á

---

(2) *A Mariana.*

mi parecer da muestras ningunas de alegria por verme.

Marta.

Es que está toda cortada; y las hijas de familia bien criadas siempre tienen vergüenza de manifestar á las primeras de cambio lo que sienten en su interior.

D. Nicomédes. (1)

Dices bien. (2) Aquí sale mi hija á recibir á la monita mia.

ESCENA DÉCIMA.

LOS DICHOS Y LUISA.

Mariana.

Disimule V. señora, que haya pasado tanto tiempo sin cumplir con una visita que era tan de mi obligacion.

Luisa.

V. ha hecho lo que á mí me correspondia, y yo era quien debia de haberme anticipado.

---

(1) *A Marta.*
(2) *A Mariana.*

D. Nicomédes.

Ya ve V. que alta está :.... la mala yerba crece mucho.

Mariana. (1)

¡Que hombre tan fastidioso!

D. Nicomédes. (2)

¿Que dice el alma mia?

Marta.

Que le parece V. un portento.

D. Nicomédes.

Ese es favor que me quiere V. hacer, adorable prenda de mi corazon.

Mariana. (3)

¡Que animal!

D. Nicomédes.

Quedo reconocido á tantos favores.

Mariana. (4)

No me quedan otros.

---

(1) *A Marta.*
(2) *A Marta.*
(3) *A parte.*
(4) *A parte.*

ESCENA UNDÉCIMA.

D. NICOMEDES, HIPOLITO, MARIANA, LUISA, JACINTO, MARTA Y TORIBIO.

D. Nicomédes.

Aquí viene tambien mi hijo á ponerse á los pies de V.

Mariana. (1)

¡Ay Marta! ¡qué encuentro! Este es cabalmente quien yo te decia.

Marta. (2)

¡Es cosa bien particular!

D. Nicomédes.

Veo que se para V. al contemplar que tengo unos hijos tan grandes; pero no tardaré mucho en verme libre de ellos.

Hipólito. (3)

A decir á V. la verdad, es, señora, esta una aventura que ni se

---

(1) *En voz baja á Marta.*
(2) *A Mariana.*
(3) *A Mariana.*

me habia pasado por el pensamiento; y mi padre me ha sorprendido no poco ahora que acaba de manifestarme su designio.

Mariana.

Otro tanto puedo decir á V: ha sido este un encuentro que me ha dejado tan parada como á V, porque no tenia ni el menor antecedente.

Hipólito.

Es necesario confesar que nunca pudo mi padre haber tenido eleccion mas acertada, y la dicha de ver á V. es para mí de la mayor satisfaccion. A pesar de todo esto no seré yo quien la afirme que me sirva de plato de gusto la intencion que pueda V. tener de ser mi madre política. Confieso ingenuamente que se me resiste dar á V. el parabien de ello; porque, mas que V. se enfade, es este un nombre que de ningun modo la deseo. No dejará de haber alguna persona a quien parecerá grosero este discurso; pero estoy cierto de que V. es capaz

de tomarle como él es, por ser esta una boda en que ya puede V. conocer que entro con repugnancia; y mas cuando V. no ignora, por conocerme bien, que se opone á mis intereses; y cuando V. me da lugar para que la diga, con permiso de mi padre, que si la cosa estuviera en mi mano no se verificaria.

D. Nicomédes.

¡Vea V. un cumplimiento bien escusado! ¿A qué viene esa declaracion tan graciosa?

Mariana.

Ya que me da V. pie para ello, le diré: que estamos pagados; y que si le cuesta á V. repugnancia que yo sea su madre, no la tengo yo menor en que sea V. mi hijo político. Nunca crea V. que haya yo tratado de darle ese disgusto: hágame V. mas favor; porque sentiria á par de muerte que tuviese V. por mí el mas mínimo pesar. Y le doy á V. mi palabra de que nunca entraré en un matrimonio que pueda desazonarle, si hallo el mas peque-

ño resquicio para echarme fuera.

D. Nicomédes.

Y tiene muchísima razon. A tal cumplido tal respuesta. La pido á V. perdon, higita mia, de la indiscrecion de mi hijo: es un muchacho sin mundo, y que no sabe las consecuencias de lo que ha dicho.

Mariana.

Le aseguro á V, señor don Nicomédes, que léjos de haberme ofendido, me ha dado el mayor gusto manifestándome su verdadero modo de pensar. Estimo sobre manera una declaracion como la que acaba de hacerme, y sí me hubiera hablado en otros términos, le apreciaria ménos.

D. Nicomédes.

Es mucha la bondad que manifiesta V. queriendo disculpar de esa manera su falta. El tiempo le hará mas cuerdo, y V. verá como cambia de idea.

Hipólito.

No, padre mio: soy incapaz de

mudanza, y espero de esta señora que lo crea asi firmemente.

D. Nicomédes.

Eso ya pica en locura. ¡Todavía erre que erre!

Hipólito.

¿Quiere V. que diga lo contrario de lo que siento?

D. Nicomédes.

Dale bola. Quiero que mude V. de conversacion.

Hipólito.

Puesto que V. quiere que hable en otro tono, permítame V, señora, que poniéndome en el lugar de mi padre la manifieste: que no he visto en los dias de mi vida un obgeto mas interesante, y que no hallo fortuna igual á la de agradar á V. El título de esposo seria una gloria, una felicidad que preferiria al destino mas brillante de este mundo. No lo dude V: la dicha de poseerla á V. es la mayor en mi concepto, y en la que cifraria toda mi ambicion. No habria cosa que no me atreviese á emprender para conseguir un

triunfo tan precioso, pues los obstáculos mas insuperables....

D. Nicomédes.

Basta, basta, hijo mio, sí te parece.

Hipólito.

Esto no es mas que un obsequio que hago á la señora en nombre de V.

D. Nicomédes.

Gracias á Dios tengo mi lengüecita para esplicarme, y no necesito un intérpretre tan bueno. Vamos.... arrimad unas sillas.

Marta.

¿No es mejor irnos á paseo, y de ese modo vendremos mas pronto, y tendremos luego todo el tiempo por nuestro para hablar?

D. Nicomédes. (1)

Que pongan el coche.

---

(1) *A Toribio.*

ESCENA DUODÉCIMA.

LOS DICHOS, MENOS TORIBIO.

D. Nicomédes.

Perdone V., Marianita, si no he tenido alguna friolera para ántes del paseo.

Hipólito.

Ya he dado yo las disposiciones convenientes y he hecho que traigan unos dulces de parte de V.

D. Nicomédes. (1)

¡Jacinto.... hombre!

Jacinto. (2)

Ha perdido la chabeta.

Hipólito.

¡Qué! ¿No le parece á V. bastante? La señora tendrá la bondad de disimular.

Mariana.

No habia necesidad de nada de eso.

---

(1) *A Jacinto en voz baja.*
(2) *A don Nicomédes lo mismo.*

Hipólito.

¿Ha visto V., señorita, un diamante mas hermoso que el que lleva mi padre en el dedo?

Mariana.

En efecto brilla desde una legua.

Hipólito. (1)

Es menester que le vea V. de cerca.

Mariana.

Sin duda es precioso, y despide multitud de rayos.

Hipólito. (2)

¡Oh! No señora: está en muy buenas manos y es una espresion que le hace á V. mi padre.

D. Nicomédes.

¿Yo?

Hipólito.

¿No es verdad, padre mio, que V. tiene mucho gusto en que esta señora le disfrute en su nombre de V.

---

(1) *Quitando á su padre el diamante y dándosele á Mariana.*

(2) *Cortando el paso á Mariana que quiere volver el diamante á don Nicomédes.*

D. Nicomédes. (1)

¿Como es eso?

Hipólito. (2)

¡Escusada pretension! me está haciendo señas para que se le haga tomar á V.

Mariana.

Es por demas....

Hipólito.

¿Se chancea V.? Mi padre no le volverá á tomar.

D. Nicomédes. (3)

Me desespero....

Mariana.

Eso seria....

Hipólito. (4)

No, eso no: eso es un desaire.

Mariana.

Por Dios....

Hipólito.

No hay remedio.

---

(1) *Á su hijo en voz baja.*
(2) *Á Mariana.*
(3) *Á parte.*
(4) *Como ántes.*

D. Nicomédes. (1)

¡Mala peste!....

Hipólito.

Véale V. dándose por ofendido del desprecio que Vmd. le hace.

D. Nicomédes. (2)

¡Ah traidor!

Hipólito. (3)

Mire V. que incomodado está.

D. Nicomédes. (4)

¡Parricida!

Hipólito.

Padre mio: ya ve V. que no consiste en mí. Hago cuanto alcanzan mis fuerzas para que se quede con él, pero está cada vez mas empeñada en no admitirle.

D. Nicomédes. (5)

¡Bribon!

Hipólito.

Señorita: V. está dando lugar á que mi padre me riña.

---

(1) *A parte.*
(2) *En voz baja á su hijo.*
(3) *A Mariana.*
(4) *Á parte á su hijo amenazándole.*
(5) *Furioso á su hijo en voz baja.*

D. Nicomédes. (1)

¡Malvado!

Hipólito.

V. será causa de que se sofoque y caiga enfermo. Por Dios, señora, que eso ya pasa de raya.

Marta.

¡Jesus y qué melindres! Tome V. la sortija ya que el señor don Nicomédes ha dado en que ha de ser.

Mariana. (2)

La tomo solo porque no se irrite V. mas; pero la devolveré á la primera ocasion.

ESCENA DECIMATERCIA.

D. NICOMEDES, MARIANA, LUISA, HIPOLITO, JACINTO, MARTA Y TORIBIO.

Toribio.

Señor, ahí está un hombre que quiere hablar con V.

---

(1) *Como ántes.*
(2) *A don Nicomédes.*

D. Nicomédes.

Dile que estoy ocupado : que venga otro dia.

Toribio.

Dice que trae dinero.

D. Nicomédes. (1)

Con permiso de V. vuelvo al instante.

ESCENA DECIMACUARTA.

D. NICOMEDES, MARIANA, LUISA, HIPOLITO, JACINTO, MARTA Y DOMINGO.

Domingo. (2)

Señor....

D. Nicomédes.

¡Ay! ¡que me ha muerto!

Hipólito.

¿Que es eso, padre mio?: ¿se ha hecho V. mal?

D. Nicomédes.

Apuesto á que ese bribon viene

(1) *A Mariana.*

(2) *Sale corriendo, tropieza con don Nicomédes y le deja caer.*

pagado por mis deudores para desnucarme.

Jacinto. (1)

Todo ello no será nada.

Domingo.

Señor, perdone V: creia que la acertaba en correr.

D. Nicomédes.

Y qué traías tan corriendo, tunante.

Domingo.

Venia á decir á V. que los caballos están desherrados.

D. Nicomédes.

Que los lleven inmediatamente á casa del herrador.

Hipólito. (1)

Entretanto voy á cumplimentar á esta señorita en nombre de V., y daremos una vuelta por el jardin á donde mandaré que lleven los dulces.

---

(1) *A don Nicomédes.*
(2) *Al mismo.*

ESCENA DECIMAQUINTA.

D. NICOMEDES Y JACINTO.

D. Nicomédes.

Por Dios, Jacinto que estés á la mira de todo y que cuides de recoger lo que se pueda, y volverlo otra vez al confitero.

Jacinto.

Vaya V. descuidado.

D. Nicomédes.

¡Ah, hijo indiscreto! ¡Tú tienes gana de arruinarme!

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

HIPOLITO, MARIANA, LUISA Y MARTA.

Hipólito.

Entrémonos aquí que estaremos mejor. No tenemos á la oreja nadie de quien guardarnos, y podremos hablar con libertad.

Luisa.

Mi hermano, señora, me ha manifestado en confianza la pasion que tiene á V. No se me ocultan las desazones y disgustos que pueden llegar á causar unos obstáculos como los que aquí se presentan, y por lo mismo la prometo á V. de todas véras tomar el mayor interes en este negocio.

Mariana.

El ver á una persona como V. interesarse en favor de una, es el mayor consuelo que darse puede. Así, la ruego á V. encarecidamente que me conserve siempre en su generosa amistad, la única que puede hacerme mas llevaderos los reveses de la fortuna.

Marta.

Ni uno ni otro serian Vmds. tan desgraciados si hubieran contado conmigo ántes. Yo les hubiera ahorrado á Vmds. estos disgustos con no haber llevado las cosas al punto en que se hallan.

Hipólito.

¡Como ha de ser! Mi mala estrella lo quiere así. Pero hermosa Mariana, ¿que partido piensa V. tomar?

Mariana.

¿Me hallo yo en estado de tomar ninguno? ¿Puedo hacer mas que desearlo con el alma y la vida, estando tan sugeta como estoy?

Hipólito.

¡Qué! ¿No abriga ese corazon mas que meros deseos? ¿No ha de haber para mí un poco de piedad, un poco de afecto, un rasgo de bondad con que manifestarme que se compadece V. de mi estado?

Mariana.

¿Qué quiere V. que le diga? Póngase V. en mi lugar, y vea qué puedo yo hacer. Discurra V., mande.... Me entrego en brazos de V. bien persuadida de que su prudencia no pretenderá de mí cosa que se oponga al honor y al decoro.

Hipólito.

¡A qué estremo me veo reducido! ¡A lo que permitan los pesados sentimientos de un riguroso honor, y de un pelilloso decoro!

Mariana.

¿Pero qué le tengo yo de hacer? Aun cuando quisiera atropellar por una porcion de respetos de que nuestro sexo no puede desentenderse; debo tener algun mi-

ramiento con mi madre. Me ha criado con el mayor cariño, y nunca me atreveria á darla el mas pequeño disgusto. Animo, dirijase V. á ella, emplée todos los resortes para ganar su corazon: haga V. y diga todo lo que quiera, pues para todo le doy á V. permiso; y si la cosa no depende mas que de declararme á favor de V, no tengo dificultad en confesar yo misma el amor que le tengo.

Hipólito.

Marta, mi buena Marta, ¿querrás ayudarnos?

Marta.

¿Quien pregunta eso? De mil amores. Naturalmente soy humana, y no son de bronce las entrañas que me ha dado el cielo: tengo la mayor complacencia en servir en cuanto esté de mi parte á las personas que se quieren de véras y segun Dios manda. Pero yo no sé qué sesgo darle á este negocio.

Hipólito.

Discurre por ahí alguna treta.

Mariana.

Dénos V. luces.

Luisa.

Inventa el modo de desacer lo que tú misma has hecho.

Marta.

Es bastante dificultoso. (1) Por lo que hace á su madre de V. es una muger de razon, y tal vez podriamos ganarla y hacerla que se determinase á traspasar al hijo la fineza que quiere hacer al padre. Lo que yo veo de malo es que (2) su padre de V. es su padre.

Hipólito.

Ya se ve.

Marta.

Quiero decir: que si abiertamente se le dan calabazas, se resentirá y no quedará de humor de dar á renglon seguido su consentimiento para el matrimonio de Vmds.; por lo que, para bien ser, convendria que fuese él quien rompiese, procurando

(1) *A Mariana.*
(2) *A Hipólito.*

por algun medio que se disgustase de esta señora. (1)

Hipólito.

Tienes mucha razon.

Marta.

Ya sé yo que la tengo, y esto era cabalmente lo que necesitábamos; pero la dificultad está en hallar el modo.... Espérense Vmds.... Si supiésemos de alguna muger entrada en edad, de mi travesura, y de despejo para representar el papel de una señora de circunstancias, á quien proporcionariamos un tren ahí de cualquier manera y un estravagante título de marquesa ó vizcondesa, que supondriamos de hácia las montañas; yo me atreveria á hacer creer á su padre de V. que era una persona muy rica, que ademas de las casas tenia en metálico sonante un millon de reales, y que estaba tan perdida por él, que le dejaria por heredero absoluto con tal que se casase con ella. Yo no

---

(1) *Por Mariana.*

dudo que diese oidos á la proposicion, porque aunque es verdad que la quiere á V., que yo lo sé, quiere mucho mas al dinero: y como deslumbrado por el cebo, haya una vez dicho que sí en lo que nos interesa; importará muy poco que se desengañe, y que llegue á conocer claramente lo que hay en el particular.

Hipólito.

Muy bien pensado.

Marta.

Pues esto corre por mi cuenta.... ¡Ta, ta!.... Ahora me acuerdo de una amiga mia que nos sacará del paso.

Hipólito.

Yo te aseguro una buena recompensa, si sales con la tuya. Pero ante todas cosas principiemos, querida Mariana, á ganar á su madre de V.; pues siempre adelantamos mucho con desacer esta maldita boda. Por Dios la pido á V., que haga por su parte todos los esfuerzos posibles. Válgase V. del ascendiente

que la da sobre ella el cariño que la profesa á V. Desplegue V. sin reserva esas gracias que tanto hablan al corazon, esos encantos tan poderosos que el cielo ha desparramado á manos llenas en esos ojos y en esa boca; no olvidando ni una de aquellas dulces palabras, de aquellas tiernas súplicas, de aquellas interesantes caricias á que no hay cosa que se pueda resistir en mi entender.

Mariana.

Haré cuando esté de mi parte y nada se me olvidará.

ESCENA SEGUNDA.

D. NICOMEDES, HIPOLITO, MARIANA, LUISA Y MARTA.

D. Nicomédes. (1)

¡ Oiga !.... ¡ Coger mi hijo la mano de su futura madrastra, y su fu-

(1) *A parte sin haber sido visto.*

tura madrastra no resistirse!.... ¡Si habrá aquí algun gato encerrado!

Luisa.

Que viene padre.

D. Nicomédes.

El coche está ya listo, pueden Vmds. salir cuando quieran.

Hipólito.

Ya que V. no va á acompañarlas, iré yo.

D. Nicomédes.

No: quédate aquí, que te necesito: que se vayan solas.

ESCENA TERCERA.

D. NICOMEDES É HIPOLITO.

D. Nicomédes.

Ahora bien, Hipólito, dejando á un lado los respetos de madrastra, dime: ¿que tal te parece esta jóven?

Hipólito.

¿Que qué me parece?

D. Nicomédes.

Si: su aire, su hermosura, su cuerpo, su talento.

Hipólito.

Así, así.

D. Nicomédes.

¿Nada mas?

Hipólito.

Si le he de decir á V. lo que siento, no encuentro nada de lo que habia imaginado. Su aire es de una verdadera coqueta: su cuerpo es bastante desgraciado: de hermosura no la sobra nada, y su talento es de los mas regulares. No crea V. que yo digo esto por quitarle á V. la voluntad, porque al fin madrastra por madrastra lo mismo me da esta que cualquiera otra.

D. Nicomédes.

Sin embargo tú la decias....

Hipólito.

Si señor: es verdad.... la estaba diciendo cuatro cosas en nombre de V.

D. Nicomédes.

¿Con que no la tienes ninguna inclinacion?

Hipólito.

¡Yo!: no señor.

D. Nicomédes.

Hombre, lo siento; pues esto echa por tierra un pensamientillo que me habia ocurrido. Porque despues que la he visto, he principiado á reflesionar sobre mis años, y sobre lo que diran las gentes si me vuelvo á casar con una muchacha tan jóven. Esta consideracion me haria abandonar mi empresa; pero es el caso que ya la he pedido, y se halla de consiguiente empeñada mi palabra: para quedar bien, te la cederia si no la tuvieras la aversion que me dices.

Hipólito.

¿A mí?

D. Nicomédes.

A tí.

Hipólito.

¿Para mi muger?

D. Nicomédes.

Pues, para tu muger.

Hipólito.

Mire V: es verdad que no es muy de mi gusto; pero por complacerle á V. me resolveria á casarme con ella.

D. Nicomédes.

Nada ménos que eso. Soy yo mas racional que lo que tú piensas. Yo no trato de violentar tu inclinacion.

Hipólito.

Haré este esfuerzo por dar á V. gusto.

D. Nicomédes.

No, no: no puede salir bien ningun matrimonio en que no medie la inclinacion.

Hipólito.

Esa es una cosa que puede muy bien lograrse despues, y por eso dicen que el trato engendra cariño.

D. Nicomédes.

No. Este es un negocio en que el hombre no debe aventurar nada: luego hay consecuencias pesadas á que me guardaré yo muy bien esponerme. Si hubieras sentido alguna inclinacion hácia ella, vaya con Dios: yo hubiera hecho que te hubieses casado en mi lugar; pero no habiéndola, seguiré mi primera idea y me casaré.

Hipólito.

Ya que eso es así, voy á descubrir á V. mi corazon, y á revelarle todo el misterio. La verdad es que yo la amo desde un dia que la ví en paseo, y que mi designio era pedírsela á V. por muger cuanto ántes; y lo único que me ha detenido ha sido por un lado el haberme V. manifestado su intencion, y por otro el temor de disgustarle.

D. Nicomédes.

¿Y la has hecho alguna visita?

Hipólito.

Si señor.

D. Nicomédes.

¿Muchas?

Hipólito.

Bastantes.

D. Nicomédes.

¿Y has sido bien recibido?

Hipólito.

Si señor; mas sin darme á conocer, y por eso se sorprendió al verme aquí.

D. Nicomédes.

¿La has declarado tu pasion y

la intencion que tenias de casarte con ella?

Hipólito.

No solamente á ella, mas tambien la he dado á entender algo á su madre.

D. Nicomédes.

¿Y que tal cara ha puesto?

Hipólito.

Bastante buena.

D. Nicomédes.

Y la chica ¿corresponde á tu cariño?

Hipólito.

Segun todas las trazas me parece que sí.

D. Nicomédes. (1)

Me alegro en el alma de haber descubierto un secreto como este; porque era cabalmente tras de lo que yo andaba. (2) ¿Sabes lo que hay ahora, hijo mio? Que es necesario dar al olvido ese amor, dejarse de pretensiones con una persona que

(1) *A parte.*
(2) *Alto.*

quiero para mí, y casarse con la que te tengo destinada.

Hipólito.

¿Con que así me ha engañado V.? Pues bien, ya que la cosa no tiene remedio, sepa V. que no dejaré el amor que tengo á Mariana, y que no habrá estremo á que no me entregue para disputar su conquista; y si V. cuenta con el consentimiento de su madre, yo echaré mano de otros medios que saldran á mi defensa.

D. Nicomédes.

¡Como tienes, bribon, atrevimiento de irme á los alcances!

Hipólito.

Usted es el que me va á los mios, pues yo he llegado ántes que V.

D. Nicomédes.

¡Y qué! ¿No soy tu padre? ¿Donde está el respeto que me debes tener?

Hipólito.

Hay cosas en que los hijos no están obligados á guardar respeto á los padres, y el amor no conoce parentescos.

D. Nicomédes.

Yo haré con un buen garrote que me conozcas.

Hipólito.

Todas sus amenazas de V. no servirán de nada.

D. Nicomédes.

Renunciarás á Mariana.

Hipólito.

No lo crea V.

D. Nicomédes.

¡Si cojo un palo!

ESCENA CUARTA.

D. NICOMEDES, HIPOLITO Y SIMON.

Simon.

Hé, hé, hé señores: ¿Que es esto? ¿en qué piensan Vmds?

Hipólito.

¡Valiente cuidado!....

Simon. (1)

Señorito: poco á poco.

---

(1) *A Hipólito.*

D. Nicomédes.

¡Hablarme con tal insolencia!....

Simon. (1)

Señor.... por Dios.

Hipólito.

No desistiré de mi empeño.

Simon. (2)

¡Como que! ¡A su padre de V!....

D. Nicomédes.

Dejámele por mi cuenta....

Simon. (3)

¡Pero señor!... ¡A su hijo de V!... A mí ya era otra cosa.

D. Nicomédes. (4)

Yo quiero, que seas tú quien decida este punto para hacer ver que tengo razon.

Simon.

Muy bien. (5) Apártese V. un poco, señorito.

D. Nicomédes.

Yo quiero á una jóven para casarme con ella, y el bribon tiene la inso-

---

(1) *A don Nicomédes.*
(2) *A Hipólito.*
(3) *A don Nicomédes.*
(4) *A Simon.*
(5) *A Hipólito.*

lencia de quererla tambien y de pretenderla contra mi mandato espreso.

Simon.

¡Oh!: hace muy mal.

D. Nicomédes.

¿No es la cosa mas temeraria de este mundo querer un hijo apostárselas á un padre, y no debia abstenerse de poner la mira en una cosa á que ve que yo me inclino?

Simon.

Tiene V. razon. Dégeme V. oirle lo que dice, y quédese V. aquí.

Hipólito. (1)

Ya que mi padre te ha elegido por juez, está muy bien: no tengo ningun inconveniente en que lo seas tú ó Perico el de los palotes; y por lo mismo tambien quiero atenerme á tu parecer y que falles en esta competencia.

Simon.

V. me honra mas que yo merezco.

Hipólito.

Yo estoy perdido por una jóven

(1) *A Simon cuando se acerca á él.*

que corresponde á mi cariño, y que recibe con el mayor gusto las pruebas de mi amor; y mi padre nos viene ahora á aguar nuestros amores pidiéndola por muger.

Simon.

Seguramente que hace muy mal.

Hipólito.

¿No se avergüenza de pensar en casarse en una edad como la suya? ¿Le puede estar bien el andar en amoríos? ¿No deberia dejar á los jóvenes este pasatiempo?

Simon.

Tiene V. razon. Eso es que tiene gana de broma. Permítame V. que le diga dos palabras. (1) Bien, señor: su hijo de V. no es tan temerario como V. le pinta, pues ya se aviene á la razon. Dice que sabe el respeto que le debe á V. y que solo se ha dejado llevar del primer ímpetu: que no se obstinará en hácer lo que V. no quiera, con tal que le trate V. mejor que hasta

(1) *A don Nicomedes.*

aquí, y con tal que la persona que V. le destine para muger le dé pie para estar contento.

D. Nicomédes.

Dile, Simon, que en ese bien entendido puede prometerse de mí todo lo que quiera; y que le dejo en libertad de elegir la muger que mas le guste, como no sea Mariana.

Simon.

Muy bien. (1) Su padre de V. no es tan ridículo como V. le hace; pues me ha dicho que lo que le ha irritado ha sido solamente su arrebato de V., y que se atiene solo al modo con que V. se porte: que está pronto á concederle cuanto quiera, como V. lo solicite con buen modo, y prestándole la atencion, el respeto y la obediencia que debe un hijo á un padre.

Hipólito.

¡Ay Simon!: bien puedes asegurarle que si me concede á Mariana,

(1) *A Hipólito.*

me hallará siempre el mas sumiso del mundo, y su voluntad será la medida de mis acciones.

Simon. (1)

Pues, señor, no hay ya que hablar. Se allana á lo que V. disponga.

D. Nicomédes.

Eso es lo mejor de todo.

Simon. (2)

Pleito concluido: queda lleno de alegría con las promesas de V.

Hipólito.

Gracias á Dios.

Simon.

Ya que se hallan Vmds. avenidos pueden conferenciar entre sí;.... la falta estaba en que Vmds. no se entendian.

Hipólito.

Mi querido Simon, ¡cuanto tengo que agradecerte!

Simon.

Todo ello no merece la pena.

---

(1) *A don Nicomédes.*
(2) *A Hipolito.*

D. Nicomédes.

Hombre: me has dado mucho gusto, y esto pide alguna espresion (1): no lo echaré en olvido: te lo prometo.

Simon.

Muchas gracias por la fineza.

ESCENA QUINTA.

D. NICOMEDES E HIPOLITO.

Hipólito.

Le pido á V. perdon, padre mio, del acaloramiento con que me he portado.

D. Nicomédes.

Vamos: eso no es nada.

Hipólito.

Le aseguro á V. que lo siento á par de muerte.

D. Nicomédes.

Pues yo tengo la mayor complacencia en verte reducido á la razon.

(1) *Registra su bolsillo, Simon alarga la mano, y por último don Nicomédes saca el pañuelo.*

Hipólito.

¡Que bondad la de V. en olvidar tan pronto lo pasado!

D. Nicomédes.

Con facilidad se olvidan las faltas de los hijos, cuando estos se reconocen.

Hipólito.

¡Y qué!: ¿no conserva V. ningun enfado por mis locuras?

D. Nicomédes.

No: porque me has desarmado viendo el respeto y sumision con que te sometes á mi voluntad.

Hipólito.

Le doy á V. palabra firme de que miéntras viva no se apartará de mi memoria la bondad de V.

D. Nicomédes.

Y yo te prometo concederte todo lo que me pidas.

Hipólito.

¡Oh, padre mio!: nada me queda ya que desear en este mundo, habiéndome cedido á Mariana.

D. Nicomédes.

¿Como?

Hipólito.

Repito que estoy enteramente pagado de V., pues todo lo tengo con el favor que V. me dispensa, concediéndome á Mariana.

D. Nicomédes.

¿Quien trata de cederte á Mariana?

Hipólito.

Usted, padre.

D. Nicomédes.

¿Yo?

Hipólito.

Si señor.

D. Nicomédes.

¿Ahora sales con esa, despues que has prometido desistir de tu intento.

Hipólito.

¡Yo desistir!

D. Nicomédes.

Sí, tú.

Hipólito.

Nada ménos que eso.

D. Nicomédes.

¿Con que no te has separado de esa pretension?

Hipólito.

Todo al contrario: ahora estoy mas empeñado que nunca.

D. Nicomédes.

¡Que!, vergante: ¿otra vez vuelves?....

Hipólito.

Nada me hará mudar de propósito.

D. Nicomédes.

Infame, yo sabré lo que me he de hacer.

Hipólito.

Haga V. lo que quiera.

D. Nicomédes.

Te prohibo que vuelvas á mirarme á la cara.

Hipólito.

Enhorabuena.

D. Nicomédes.

Te abandonaré.

Hipólito.

Abandóneme usted.

D. Nicomédes.

No te reconoceré por hijo.

Hipólito.

No me reconozca usted.

D. Nicomédes.

Te deseredaré.

Hipólito.

Deserédeme usted.

D. Nicomédes.

Te echaré mi maldicion.

Hipólito.

Maldito el frio, ni la calentura que me entrará por eso.

ESCENA SEXTA.

HÍPOLITO Y PERICO.

Perico. (1)

Ay señor: ¡qué á tiempo le hallo á V!: sígame V. aprisa.

Hipólito.

¿Que hay de nuevo?

Perico.

Sígame V. le digo: la cosa va bien.

Hipólito.

¿Pues como?

Perico.

Aquí está aquello.

---

(1) *Sale del jardin con una cagita.*

Hipólito.

¿El que?

Perico.

Todo el dia le he estado acechando.

Hipólito.

Pero ¿que es ello?

Perico.

El tesoro de su padre de V. que acabo de echarle el guante.

Hipólito.

¿Y como te has compuesto?

Perico.

Yo se lo contaré á V. todo. Vamos, retirémonos, que me parece que oigo voces.

ESCENA SÉPTIMA.

D. NICOMEDES, (1)

Ladrones, ladrones, que me matan, que me asesinan: justicia, santo cielo. Soy perdido, me han asesinado, me han sacado las entrañas,

(1) *Viene diciendo ladrones desde el jardin.*

me han quitado mi dinero. ¿Quien habrá sido? ¿Que se habrá hecho de él? ¿En donde estará? ¿En donde se habrá metido? ¿Como lo haré para dar con él? ¿A donde iré? ¿A donde no iré? ¿No es aquel que esta allí? ¿No es este que esta aquí? ¿Es este? Date á prision. (1) Vuélveme mi dinero, pícaro.... ¡Ah!... ¡Soy yo!.... He perdido la cabeza, y no sé en donde estoy, que soy, ni que me hago. ¡Ay de mí! ¡Pobre dinero mio!.... ¡pobre dinero mio!.... ¡Hijo de mis entrañas, me han privado de tí! Al arrebatarte de entre mis manos se han llevado mi amparo, mi consuelo, mi alegría. Todo se acabó para mí.... ya no tengo que hacer en el mundo. Es imposible que yo viva sin tí. No hay duda.... ya no puedo mas.... me muero.... ya estoy muerto.... ya estoy enterrado.... No hay quien quiera resucitarme, volviéndome mi dinero querido, ó di-

(1) *Agarrando su propio brazo.*

ciéndome quien lo tiene?.... ¡Qué! ¿Que decia V....? ¡Ah¡ no era nadie. No puede ménos sino que el que ha dado el golpe haya estado con la mayor atencion del mundo esperando el crítico momento; y cabalmente se ha aprovechado del tiempo en que estaba con el canalla de mi hijo. Vamos, salgamos de aquí. Voime á buscar la justicia, y á pedir que den tormento á toda mi casa, criados, criadas, hijo, hija y aun á mí propio. ¡Cuanta gente amontonada! No pongo la vista en nadie que no me dé en que sospechar. Todos me parecen el ladron. ¡Hola! ¿De que se hablaba ahí?: ¿del que me ha robado?.... ¿Que runrun es ese que anda por ahí arriba?: ¿está ahí ese ladronazo? Si Vmds. llegan á tener la menor noticia de él, por Dios les ruego que me lo digan. ¿Está por ahí entre Vmds.? Todos me miran y se echan á reir. ¡Verá V. como por fin y postre salimos con que tienen parte en

el robo! Aprisa, aprisa, escribanos, alguaciles, alcaldes, potros, horcas, verdugos para ahorcar á todo viviente, y si ni aun así me vuelvo á hacer con mi tesoro, yo mismo me ahorcaré tras de ellos.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

D. NICOMEDES, UN ALCALDE Y UN ESCRIBANO.

Alcalde.

Déjeme V. á mí, que á Dios gracias sé mi obligacion. No es este el primer robo que he descubierto.

Escribano.

No quisiera yo mas que tantas talegas como hombres han sido ahorcados por direccion del señor alcalde.

D. Nicomédes.

Todos los magistrados tienen interes en no dejar de la mano este asunto; y sinó parece mi dinero he de pedir justicia contra la justicia misma.

Alcalde.

Ya se practicarán las diligencias convenientes. ¿Cuanto dice V. que habia en la cagita?

D. Nicomédes.

Quince mil pesos en buena moneda.

Escribano.

¿Quince mil pesos?

D. Nicomédes.

Quince mil pesos.

Alcalde.

¡Cáspita!: el robo es de consideracion.

D. Nicomédes.

Como que no hay pena bastante para la gravedad del delito; y si se queda sin castigo, ni el copon estará seguro.

Alcalde.

¿En que especie de moneda estaban?

D. Nicomédes.

En doblones de oro nuevecitos, y en onzas de oro bien corridas.

Alcalde.

¿De quien tiene V. sospechas?

D. Nicomédes.

De todo el mundo; y asi quiero que me ponga V. presos á la ciudad y arrabales.

Alcalde.

Si quiere V. creerme, conviene no espantar la caza, y procurar coger con disimulo algunas prendas á fin de proceder despues con el rigor al cobro de los cuartos que le han pillado á V.

ESCENA SEGUNDA.

D. NICOMEDES, EL ALCALDE, EL ESCRIBANO Y SIMON.

Simon. (1)

Vuelvo al instante. Poneos á degollarle, en seguida chamuscadle los pies, metedle en agua cociendo, y colgadle de las bovedillas.

(1) *Al paño, volviéndose hácia donde ha salido.*

D. Nicoméded.

¿A quien? ¿Al que me ha robado?

Simon.

Es un lechoncillo que acaba de enviar su señor don Jacinto de V., y que voy á componer acá á mi modo.

D. Nicomédes.

No se trata ahora de eso, y al señor hay que hablarle de otra cosa.

Alcalde. (1)

No hay porque asustarse: yo no soy hombre que como á nadie, y por lo mismo la cosa irá con la mayor humanidad.

Simon.

¿Es tambien el señor de los nuestros?

Alcalde.

Aqui, hijo mio, no debes ocultar nada á tu amo.

Simon.

A fe de hombre de bien que diré todo lo que sé hacer, y le trataré á V. lo mejor que pueda.

---

(1) *A Simon.*

D. Nicomédes.

Si no es eso.

Simon.

El no poner tan buena mesa como yo quisiera consiste en su señor mayordomo de V. que me ha cortado los vuelos con su economía.

D. Nicomédes.

Aleve, si tratamos de otra cosa que de cenar. Quiero que me des noticias del dinero que me han quitado.

Simon.

¿Le han robado á V?

D. Nicomédes.

Si, bribon: y como no me lo vuelvas al instante, te van á ahorcar.

Escribano.

Vamos señor: no hay que ultrajarle. Su semblante está diciendo que es hombre de bien, y que sin dar lugar á ir á la cárcel nos descubrirá todo lo que queramos.

Alcalde.

Si, hijo mio: si nos confiesas la cosa, no solo no te se hará ningun daño; sinó que, como es justo, tu

amo te recompensará. Le hàn robado hoy un dinero, y no puede ser ménos sino que tú sepas algo.

Simon. (1)

¡Que ocasion tan á pelo para vengarme del mayordomo! Desde el punto que se metió en casa, es el favorito: no se hace sinó lo que él quiere, y le tengo unas ganas desde los palos que me dió....

D. Nicomédes.

¿Que estás ahi rezando?

Alcalde.

Dégele V. que está tratando de sacarle á V. de penas.

Escribano.

¡Si lo he dicho yo, que tiene cara de hombre de bien!

Simon.

Señor: ya que V. quiere saber lo que hay, yo creo que el querido mayordomo ha sido quien ha dado el asalto.

D. Nicomédes.

¿Jacinto?

---

(1) *A parte.*

Simon.

El mismo.

D. Nicomédes.

¡Jacinto que parece tan fiel!....

Simon.

Cabalmente. Yo creo que es él quien le ha robado á V.

D. Nicomédes.

¿Y qué motivos tienes para creerlo?

Simon.

¿Que motivos?

D. Nicomédes.

Si.

Simon.

Yo lo creo.... porque tengo motivos para creerlo.

Alcalde.

Si; pero es necesario decir los indicios que haya para ello.

D. Nicomédes.

¿Le has visto tú rondar hácia el parage en que yo tenia el dinero?

Simon.

Si señor que le he visto.... ¿En donde le tenia Vmd?

D. Nicomédes.

En el jardin.

Simon.

Cabalito. Yo le he visto rondar hácia el jardin. ¿Y en qué tenia V. el dinero?

D. Nicomédes.

En una cagita.

Simon.

Dicho y hecho. Yo le he visto con una cagita.

D. Nicomédes.

¿Que hechura tenia esa cagita, á ver si es la mia?

Simon.

¿Que hechura tenia?

D. Nicomédes.

Si.

Simon.

Una hechura.... hechura.... asi, como de una cagita.

Alcalde.

Es regular: pero da algunas señas de ella para ver....

Simon.

Es una cagita bastante grande.

D. Nicomédes.

Pues la mia era chica.

Simon.

Ya se ve que es chica, si quiere tomarse la cosa por ese lado. Pero yo digo que es grande por lo que contenia.

Alcalde.

¿De que color es?

Simon.

¿De que color?

Alcalde.

Si.

Simon.

De un color.... un color.... asi, cierto color.... ¡Por vida de!.... Lo tengo en el pico de la lengua....

D. Nicomédes.

¿Que?

Simon.

¿No era colorada?

D. Nicomédes.

No, que era parda.

Simon.

Pues.... Eso es.... Un encarnado oscuro que tira á pardo.

D. Nicomédes.

No queda duda: seguramente es ella. (1) Escriba V., escriba V. su declaracion. ¡Dios mio!: ¡de quien podrá ya uno fiarse! Sobre que no se puede responder de nada, y visto lo visto creo que soy capaz de robarme á mi propio.

Simon. (2)

Ahí le tiene V. ya; pero por Dios que no le diga V. que he sido yo quien se lo ha dicho.

ESCENA TERCERA.

LOS DE ANTES Y JACINTO.

D. Nicomédes.

Acércate, ven y confiesa la accion mas fea, el mas horrible atentado que jamas ha cometido hombre.

Jacinto.

¿Que manda V., señor?

D. Nicomédes.

¡Bribon! ¿No te se cae la cara

(1) *Al escribano.*
(2) *A don Nicomédes.*

de vergüenza de pensar en tu delito?

Jacinto.

¿Pero de qué delito me habla V.?

D. Nicomédes.

¿De que delito te hablo, infame? Hazte el chiquito, como sinó supieras lo que te quiero decir. Es inútil ya el disimulo, pues se ha descubierto el pastel, y acabo de saberlo todo de pe á pa. ¿Como abusas, bribon, de mi bondad metiéndote en mi casa de intento para venderme y pegarme un petardo de esa naturaleza?

Jacinto.

Puesto que ya está V. enterado de todo, no quiero andarme en rodeos, ni ménos negarle la verdad del hecho.

Simon. (1)

¡Si lo habré adivinado sin querer!

Jacinto.

Mi intencion era hablar á V. sobre el particular, y solo esperaba

(1) *A parte.*

una coyuntura favorable; pero ya que la suerte lo ha dispuesto de otro modo, por Dios le pido á V. que no se enfade y que escuche mis razones.

D. Nicomédes.

¿Y que razones serán ellas, infame ladron?: no dejarán de ser lindas.

Jacinto.

Poco á poco, señor: que no merezco ese tratamiento. Es verdad que le he ofendido á V., pero al fin mi falta es disculpable.

D. Nicomédes.

¿Que es eso de disculpable? ¡Una zalagarda, un asesinato como él!

Jacinto.

Por amor de Dios, que no se ponga V. así. Cuando esté V. enterado de todo, verá como el daño no es tan grande como V. piensa.

D. Nicomédes.

¡Que el mal no es tan grande como yo pienso! ¡Que! ¡Mi sangre, mis entrañas, bribon!....

Jacinto.

Su sangre de V. no ha dado en

manos tan malas; pues por mi condicion en nada la desmerezco, y en este asunto no hay cosa que yo no pueda remediar.

D. Nicomédes.

Eso es lo que yo quiero, que me restituyas lo que me has robado.

Jacinto.

Su honor de V. quedará completamente satisfecho.

D. Nicomédes.

¡Que honor ni que calabaza! Aquí no se trata de honor. Pero, hombre, dime: ¿quien te ha arrastrado á una accion como esta?

Jacinto.

¡Que me pregunta V. eso!

D. Nicomédes.

¿Pues no quieres que te lo pregunte?

Jacinto.

Aquel Dios que lleva consigo una disculpa para cada paso de los que obliga á dar. El amor.

D. Nicomédes.

¿El amor?

Jacinto.

Si, señor.

D. Nicomédes.

¡Lindo amor por vida mia!: ¡el amor á mis onzas!

Jacinto.

Nada de eso: no son sus riquezas de V. las que me han inducido, ni tampoco son capaces de deslumbrarme; y en prueba de ello le ofrezco á V. no aspirar á ninguna otra cosa que de cien leguas le pertenezca, como me conceda esta.

D. Nicomédes.

Un demonio.... ¡Pues no faltaba mas! ¿Se habrá visto insolencia igual? ¡Querer quedarse con lo que me ha robado!

Jacinto

¿Y á esto llama V. un robo?

D. Nicomédes.

¡Si lo llamo un robo! ¡Con que un tesoro como él!....

Jacinto.

Es cierto que es un tesoro, y sin duda ninguna el mas precioso que V. tiene; pero no porque V. me le

ceda á mí, le perderá por eso. Yo, señor, le pido á V. de rodillas este tesoro lleno de gracias; y si quiere V. acertarla, es indispensable que me le conceda V.

D. Nicomédes.

No haré tal.... Vamos: ¿y que quiere decir todo eso?

Jacinto.

Que nos hemos jurado un amor eterno, y nos hemos prometido no separarnos jamas.

D. Nicomédes.

Por cierto que el juramento es original, y la promesa me gusta.

Jacinto.

Si señor: nos hemos empeñado en ser uno de otro para siempre.

D. Nicomédes.

Yo lo impediré, si: no tengas cuidado ninguno.

Jacinto.

Solo la muerte será capaz de separarnos.

D. Nicomédes.

Vaya.... Es necesario estar perdido por mi dinero....

Jacinto.

Ya le he dicho á V. que no ha sido el interes quien me ha llevado á hacer lo que he hecho: no han obrado sobre mi corazon los resortes que V. piensa: ha sido mas noble el motivo que me ha inspirado la tal resolucion.

D. Nicomédes.

Al paso que vamos saldremos con que quiere tener mis bienes movido de caridad cristiana; pero yo tomaré las medidas mas oportunas, y la justicia hará que se me dé satisfaccion de todo, pícaro sin vergüenza.

Jacinto.

V. tomará el partido que mas le acomode, pues yo estoy dispuesto á sufrir todas las vejaciones que V. guste; pero por lo ménos le suplicó que crea que si hay algo de malo, toda la culpa es mia, y que su hija de V. no tiene en ello la menor parte.

D. Nicomédes.

Sin que lo jures lo creo. ¡Pues

no faltaba otra cosa sino que mi hija se hallase metida de patas en un delito como él! Pero, oye: yo deseo que vuelva á mi poder, y así confiésame á donde la has llevado.

Jacinto.

¿Quien? ¡yo!.... Si no me la he llevado:.... si está todavía en casa.

D. Nicomédes. (1)

¡O cagita de mi corazon! (2) ¿Está todavía en casa?

Jacinto.

Si señor.

D. Nicomédes.

Y dime.... la verdad.... ¿Has llegado á ella?

Jacinto.

¡Yo llegar á ella! ¡Ah! Nos hace V. á entrambos la mayor ofensa. La adoro: es cierto; pero con el amor mas puro y respetuoso del mundo.

D. Nicomédes. (3)

¡Adorar á mi cagita!

---

(1) *A parte.*
(2) *Alto.*
(3) *A parte.*

Jacinto.

Quisiera haberme caido muerto ántes que haberla propuesto un pensamiento que hubiese podido ofender su delicadeza; ademas de que es muy juiciosa y honesta para haberle dado oidos.

D. Nicomédes. (1)

¡Mi caja muy honesta!

Jacinto.

Todos mis deseos no han pasado de disfrutar de su vista; no habiendo sido profanada la pasion que sus hermosos ojos me inspiraron por nada que haya olido á pecaminoso.

D. Nicomédes. (2)

¡Los hermosos ojos de mi caja! habla de ella, ni mas ni ménos que lo hiciera un galan de su querida.

Jacinto.

La señora Leonarda sabe todo lo que hay en el particular, y puede informar á V....

---

(1) *A parte.*
(2) *A parte.*

D. Nicomédes.

¡Que! ¿Tambien mi criada entra en la danza?

Jacinto.

Si señor: ha presenciado nuestros contratos y habiendo conocido la honradez de mi pasion, me ha ayudado á convencer á Luisita á que reciba mi palabra y mano de esposo, y á que me dé la suya.

D. Nicomédes. (1)

¡Vamos!.... el temor de la justicia le hace desatinar. (2) ¿Que baturrillo andas ahí revolviendo, metiendo en él á mi hija?

Jacinto.

Decia que me costó la mayor dificultad vencer su modestia, y hacer que condescendiese á mis amorosas ansias.

D. Nicomédes.

¿La modestia de quien?

Jacinto.

De su hija de V. que hasta ayer

---

(1) *A parte.*
(2) *A Jacinto.*

no se determinó á que nos hiciésemos un papel de matrimonio.

D. Nicomédes.

¿Mi hija te ha hecho un papel de matrimonio?

Jacinto.

Si señor; y yo la he dado otro.

D. Nicomédes.

¡O cielo! ¡Nueva desgracia!

Simon. (1)

Apunte V. señor escribano, apunte V.

D. Nicomédes.

¡Hasta ahí podian llegar mis males!: ¡llegó á lo último mi desesperacion! (2) Vamos, vamos, señor alcalde: haga V. su deber, y fórmele V. la causa por ladron, y por seductor.

Simon.

Así, así, por ladron y por seductor.

Jacinto.

Nunca he merecido tales dictados; y cuando se sepa quien soy....

---

(1) *Al escribano.*
(2) *Al alcalde.*

ESCENA CUARTA.

D. NICOMEDES, LUISA, MARIANA, MARTA, SIMON, EL ALCALDE Y ESCRIBANO.

D. Nicomédes.

¡Ah hija malvada, hija indigna de un padre como yo! ¿Son estas las lecciones que te he dado? ¡Tomarte de amores con un ladron infame, y darle palabra y mano sin contar conmigo! Pero bien pronto vereis uno y otro como la habeis errado de medio á medio. (1) Cuatro paredes bien altas me saldran por fiadoras de tu conducta; (2) y en una horca me pagarás tu atrevimiento.

Jacinto.

No ha de ser su pasion de V. quien ha de sentenciar este pleito; y por lo ménos se me oirá ántes de condenarme.

---

(1) *A Luisa.*
(2) *A Jacinto.*

D. Nicomédes.

Es verdad: me he equivocado: no basta una horca: debes ser descuartizado vivo, vivo.

Luisa.(1)

¡Ay, padre de mi alma! Por Dios que piense V. con mas humanidad, y no trate de llevar las cosas al estremo de violencia á que puede la autoridad de padre. No se dege V. arrastrar de los primeros movimientos de su pasion; y tómese V. tiempo para considerar lo que va á hacer. Tenga V. la molestia de mirar con otros ojos á aquel contra quien se halla V. tan enfadado, verá que es muy otro de lo que V. le hace; pues á lo ménos no le parecerá á V. tan fuera del órden que me haya decidido á su favor, cuando V. sepa que á no haber sido por él haria ya mucho tiempo que me habria V. perdido. Sí, padre mio: él me salvó del riesgo á que estuve espuesta en

(1) *A los pies de su padre.*

el mar, y á él es á quien V. debe la vida de esta misma hija que....

D. Nicomédes.

Todo eso no vale nada. Y hubiera sido mejor para mi que te hubiese dejado ahogar, que no haber hecho lo que ha hecho.

Luisa.

Yo le pido á V. rendidamente, padre mio, por el amor que....

D. Nicomédes.

No, no: no quiero escucharte, porque es necesario que la justicia haga su obligacion.

Simon. (1)

Yo te aseguro que tú me pagarás los palos que llevé.

Marta.

¡Que enredo tan particular!

ESCENA QUINTA.

LOS MISMOS Y D. ANSELMO.

D. Anselmo.

¿Que es eso, señor don Nico-

---

(1) *A parte.*

médes, que está V. tan alterado?

D. Nicomédes.

¡Ah señor don Anselmo!: aqui tiene V. al hombre mas desgraciado del mundo; y tambien se halla V. con el mayor trastorno en el ajuste que venia á celebrar. Se maquina contra mi bolsillo: se maquina contra mi honor; y mire V. ahí un traidor, un infame que atropellando los derechos mas sagrados se ha colado en mi casa so capa de servirme para robarme mi dinero, y seducirme á mi hija.

Jacinto.

¿Pero quien se acuerda de dinero, con el que está V. ahí embrollando y mas embrollando?

D. Nicomédes.

Si, amigo don Anselmo: se han dado uno á otro palabra de matrimonio, y esta afrenta recae sobre V; por lo que debe V. mostrarse parte y hacer á su costa todas las diligencias de estilo, para que la justicia le vengue de semejante insolencia.

D. Anselmo.

No trato de casarme á viva fuerza, ni ménos aspirar á un corazon que tenga dueño; pero por lo que hace á los intereses de V, los defenderé como los mios propios.

D. Nicomédes.

Aqui está el señor alcalde que sabe su obligacion, y un señor escribano que es hombre de bien, y á quien nunca se le queda nada en el tintero. (1) Asiéntele V. bien la mano como lo merece, y acrimínele V. en forma.

Jacinto.

No entiendo por qué razon se me ha de imputar á delito el que ame á su hija de V., ni mucho ménos que se me haya de imponer ningun castigo, como V. piensa, por la obligacion que hemos contraido, pues ya llegará tiempo de que se sepa quien soy.

D. Nicomédes.

Me rio de todas esas bocanadas.

---

(1) *Aparte al escribano por Jacinto.*

El mundo está en el dia atestado de ladrones con don; impostores, que sacan su partido de la misma bageza de su nacimiento, vistiéndose insolentemente del primer nombre ilustre que se les pone en la cabeza.

Jacinto.

Sepa V, señor mio, que tengo demasiado amor propio para adornarme con galas que no sean muy mias; y que todo Nápoles puede informar de mi nacimiento.

D. Anselmo.

Poquito á poco, y vamos con tiento en lo que se dice: aventura V. mas de lo que piensa, pues está hablando con quien conoce á todo Nápoles, y á quien por lo mismo no es fácil que se le oculte ninguna cosa de lo que V. cuente.

Jacinto.

No tengo por qué temer; y si V. conoce tanto á Nápoles, sabrá quien era don Tomas Alburci.

D. Anselmo.

Y tanto como lo sé: habrá po-

cas personas en este mundo que le hayan tratado tan á fondo.

D. Nicomédes.

Yo no tengo que ver ni con don Tomas, ni con don Martin (1).

D. Anselmo.

Por Dios dégele V. que hable, veremos como se esplica.

Jacinto.

Pues ese mismo don Tomas Alburci me ha dado el ser.

D. Anselmo.

¿Quien? ¿don Tomas Alburci?

Jacinto.

Si, señor.

D. Anselmo.

¡Vaya! ¡V. tiene gana de burlarse! Trate V. amigo, de forjar otra historia, y no pretenda sacar la capa con tal impostura.

Jacinto.

Algo mejor le estaria á V. hablar de otro modo. Lo que digo no es impostura, y nunca aseguro

---

(1) *Don Nicomédes repara en que están encendidas las dos bugías, y apaga una.*

nada que no pueda hacer bueno.

D. Anselmo.

¿Todavía se atreve V. á llamarse hijo de don Tomas Alburci?

Jacinto.

Ya se ve que sí; y estoy pronto á sostenerlo contra todo viviente.

D. Anselmo.

¡El atrevimiento es de alabar! Sepa V. para su confusion que hace por lo menos diez y seis años que el sugeto que V. dice pereció en el mar con sus hijos y su muger, tratando de salvar su vida de las crueles persecuciones que se siguieron á los alborotos de Nápoles, y que fueron causa de que se desterrasen muchas familias nobles de aquella ciudad.

Jacinto.

Si, señor: pero sepa V. para la suya que su hijo, que tenia entónces siete años, se salvó de ese naufragio, habiéndole socorrido un buque español; y que ese hijo que se salvó es el mismo que está hablando con V. Sepa V. tambien que el

capitan del mismo barco movido de mi desgracia, me tomó tal cariño que hizo que me educasen como si fuera hijo suyo; habiéndome dedicado á la carrera de las armas desde que fui para ello. Supe despues que no habia muerto mi padre como yo creia, y habiéndome resuelto á ir en busca suya pasé por aqui, donde una aventura dispuesta por el cielo me dió á conocer á la encantadora Luisa. Sus gracias me cautivaron, y la vehemencia de mi amor, y el rigor de su padre me movieron á tomar la resolucion de entrar en su casa, y embiar quien continuase las diligencias que yo habia emprendido para tener noticia de los mios.

D. Anselmo.

¿Y no tiene V. mas testimonio que su palabra, para que podamos cerciorarnos de que no ha forjado una fábula sobre los principios de un hecho cierto?

Jacinto.

El capitan español, un sello guarnecido de rubies, que era de mi pa-

dre; un brazalete de ágata que me habia puesto mi madre, y el pobre Pedro que fué el criado que se salvó conmigo.

Mariana.

¡O Dios! Yo soy aquí quien puede contestar á estas razones, asegurando que son ciertas, y que me hacen venir en conocimiento de que estoy con mi hermano.

Jacinto.

¡Tú mi hermana!

Mariana.

Si: mi corazon se conmovió desde que principiaste á hablar; pues nuestra madre, á quien vas á llenar de consuelo, me ha contado mil veces la desgracia de nuestra familia. Aunque el cielo no nos dejó perecer en el naufragio, nos conservó la vida á costa de nuestra libertad, porque unos corsarios nos recogieron á las dos sobre las tablas del buque. La recobramos por un acaso feliz despues de diez años de cautiverio; y habiendo vuelto á Nápoles, hallamos que todos nuestros bienes es-

taban vendidos, y no pudimos adquirir la menor noticia de nuestro padre. En vista de esto pasamos á Génova, en donde mi madre recogió los miserables restos de una herencia que estaba arruinada; y se vino huyendo de la bárbara injusticia de sus parientes hasta este sitio, donde ha vivido en una continua afliccion.

D. Anselmo.

¡O Dios! ¡Que estraordinarios son los rasgos de vuestra omnipotencia, y que claramente haceis ver que solo á vos toca el hacer milagros! Abrazadme, hijos mios, y acompañad á vuestro padre en su alegria.

Jacinto.

¡Usted nuestro padre!

Mariana.

¡Usted quien tantas lágrimas ha costado á mi madre!

D. Anselmo.

Si, hija mia: si, hijo mio. Yo soy don Tomas de Alburci á quien el cielo libertó de las olas con todo el dinero que llevaba, y que teniendoos por muertos al cabo de

diez y seis años, se disponia despues de largos é inútiles viages á buscar el consuelo de otra nueva familia, uniéndose con una persona afable y prudente. La poca seguridad con que viviria, regresando á Nápoles, me hizo que la abandonase para siempre; y habiendo encontrado modo de vender mis bienes, me avecindé aqui, en donde he querido con el nombre de Anselmo apartar de mi memoria las pesadumbres y disgustos que atrajo sobre mi el de Tomas.

D. Nicomédes. (1)

¿Con que este es hijo de V?

D. Anselmo.

Si señor.

D. Nicomédes.

Pues á V. me acojo como parte interesada, para que me pague quince mil pesos que me ha robado.

D. Anselmo.

¿Jacinto le ha robado á V.?

---

(1) *A don Anselmo.*

D. Nicomédes.

El mismo, si señor.

Jacinto.

¿Quien ha levantado semejante enredo?

D. Nicomédes.

Simon.

Jacinto.

¿Eres tú quien lo dice?

Simon.

¿Ve V. que yo diga nada?

D. Nicomédes.

Si señor, y sinó ahí está el señor alcalde que le ha tomado la declaracion.

Jacinto.

¿Y me cree V. capaz de cometer una accion tan baja?

D. Nicomédes.

Capaz ó no capaz, lo que yo quiero es mi dinero.

ESCENA ÚLTIMA.

D. NICOMEDES, D. ANSELMO, LUISA, MARIANA, HIPOLITO, JACINTO, MARTA, EL ALCALDE, EL ESCRIBANO, PERICO Y SIMON.

Hipólito.

No se ande V. devanando los sesos, ni echando la culpa á nadie, padre mio, porque enterado de todo vengo á decirle que si se aviene á que me case con Mariana, volverá Vmd. á hacerse con su dinero.

D. Nicomédes.

¿Pues donde está?

Hipólito.

No pase V. el menor cuidado: está en parage seguro y á mi disposicion; y todo pende de saber su determinacion de V: asi ó cédame V. á Mariana, ó pierda V. su cagita.

D. Nicomédes.

Pero ¿no le falta nada?

Hipólito.

Nada, nada. Vea V. si tiene intencion de acceder á este matrimonio, uniendo su consentimiento al de su madre, que la ha dejado en libertad de que elija entre los dos.

Mariana.

Usted no sabe todavía que ya no basta ese consentimiento, pues el cielo acaba de volverme á mi padre (1) á quien debe V. pedírsele, como tambien á mi hermano (2) que tiene V. delante.

D. Anselmo.

El cielo no os devuelve un padre para oponerse á vuestros deseos. Señor don Nicomédes: hágase V. cargo de que la eleccion de una jóven ha de recaer mas bien sobre un hijo que sobre su padre; con que no dé V. lugar á oir lo que no es necesario y acceda como yo á entrambos matrimonios,

(1) *Por don Anselmo.*
(2) *Por Jacinto.*

D. Nicomédes.

No estoy para consejos miéntras no vea mi cagita.

Hipólito.

V. la verá sana y salva.

D. Nicomédes.

Yo no puedo darles nada á la muchacha ni al otro.

D. Anselmo.

Yo tengo para todos: eso no le dé á V. cuidado.

D. Nicomédes.

¿Y se obligará V. á hacer todos los gastos de las dos bodas?

D. Anselmo.

Si, señor, que me obligo. ¿Quiere V. mas?

D. Nicomédes.

Si, hombre: que me haga V. un vestido para aquel dia.

D. Anselmo.

Corriente. Vamos á entregarnos al júbilo que nos ha proporcionado el de hoy.

Escribano.

Digo.... señores.... poco á poco.... ¿Quien me paga mis diligencias?

D. Nicomédes.

Aquí no tenemos nada que ver con eso.

Escribano.

Ya estamos. Pero yo tampoco he venido á trabajar de valde.

D. Nicomédes. (1)

Ahí tiene V. en pago á ese hombre, que puede V. mandar ahorcar.

Simon.

¡Válgame Dios!... No sé como lo tengo de hacer.... Si digo la verdad, palos; si miento, horca.... vaya vaya.

D. Anselmo.

Señor don Nicomédes: es necesario perdonarle su embuste.

D. Nicomédes.

Como V. pague al escribano.

D. Anselmo.

Le pagaré. Vamos, hijos, á que vuestra madre participe de nuestras satisfacciones.

D. Nicomédes.

Y yo á ver mi cagita de mi alma.

---

(1) *Señalando á Simon.*

NOTAS.

Persuadido Luis Ricoboni de que el autor del Avaro debia ser el hombre mas célebre de su tiempo, se dedicó al estudio de sus obras, por donde se confirmó en la idea que habia formado acerca de este poeta comico. En 1736 nos trasmitio sus *observaciones sobre la comedia y el carácter de Moliere.*

Monsieur Bret en vista de las alteraciones que se iban haciendo en las comedias de este padre de la escena moderna, tanto en algunos lugares del testo, como en la propiedad de los trages; atendiendo tambien á las revoluciones que habia esperimentado la lengua francesa desde que Moliere habia escrito, y finalmente á la condicion de postumas que tenian unas obras, compuestas muchas de ellas en tiempo limitado, y nunca para imprimirse; publicó en 1786 una edicion correcta, anotada tanto en la parte gramatical como en la crítica é historial de dichas comedias.

Por último Cailhava dió á luz pública en 1802 sus *observaciones sobre la vida, costumbres, obras de Moliere, y modo de representar sus piezas.*

Ya se de á conocer que tres hombres que han escrito sobre un mismo asunto, han debido coincidir muchas veces, otras apartarse y de consiguiente que todo el trabajo de estas notas podia estar reduci-

do á poner en castellano lo que estos críticos hubiesen dicho en frances. Asi seria en efecto, si ya por mirar las cosas cada uno conforme á su idea, ó ya por demasiada contemplacion y deferencia á lo que se habia escrito anteriormente sobre este mismo asunto, no hubieran dado muchas veces el último lugar á la razon. El traductor ha suplido esta parte, presentando lo mejor de las referidas obras segun se irá echando de ver.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El mayor empeño de Ricoboni relativamente al Avaro es manifestar que todas sus partes son de pura imitacion. De que se hallen en esta pieza muchas escenas que anteriormente estuviesen en otras, no se deduce que tuviese conocimiento de ellas Moliere. Bien dificil seria en el dia no hacer igual probanza á cualquier escritor en este género, atendida la multitud de dramas con que están surtidos los teatros de europa. Pero como la invencion de la comedia no sea mas que el armazon de una comedia, y como sea necesario formarla un cuerpo con miembros bien proporcionados, y por fin darla una vida, un alma que se manifieste por el diálogo, por el modo de espresar los personages lo que les pasa, por los giros de todo punto conformes á la na-

turaleza; sin empeñarnos en combatir á Ricoboni, haremos ver con cuanta justicia mereció Moliere el título de reformador del teatro, esponiendo que los trozos que reclama aquel tienen las espresadas dotes en el Avaro, y de consiguiente el mérito de la presente comedia.

Principiaba á florecer esta parte de la poesía por los esfuerzos de Pedro Corneille, quien pudo lograr hácia el año de 1630 que se estableciese en Paris una compañia fija; pues ántes de aquella época solo se conocian algunos cómicos de la legua que iban á representar por temporadas. Entre dichas compañias habia una de Italianos que entretenia á la capital de la Francia con cualquier mamarrachada puesta en forma de diálogo, que ni aun merecia el nombre de farsa, de las cuales pretende Ricoboni que Moliere fué tomando las escenas que le hacian mas al caso. Una de ellas es la presente en que se manifiesta el amor de Luisa y Jacinto, y es del *Amante tradito* representado en Paris con el título de *Lelio y Arlequin, criados de una misma casa.*

Nada tendria de particular que tratando Moliere de describir los desórdenes de la de un avaro, le hubiese parecido oportuno presentar en el teatro á una hija de este, casi desesperanzada de casarse por la avaricia de su padre, enredada en una intriga de mas consideracion. Pero á lo menos es inegable que á Moliere se le debe el que este personage tenga aquel grado de decoro y de virtud que no ha-

gan sospechosa la mansion de su amante á su lado. Desde la primera escena da ella misma el título de *amor inocente* al afecto que tiene á Jacinto.

El reconocimiento que le debe por haberla salvado la vida es el principio de su inclinacion. Los dos quitan al espectador todo género de sospecha en cuanto á la ligereza de su proceder con el decoro que guia sus intenciones; y como dice Jacinto ,,el esceso de la avaricia de don ,,Nicomédes y la estrechez á que se ha ,,condenado á vivir él y sus hijos, po- ,,drian autorizar cosas mas fuera del ór- ,,den.“

Todavía hace mas Luisa. Se confiesa culpada cuando dice á su hermano en la escena segunda: ,,dejémonos de juicio, ,,pues no hay persona que no le pierda ,,á lo ménos una vez en la vida; “no dirigiéndose esta reconvencion que ella misma se hace, mas que á no haber contado con su padre para decidirse por Jacinto.

ESCENA TERCERA.

Esta escena en que don Nicomédes registra al criado de su hijo, es imitada de Plauto, escena cuarta del acto cuarto. Bret piensa que tan poco felíz ha sido Moliere diciendo *á ver las otras*, como Plauto cuando dice *á ver la tercera.* Marmontel asegura que al imitar Moliere á Plauto tradujo *á ver la otra*: cosa natural porque la precipitacion del avaro puede

haberle hecho olvidar que ha visto ya la primera; y que *á ver las otras* es una falta de los cómicos que pasó á la impresion. Razon tanto mas poderosa cuanto el mismo Bret nos dice en el discurso preliminar que *Moliere era tan condescendiente con sus compañeros que les permitia hacer las inovaciones que querian: que cada dia se hacian á pretesto de los trages, y que en el avaro se esforzaban algunos actores á manifestar mas talento que Moliere con las adiciones que ponian.* Añádase á esto que la primer edicion que se hizo de sus obras en 1682 fue nueve años despues de su muerte.

Pero ni Bret ni Marmontel tienen razon para tachar á Plauto de haber cometido un error en preguntar á su criado por la tercer mano; y envolver á Moliere con Plauto seria absolver al primero, si la crítica permitiese que porque no hubiese errado el cómico latino, debia de haber acertado el frances.

Recordemos que Plauto escribió sus comedias para los Romanos, hombres perdidos por la historia fabulosa de sus dioses. Contaban entre los infernales á Gerion, por quien unos significaron tres hermanos de un mismo nombre, tan unidos en su modo de pensar que se creia estar regidos de una sola alma; y otros á un rey, que por serlo de las tres Islas Baleares, le hacian de tres cuerpos, al cual tuvo que vencer Hércules, pasados nueve de sus trabajos. Plauto echa mano de esta fuente, y en la escena sexta del acto

tercero hace que el avaro reconvenga á Megadoro, que se casa con su hija sin dote y ademas le hace el gasto de la boda, con estas espresiones.

„*Qui intromissisti in aedes quingentos coquos*
„*cum senis manibus, genere Geryonaceo.*"

„¿Qué me preguntas á mi tú que has „metido en mi casa quinientos cocineros, „con seis manos cada uno, que parecen „de la casta de Gerion?" Como Plauto debia suponer á su auditorio tan instruido como él en esta clase de conocimientos, no hace mas que una reseña de esta y las demas fábulas que inserta: reseña mas que suficiente para que quede ya prevenida la pregunta que le hace al criado despues, de que le enseñe la mano tercera; sin que por decir esto incurra en una hipérbole monstruosa y que salga de la raya de la verosimilitud como se ha dicho. Y aun cuando no estuviera anunciado este paso, no dudo que hubiera producido en los Romanos el efecto que entre nosotros en aquel que supiera el caso del ladron que estaba en las iglesias con unas manos de cera en actitud de orar, y con las verdaderas escamoteando los bolsillos de los que oraban.

Convengamos, pues, en que por no ser justos en la crítica, ó mas bien por no ladearnos á la parte mas favorable probando, como justamente lo ha hecho Cailhava, que están ambos avaros fuera de sí, y que ninguna cosa pone tan de manifiesto el mal estado de su razon como preguntar Euclion por la tercer ma-

no y don Nicomédes por las otras; se ha podido comprender á Moliere en el error que se achacaba á Plauto. Y no es probable que un discípulo tan sabio de este comico introdugese en su composicion una idea desconocida de su auditorio. Asi, ó dijo *á ver la otra*, como quiere Marmontel y hemos traducido; ó mediaba algun suceso del dia conocido de todo Paris y que no ha llegado á nosotros como muchos que hay en esta composicion.

ESCENA CUARTA.

.....*Sobre que no puedo mirar con gusto á este perro villano.*

El original dice: *Je ne me plais point á voir ce chien de boiteux-la.* Porque hacia algun tiempo que estaba cojo Bejart, que representaba el papel de criado, cuando Moliere sacó su avaro á las tablas. Esta alusion desconocida de los traductores anteriores al presente los ha llevado á traducir, al primero *maldito cojo* dejando al auditorio en ayunas; y al segundo *semialanos-cojos*, sin entenderse á si mismo.

ESCENA SÉPTIMA.

Se cree que esta escena está tomada de Plauto, y de ser cierto, seria uno de los lugares en que el cómico frances habria aventajado al latino. En este no se halla mas que una simple protesta de Megadoro de casarse con la hija de Eu-

clion sin que lleve dote. „No la puedo „dar nada á mi hija, dice el avaro: *nihil* „*est dotis quod dem.* No importa, respon- „de Megadoro: el dote verdadero de una „muger son sus buenas prendas. *Ne duis;* „*dummodo morata recte veniat, dotata est* „*satis.*“ Y mas adelante vuelve á decir Euclion á Megadoro: „no olvides que te „has convenido á casarte con ella sin lle- „var dote ninguno: *Illud facito ut memine-* „*ris convenisse, ut ne quid dotis mea ad te* „*afferat filia.*“ Compárese el partido que ha sacado Moliere de la espresion *sin dote*, y se verá cuan superior es la copia al original.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA.

Ricoboni pretende que estas escenas están tomadas de una piececita Italiana intitulada *Il dottor Bachettóne.* Su argumento es este. „Viéndose precisado Pan- „talon á hacer un pago, acude á su ami- „go el doctor (devoto y logrero de mar- „ca) á que le saque del ahogo, prestándo- „le la cantidad que necesita. El doctor se „escusa, diciéndole que no la tiene; pe- „ro se ofrece á proporcionársela si le da „en prendas su vagilla de plata. Pantalon „se aviene á ello, y se la entrega. El doc- „tor solo le da en dinero dos terceras „partes de la cantidad estipulada, y le

„enseña una lista de cosas con que pre„tende completar la otra tercera parte. „Esta lista contiene trastos viejos y cosas „estravagantes como la barba de Aristó„teles, el cíngulo de Vulcano &c. que le „pone á un precio muy subido.“

Sin apartarnos del justo elogio que mereceria Moliere y le tributa Ricoboni por haber mejorado dicha escena: poniéndonos del lado de la verdad manifestaremos con Bret: que no hallándose la menor noticia de esta pieza en el diccionario cómico italiano; y constando en él varias, acomodadas al teatro de esta nacion por Gioancili, es de creer que el *doctor Bachettone* sea una caricatura tomada como otras tantas de Moliere, asi desconocida en Italia como en Francia. A cuya congetura ayuda el silencio que guardaron sobre este punto los enemigos que le atrajo el *Impostor*, y la conclusion que se deduce de que si hubieran tenido los italianos el original de esta comedia en el *doctor Bachettone*, no habrian dejado de representarla y no se habrian visto precisados á fundir la indecente farsa de *Scaramouche hermite* inmediatamente que se representó el *Impostor*.

Con mejor conocimiento del teatro frances podia haber creido Ricoboni que el plan de esta clase de escenas estaba tomado de *La belle plaideuse*, comedia mala de Boisrobert, representada en el año de 1654. — Ergasto, enamorado de la litigante, ha mandado buscar dinero para

seguir su pleito. Un escribano le da á conocer el logrero que lo ha de adelantar: „ese que sale de mi estudio, le di- „ce: hablad con él.“

ERGASTO.

„ ¡Qué! ¿Es ese el que presta el di- „nero?“

BARQUET.

„El mismo: Si señor.“

AMIDORO.

„ ¡Qué! ¿Es este el que quiere tomar „dinero á crédito? ¡Tú! ¿Bribon, pícaro, „traidor? En vano huyes de mi presen- „cia. Ya te he visto.“

ERGASTO.

„ ¿Quien, diga V. padre, quien debe „avergonzarse de los dos, y quien de los „dos es mas necio? &c.“

Filipin, criado de Ergasto, le proporciona otro logrero. „Puede dar quince y „falta á su padre de V,“ le dice á su amo. — „El quisiera aprontar la canti- „dad, pero no la tiene toda en metálico „sonante: y aunque despues de dar bue- „nas fianzas preste dicho dinero al doce „por ciento, no tiene mas que mil duca- „dos en efectivo.“

ERGASTO.

„ ¿Pues y el resto?“

FILIPIN.

„No sé si se lo podré contar á V. sin „reirme. Dice que espera un navío que „viene de Caboverde, y completará di- „cha suma con monas, hermosísimos pa- „gayos, con doce cañones de grueso ca-

„libre, seis de ellos de hierro, y los otros „seis de bronce, de que vale la libra „á &c.“

Podrá muy bien haber acomodado Moliere á su intento el chiste de esta relacion y el fondo de la escena; pero todos deberán estarle agradecidos á la belleza que ha presentado, pues no porque la idea haya caido en unas manos que no han sabido desempeñarla, hay en Boisrobet un derecho de privar á todo el mundo de ella; principalmente cuando por estar dicha escena en una obra sepultada con justicia en el olvido, viene á quedar en la clase de original.

ESCENA SEXTA.

Monsieur Ricoboni halló en el teatro italiano una escena de la pieza intitulada *Le case svaliggiate*, que cree haber servido de modelo al cómico frances para componer la presente. El original es así. „Escapin hace creer á Pantalon que su „ama está perdida de amores por él: le „cuenta el aprecio y la estimacion que „hace de la vegez, y Pantalon le da di„nero á almorzadas á cada palabra que „suelta.“

Diremos de esta escena lo que se ha dicho de la refundicion que hizo Fielding del Avaro cuando se puso á traducirle, á saber: *que una liberalidad como esta era la locura de un pródigo*; y Moliere sabía demasiado que en las comedias de carácter es una falta imperdonable el menor des-

cuido en sostener al papel principal. Mas si todavía se insiste en que puede ser la escena de Moliere imitada del italiano, séalo en buenhora, y sépase que era tan mala en el original como buena en la imitacion. Lo mas particular del caso es que Ricoboni haya dejado en olvido un modelo mas parecido, y del que se podria asegurar mejor que habia imitado Moliere la dicha escena. Esta es la segunda del primer acto de una comedia del Ariosto intitulada *Gli suppositi.* Hé aqui el trozo que parece haber traducido Moliere.

PASIFILO.

Non sete voi giovane?

CLEANDRO.

Sono né' cinquant' anni.

....

....

PASIFILO.

......Non mostrate al aria
Passar trenta sette anni.......

CLEANDRO.

......Sono al termine
Pur ch' io ti dico......

PASIFILO.

....Voi passerette il centesimo.
Mostratemi la man......

CLEANDRO.

......Sei tu, Pasifilo,
Buon chiromante?

PASIFILO.

Io ci ho pur qualche practica.
Deh, lasciatemi un po vedervela.

CLEANDRO.

Eccola.

PASIFILO.

Oh ¡che bella, che longa et neta línea! non vidi mai miglior....

Creo que si se me pusiera en la cabeza, habia de casar á la burra de Balan con el caballo de Longinos. El original dice: „*Je* „*crois, si je me le etois mis en tête; que je* „*marierois le grand Turc avec la république* „*de Venise.*" Voltaire tiene por una incorreccion de estilo este pasage, que parece tomado de Rabelais libro 5.º cap. 39, en donde dice: *Et te dis, Dandin, mon joli fils, que par cette méthode je pourrois paix mettre, ou treve pour le moins, entre le grad roi et les Venitiens.* No hay duda en que parece mejor dicho *ajustar la paz ó poner treguas* entre dos naciones, que *casarlas.* Mas si cuando escribia Moliere, *marier* tenia en frances la acepcion de *parear, componer* &c. que en castellano, no seria incorreccion de estilo. Bajo este punto de vista se hubiera traducido dicho pasage al pie de la letra sin miedo de que se le tachase al traductor de no entender lo que traia entre manos, á no estar persuadido de que ganaba la traduccion, desenlazando los versos del *Castigo de la miseria*

„Casaré por mil caminos
„al caballo de Longinos
„con la burra de Balan,"

con que su autor espresó la misma idea de Moliere.

......*Pero la cuenta no tiene nada de efectivo*

y es una bufonada ponerme un dote que no tenga mas partidas que los gastos que dege de hacer. Este trozo recuerda el epígrama 9.° del lib. 9. de Marcial que en castellano podria leerse así:

Dices que en su testamento
nada Fabio te ha dejado,
cuando tú al año le has dado
mil reales para alimentos.
No llores, Nenio, tus males:
muriéndose te ha mandado
mas que á nadie: te ha fundado
una renta de mil reales.

Solamente esta destilacion que me cae de cuando en cuando. Otra alusion de Moliere á su dolencia que le tenia reducido temporadas enteras á tomar leche á todo pasto, y que habia dado lugar á creer mas de cuatro veces que peligraba su vida.

.....*Y esa valona á lo Cárlos doce la sacará de tino*. Tanto en esta escena como en la quinta del primer acto se hace mencion de trages antiguos. Bret juzga que seria fácil á un actor el corregir estas relaciones y acomodarlas á nuestras modas. Yo creo que no: en primer lugar porque dando estas sus vueltas, siempre quedaria la dificultad en pie, y no seria fácil que los remiendos fuesen del mismo paño que la obra principal. Segundo, porque si es posible poner en las tablas á un avaro del

dia, como quiere Bret, tambien lo es sacar á la vergüenza á una persona conocida y llevar de consiguiente el teatro á su segunda edad. Tercero, porque ayuda á la ridiculez el trage.

Segun nos cuentan, los cómicos franceses no han sabido aderirse á un partido que sea ménos malo que usar trages del dia y encajar las relaciones del testo. Y si aqui paráran sus habilidades, no hubieran escitado las plumas de sus paisanos á echarles en cara su licencia; porque ha habido entre ellos quien en el papel de Perico sacaba su par de anteojos para leer la relacion de la escena cuarta del acto segundo, sin advertir cuanto dañaban al efecto que deben causar los de don Nicomédes al presentarse á su novia. Otros, haciendo de maese Simon, encajan una taravilla interminable de los platos que se necesitan, debilitando la relacion verdadera y el efecto de la prontitud del avaro en taparle la boca desde el principio, diciéndole *que trata de dar con él en tierra*. No ha faltado quien representando al hijo del avaro, se ha puesto á cuestas sobre su criado cuando le dice en la escena sexta del acto cuarto *que alli está el tesoro de su padre*, despues de haber dado mil saltos de alegria al oír tal noticia; siendo asi que su propio papel es ir á enterarse de todo, y nada mas. Otro ménos económico con su salud y su pecho, principia á gritar en el papel del avaro desde que sale á las tablas y se encara con Perico, faltándole luego la voz y las fuerzas cuando ver-

daderamente las necesita. Otros en vez de estirarse y componerse todo lo que puedan al decirles Marta *que se vuelvan y den cuatro pasitos*, toman el aire de gotosos. Y á pesar de que está encargado en sus lugares correspondientes *don Nicomédes mete la mano en su bolsillo, Simon alarga la suya, pero aquel no saca mas que su pañuelo;* ó *don Nicomédes que echa de ver que estan encendidas las dos bugias, apaga una*, no faltan cómicos que queriendo enmendar la plana á Moliere sacan un bolsillo y de él un pañuelito, ó un tafetan verde con que se limpian los ojos; ó cogen la bugia apagada y poniéndosela debajo del brazo ó en el bolsillo le dan ocasion á Simon para que quitándosela con cuidado, la vuelva á encender y distraiga á los espectadores con tales juegos. Y, por último, como si al decir *ya estoy muerto, ya estoy enterrado*, fuese preciso echarse á rodar, hay quien se tira por esos suelos de Cristo, cuando para hacerlo con mas propiedad podria meterse en el agugero del apuntador.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Ricoboni censura á Moliere de haber puesto á don Nicomédes muchos criados; pero cuando tiene caballos y coche, el mayor rasgo de avaricia que se ha podido imaginar ha sido el mantener un criado que le sirva de cochero y de cocinero,

el dejar morir de hambre á sus caballos fundado en que no debe comer el que no trabaja, y por fin tener el coche descompuesto y los criados llenos de andrajos. Por lo que hace al mayordomo ya sabemos que no le cuesta nada.

Ricoboni mismo confiesa que Moliere ha sacado de la situacion de su avaro todo el partido posible: conoce que es un estado el mas favorable el que le ha dado, porque tiene otros tantos resortes para desenvolver su carácter, y á pesar de eso está erre que erre en que es un defecto semejante condicion. El principio de su error consiste (á nuestro modo de entender) en haber dicho que don Nicomédes no está presentado ni como hombre de caudales, ni como principal. Y en verdad que no tiene razon: primero porque no hay ningun lugar de la pieza en que esto se diga; segundo, porque al contrario tiene criados, tiene coche, tiene caballos, casa puesta, quince mil pesos en oro, hijos que con la legítima materna pueden establecerse, que por solo su fama de ricos ó ilustres encuentran todos los dias en el comercio quien les fie para vestirse: tiene tambien almacenes de muebles que vender á buen precio, y por último el arte de hacer una onza de oro de cada peseta. Lo que tal vez habria en la cabeza de Ricoboni seria una repugnancia á creer que un hombre rico ó bien nacido pudiese bajarse á las acciones á que arrastra la avaricia.

Bret afirma, así.... porque él lo dice, que el defecto de Plauto es haber hecho á

su avaro que sea un mendigo, porque su indigencia pública aparta de él el ridiculo. Si Bret digera que las espresiones y lances con que se manifieste el carácter cuanto mas á nuestros alcances estén, parecerán mas naturales, tendria razon; como la tiene cuando dice que precisado el avaro de Moliere á tener casa y criados, mal que le pese, está en una situacion contraria á su carácter, y de consiguiente hay mas medios de hacerle brillar.

Pero ¿no es ridículo el avaro del poeta latino cuando piensa que todos le hablan con mas atencion desde que tiene dinero? ¿Qué situacion mas cómica ni mas ridícula que aquella cuando se halla entre la espada y la pared, dudando si ir á casa, como si digeramos del alcalde de barrio, á por el dinero que daba aquel dia de limosna á los pobres, abandonando su hogar; ó quedarse en él, cuidando de su tesoro y esponiéndose á que le tuvieran por rico, viendo que ya no pide? La inquietud de Euclion enterrando su dinero en el lar, luego en el altar de la diosa Buena-fe, y despues en el bosque consagrado á Silvano ¿no pinta la avaricia con aquella ridiculez propia de un hombre que no creyendo su dinero seguro en su casa, en un sitio que ve, que guarda á todas horas y en donde manda esclusivamente, le confia á un parage que es de todos y que tiene que abandonar? Y finalmente ¿cual ridículo comparable al de un mendigo que anda manifestando á todos recelos de que le roban? Si la razon necesitase auto-

ridades, espondriamos la de Cailhava, quien ha creido por el contrario que Moliere podria haber aprovechado todos estos lances. No hay duda que no se conoce otro que pudiese haberlo hecho, y por lo que mira á la inquietud con que Euclion marca su avaricia, ha correspondido en cuanto lo permite la unidad de lugar (harto mejor atendida en el poeta frances) con las repetidas visitas que hace don Nicomédes al jardin. Tambien es probable que atestando de bellezas su fábula la hubiese alargado, y tal vez debilitado con tanta riqueza, y las críticas de sus contrarios habrian parecido mas justas porque se habrian acercado mas á la verdad.

Si la avaricia ha estado representada con caractéres tan naturales y ridículos en dos clases tan opuestas como son un hombre acomodado y un mendigo, en una clase media nos la ofrece llena de mil sales *El castigo de la miseria*, en cuya comedia podriamos tener una cosa original de mérito, si la forma de la composicion fuese tan buena como una gran parte del papel de don Marcos.

ESCENA QUINTA.

Se ha de comer para vivir, y no se ha de vivir para comer. Fórmula de economía y de sanidad que se lee en algunos autores antiguos espresada por estas iniciales E. V. V. N. V. V. E. *Ede ut vivas, ne vivas ut edas.*

Cailhava tiene por superior á todos los

rasgos con que se ha espuesto la avaricia el gasto que quiere hacer don Nicomédes de escribir con letras de oro la anterior sentencia, á fin de tener un pretesto para disminuir la racion á los suyos.

¿Y podré yo saber qué es eso que dicen por ahí de mi? No sé porque Ricoboni, dedicado al rudo trabajo de buscar en el teatro italiano escenas parecidas á las de Moliere, ha pasado por alto esta que parece imitada de la pieza del Ariosto de que hemos hecho mencion.

CLEANDRO.

....E che dice?....

DULIPPO.

....Immaginatevi
Quel che si puó dir peggio: chè il piú misero
E piu stretto uomo non é di voi &c.

Acto segundo, Escena cuarta.

ESCENA SEXTA.

He aquí otra escena que se halla en *La camariera nobile.* Este juego de teatro en que Jacinto se hace el chiquito y castiga á Simon su atrevimiento tiene todo el aire de una escena italiana y la demanda de Ricoboni puede ser justa.

ESCENA DUODÉCIMA.

Ricoboni reclama tambien esta escena como propia de la farsa italiana intitulada *Le case svaliggiate.* No hay duda en que tiene naturalidad y gracia, y que la situa-

cion violenta de don Nicomédes al ver pasar su solitario á poder de Mariana, á quien se le ofrece Hipólito como un regalo de su padre, era tan propia del tema de Moliere, que en este caso creeria recobrar sus bienes perdidos, como dijo de una escena del *Pedant joué* de Cyrano que acomodó á otra pieza que vió la luz pública.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

No queriendo Diderot romper lanzas con Moliere, sin duda porque habia ya muerto, dijo al descuido y con cuidado en el prólogo de una obra que escribió á otro asunto que „el discurso de Marta en „que propone apartar de su intento al ava„ro con el plan de la boda de la vizcon„desa es un defecto, porque el espectador „está siempre aguardando á la tal Marta, „y á la montañesa que no aparecen en el „desenlace." Bret dice que es justa esta reconvencion; pero lo que manifestó su autor en pura plata fueron mejores deseos que verdad, y que la cosa se debia desenlazar á su modo. De ser esencial que aparezca en la escena todo lo que se haya puesto en noticia de los espectadores, seria otra falta la cena, con la cual han debido contar mas que con nada; la enfermedad fingida de la hija para desconcertar la boda que la proponia el padre; el dinero que buscaba el hijo para casarse &c. &c. y yo

quisiera preguntar ¿qué diria nuestro hombre de una composicion así? Sin duda alguna lo que sus paisanos han dicho de nuestras comedias en las que por ser tan esactos en este punto como pretende el crítico frances, aparece un pueblo al terminar la fábula, y todos se casan, y todos se despiden cada uno de por sí, y todos á coro concluyen, con lo de *perdonar sus muchas faltas.*

En la comedia de intriga en que no debe haber mas personages que los muy precisos para que la accion no se debilite, y que por lo mismo deben economizar lo que hablen, está bien lo alegado contra Moliere; pero en las de carácter en que todo se sacrifica á la unidad de sugeto, no tiene lugar. Ni puede tenerle en el Avaro tal cual le ideó Moliere; porque habiendo presentado este poeta dos acciones, de las cuales forma don Nicomédes el nudo con su vicio, ha debido resultar la intriga subordinada al carácter y de consiguiente debilitada: por lo mismo han debido ser mas débiles los medios que pudiesen formar dichas dos acciones, y nunca el espectador echa de ménos esos cabos que quedan sin atar, porque no lo necesitan, porque dañarian al efecto de la comedia, y porque en los negocios de la vida nos sucede muy á menudo llegar á lo que nos proponemos por donde ménos lo pensamos. Observacion admirable del genio de Moliere, con la cual ocultándonos hasta el último momento el desenlace de esta fábula, sostuvo la ilusion como nadie y la

concluyó por un medio nacido del mismo carácter; pues la avaricia fue quien movió al criado al robo segun lo anunció en la escena primera del acto segundo, pero de un modo que nunca pudo llamar la atencion del espectador.

Terminamos esta respuesta diciendo que el mérito de la impugnacion está en faltar á la verdad, porque dice su autor que *no vuelven á verse en la escena ni Marta ni la Vizcondesa que se están siempre esperando*; siendo asi que Marta viene de paseo, acompañando á la hija del avaro y á su novia en la escena cuarta del acto quinto, cuando caminando ya con veemencia la accion no puede hablar mas que una vez; y de venir la vizcondesa con ella tenia que haber abandonado á las jóvenes, y haber egecutado mil cosas inverisímiles atendida la cortedad de tiempo que media desde que salió con ellas á paseo. Desengañémonos: lo que se queria era otro plan de comedia.

ESCENA TERCERA.

Voltaire notó, al paño, que el tiento que dá el avaro á su hijo es el mismo que Mitrídates al suyo. Hé aqui sus espresio-„nes: don Nicomédes y el rey del Ponto „son dos viejos enamorados: ambos rivales „de sus mismos hijos: ambos se valen del „mismo artificio para descubrir la inteli-„gencia que hay entre sus hijos y sus que-„ridas; y entrambas piezas concluyen con „el casamiento del hijo.“ Pues aunque

tenga razon el filósofo frances, la tragedia de Racine no se representó hasta el año de 1673, un mes ántes que muriese Moliere; y, como hemos dicho, el Avaro lo fue en 1668, Ricoboni hubiera al contrario sostenido que Racine habia imitado á Moliere.

ESCENAS CUARTA Y QUINTA.

El escritor italiano pretende que estas escenas son tomadas de *La camariera nobile*; pero no reclama una gran cosa, pues todo ello no pasa de un juego de teatro.

ESCENA QUINTA.

Como es tan antiguo en este mundo que paguen justos por pecadores, vino la comedia presente á llevar un terrible varapalo sin comerlo ni beberlo cuando mas descuidada estaba. Es el caso que á los enciclopedistas les dió gana de decir que era lástima que una república tan sábia, tan justa, tan libre como la de Ginebra no permitiese el teatro al tiempo que mantenia juglares charros, tan capaces de corromper las buenas costumbres como los que mas. Pudiendo tener dicho estado la gloria de reformar los vicios que suelen tener los que se dedican al egercicio cómico, y alegrar un pais en que se nota la tristeza consiguiente á la falta de esparcimiento. Rousseau que deseaba una ocasion de pagar á Diderot el haberle dado á conocer

que servia para algo en la moneda en que solia pagar á todos; tratando al mismo tiempo de reconciliarse con los ministros de una religion que habia vendido por poco dinero; y en fin, tan perdido como siempre por el deseo de singularizarse se puso á enderezar el tuerto que habia cometido otro, y diciendo y haciendo enristró la pluma, y sin dejar títere con cabeza ni reparar en barras, sostuvo unas conclusiones en que afirmó que los teatros eran la prueba de la corrupcion de las costumbres. Y para el efecto principió á tirar tajos y reveses á las composiciones dramáticas de mayor mérito que es un lindo modo de salir del apuro. Ya se deja conocer que no se le quedaria en el tintero el Avaro, de la cual dijo: „es un vicio enor„me ser avaro y logrero; pero no es me„nor el robar un hijo á un padre, faltarle „al respeto, decirle mil denuestos y cuan„do este padre irritado le echa su maldi„cion responderle con tono de mofa que „maldito el frio ni la calentura que le „entra por ello. Porque la bufonada sea „graciosa ¿es por eso ménos reprensible? „¿Y dejará de ser una escuela de malas „costumbres la pieza en que se hace amar „á un hijo que la ha usado con su padre?"

Bastará para hacer conocer que no es lo mismo tomar una proposicion cualquiera y alabarla ó deprimirla, que esaminarla considerando el juego que tiene en la obra, referir aqui lo que respondió Ricoboni á la tal impugnacion: „En la escena segun„da del primer acto se da á conocer el

„carácter de Hipólito que es el de un hijo „lleno de respeto, que conoce bien lo que „esige de él la naturaleza, pero que está „enamorado. La violencia de su pasion, la „falta de medios para llegar á ver cumplidos sus deseos, la desesperacion en „que le pone el considerar que su padre „es un logrero, de cuyo vicio sufre todo „el rigor: el temor de que su avaricia sea „un motivo de oposicion para su matrimonio, y en fin su edad le fuerzan á salir de su carácter de sumision y de respeto, con que se manifestó al principio „de la comedia, á cuyo estado vuelve „cuando dice á su padre en la última escena que no está perdido su tesoro, y „que se le entregará si le da su consentimiento para casarse con Mariana; para „cuyo enlace, añade, que la deja su madre en entera libertad de hacer lo que „quiera; concluyendo con suplicar á su „padre que le dé este gusto. Moliere ha „pensado y con razon, que así conocerian „todos que de haber tenido Hipólito sentimientos contrarios á lo que le imponia „su obligacion, léjos de venir á su padre „con la noticia de que estaba segura la „caja, la hubiera guardado con cien llaves, ó hubiera esigido la hijuela de su „madre que le pertenecia de justicia. Con „tal proceder Moliere ha querido dar una „prueba incontestable de los buenos sentimientos de este hijo, y manifestar que „si ha faltado á la sumision y al respeto „solo se debe achacar á la vergüenza que „le causaba el vicio de su padre, y á la

„injusticia que sufria tanto en sus amores „como por el dinero que tenia que bus„car á un precio tan alto.“

„Para combatir Moliere el vicio que „se propuso, empleó los rasgos mas enér„gicos ya para precaver de él al especta„dor, ya para corregirle. A fin de llevar „el horror al punto que queria inspirar, „unió con la avaricia el logro, como de„pendiente de ella. Si el poeta no debe „contar solamente con las simples refle„siones de los espectadores, y con el hor„ror que deben esperimentar á la vista „de semejante vicio, sinó que es necesario „que le corrija en su pieza; él ha de ser „el primero que le ha de sentir. Para guar„dar este precepto, y para dar mayor mo„vimiento á la accion, se ha valido Mo„liere con la maestria mas grande de dos „poderosos resortes, los mayores que se „pueden imaginar en un asunto como es„te. La fingida adulacion de Jacinto con„firma á don Nicomédes en su avaricia; „mas las reconvenciones de Hipólito y „la sinceridad de maese Simon pueden „hacerle volver en sí y conseguir su re„forma. Nada habria en la pieza que pu„diese corregir la pasion principal sin es„tos dos personages; porque nada de cuan„to dicen los actores puede contribuir á „ello, cuando no les oye el avaro, y las „mas veces es una parte de la comedia „sin instruccion.“

O bien manifestar lo que dice Bret, á saber: „que tratándose de pintar el vicio „de la usura y de la baja avaricia, no de-

„ben olvidarse aquellos grandes rasgos „que nos hagan ver un hombre tan vil, „como don Nicomédes despreciado por „cualquier lado que se le considere, y „hasta despojado de los derechos de padre „por lo mismo que no tiene ternura para „sus hijos, como lo hace ver en la esce-„na once del acto tercero cuando el avaro „dice á Mariana que *pronto se verá libre* „*de sus hijos*, y mas claramente diciendo „á su hija en la escena cuarta del acto „quinto *mas me hubiera valido que te hubie-* „*se dejado ahogar, que haber hecho lo que* „*ha hecho.*“

„La impertinencia de los criados y la „falta de sumision de los hijos nacida de „la poca estimacion que se ha ganado, y „por fin el desprecio general que se ha „traido sobre sí son el verdadero castigo „del avaro; porque lo es el desprecio en-„tre las gentes que hacen caso del honor; „*siendo*, como dijo Moliere, *una píldora* „*que aunque se trague no se puede mascar sin* „*hacer gestos.* Asi, cuando se ha dicho „que el único castigo que recibia don Ni-„comédes por parte de sus amores era una „pena que se hacia muy llevadera con el „hallazgo de su caja, á la que queria mas „que á su novia; no se ha mirado la cosa „sino muy por encima. Y Moliere hu-„biera errado el golpe presentandonosle „como un amo mas temido ó como un „padre mas afortunado.“

„El que intentase delinear el carácter „de un mal padre ¿le pondria hijos llenos „de virtudes? ¿No le llevaria la misma

„verdad á trazar los desórdenes de un hi-
„jo esasperado por su severidad y sus in-
„justicias, y aun el honor de su hija es-
„puesto al mayor peligro? ¿Disculparia
„con esto el que lo escribiese la mala con-
„ducta del hijo, ó la flaqueza de la hija?
„No; pero esparciria entre los padres de
„familia un temor util reduciéndolos al
„placer y al interes de hacerse amar.“

Aunque se puede esforzar la defensa del avaro hasta el punto de negar que Hipolito haya robado á su padre, nosotros solo haremos ver la poca inteligencia en estas materias, ó lo ofuscado que anduvo Rousseau cuando dijo *que se hace amar á un hijo que usa de burlas con su padre*, pues si hubiese atendido mejor á la forma y medios de que se valió Moliere para componer su drama, conoceria que para hacer detestable la avaricia no necesitaba contraponer una virtud que hacer amable (medio comun en los ingenios de tercer órden); sinó hacer que el avaro fuese la risa de todos. Por esto, sin ser vituperable el hijo, porque su fin es el mejor del mundo, no se hace amable porque no hace falta para nada. Y aun apurados un poco puede ser que no nos fuese difícil manifestar que segun la doctrina de dicho crítico la educacion es la medida de la relacion de los hijos á los padres; y de consiguiente la contradiccion que resulta de esigir tanto respeto de Hipólito que en ley y justicia de dicho escritor no debia tenerle ninguno á un padre que no sola-

mente la descuidaba, sinó que por obedecer á su pasion, esponia sus hijos á precipitarse. Pero en Rousseau fue segunda naturaleza manifestar en sus escritos lo contrario de lo que tenia en su corazon.

ESCENA SEXTA Y SÉPTIMA.

Moliere vuelve á imitar á Plauto, acerca de cuyas imitaciones, y señaladamente de las de este lugar dijo Voltaire lo siguiente. ,,Hay en el avaro algunas ideas toma- ,,das de Plauto y embellecidas por Molie- ,,re. Plauto fue quien imaginó que á un ,,mismo tiempo se robase la caja y se se- ,,dugera á la hija del avaro. Suya es toda ,,la invencion de la escena en que uno ,,viene á confesar el rapto, y el otro le ,,tiene por ladron de su tesoro. Pero no ,,falta quien diga que Plauto no se apro- ,,vechó de esta situacion: no la inventó ,,mas que para echarla á perder; y sinó, ,,júzguese por esto solo: el amante de la ,,hija del avaro no aparece mas que en ,,esta escena: se presenta en ella sin pre- ,,paracion ninguna, y sin que se le haya ,,dado á conocer. Y á la hija no se la ,,ve nunca.‟

,,Lo demas de la pieza, continúa, es ,,todo de Moliere: caractéres, intriga, ,,chistes. Solo ha imitado algunos pasos ,,como aquel en que el avaro, hablando ,,tal vez fuera del caso á los espectadores ,,en la escena séptima del acto cuarto di- ,,ce: *¿está por ahí entre Vms. el que me ha*

„*robado?... Todos me miran y se echan á
„reir. ¿Quid est quod ridetis? Novi omnes:
„scio fures híc esse complures.*"

Ignoramos porque habrá dichò absolutamente este crítico que nunca se ve en la escena á la hija del avaro de Plauto, porque en la séptima del acto cuarto aparece para decir una cosa que necesitaba decirse alguna vez en aquella fábula, á fin de poder deshacerse la boda que tenia concertada el avaro con otro.

Decir que el avaro habla con los espectadores *tal vez* fuera del caso manifiesta que no es un error de hecho el que hable; sinó que es opinable si hay en ello error.

Los interlocutores de un drama pueden hablar mal, ó porque sean necedades lo que digan; ó porque las circunstancias hagan que lo sean. El volverse el avaro á los espectadores y preguntarles si se halla entre ellos el ladron, no es una pregunta necia en uno á quien hayan robado alguna cosa: podrá estar el error en cambiar el personage el lugar de la escena y llevar la comedia á aquel grado de rusticidad que tenia en su infancia; mas tampoco le hay en esto.

Para probarlo no recurriremos como Grandmenil al ingenioso medio de suponer que pasando todo lo que vemos en dicha escena en un aposento que por fuerza ha de tener cuatro paredes, hay en una de ellas una ventana por donde el avaro pide favor. Seguiremos la misma naturaleza, que es por donde hemos de conocer lo que hay en el particular.

La comedia, ruda en su orígen y limitada á las injurias que dirigian los vendimiadores manchados del mosto á los pasageros, subió á un tablado por invencion de Crátes, en donde despues de haberse denostado á los particulares, pasó á entablarse una fuente de placer segun fueron suavizándose las costumbres, y quitándola las leyes todo lo que tenia de reprensible. Conforme adelantaron las artes de lujo fue como ennobleciéndose, y el ciudadano encontró en ella ya un descanso de sus fatigas, ya un lenitivo del tedio. Todos corren al teatro dispuestos á abandonarse á un placer que enagene sus sentidos y los reponga del trabajo anterior, aliviándoles del peso que gravita sobre ellos. A este grande obgeto se sacrifica todo. La rima, porque alaga al oido se sustituye á la prosa que es el lenguage natural; la música que dirige el ánimo á las sensaciones blandas es un medio que ya no se perdona; y hasta el supuesto que mas deberia quitar la ilusion, cual es representar la luz natural con la artificial, se hace admisible porque se proporcionan siempre dos grados de luz artificial correspondientes á otros dos grados de luz, uno natural y otro artificial. Y por fin llegan á perdonarse con gusto ciertas faltas miéntras sean veniales, y no destruyan por su gravedad lo mismo que pueden procurar, cuales son por egemplo, salir el espectador del lugar, ó de la cuestion principal sin sentir; esto es, ó cuando los mismos sucesos le han llevado á un sitio no muy

lejano en uno de los intermedios, ó cuando la accion principal ha producido otra que esté enlazada con ella. En ninguno de estos casos se pierde la ilusion, que por el contrario cesa y pasa á ser desagradable como el oyente reconozca que está sentado en el teatro y que el actor no es un amigo suyo á quien está oyendo atento porque habla de buena fe, sino un jugador de palabras que le engaña.

El espectador que ha entrado con Moreto á esaminar si *se puede guardar una muger*, ha caminado con gusto de enredo en enredo que le tienen á punto de ver el fin deseado, hasta que en el tercer acto dice en la escena catorce

D. Felix...........No sea, Tarugo,
que ahora yerres la traza;
y Tarugo: ¿ahora la habia de errar
á la tercera jornada
para que á silvos me undiesen?

Con cuya desgraciada respuesta ha llevado el poeta al oyente desde el lugar de la escena ó bien al teatro verdadero, ó bien á una aula de poesía á que oiga una leccion del modo de componer una comedia en que estaba diciendo el profesor que el interes debe sostenerse y crecer conforme la accion se acerque á su fin. Cuestion inconexa con la propuesta y tan agena de ella que hasta el hombre mas tolerante y apasionado al teatro debe dar un respingo del asiento en que se halle, y renegar de sí, y del tonto que le engañó, y del patio que nunca sabe lo que se silva. Esta si que es una cosa dicha fuera del

caso, y que con ser tan breve producirá peor efecto que las mudanzas de lugar, ú otros estravios contra que tanto se ha declamado.

Por el contrario, cuando en *la posadera y el enemigo de las mugeres* vamos á ver en que vendrá á parar la idea que lleva una muger de que ocique uno de aquellos hombres singulares, que no pueden ver al bello sexo; tomamos parte en la cuestion, seguimos con atencion el enredo, y no se pierde ni disminuye la ilusion porque al concluir el segundo acto dirija la palabra al auditorio la posadera y diga: „hombres infelices, ¿de que sirven brabatas, si apénas nosotras queramos habeis „de caer como pajaritos? Traslado á mi „amigo el caballero: guardaos de lo que „le acaba de suceder.“ Ni tampoco cuando al principio del tercer acto se vuelve á los espectadores y dice: „hombres, ¿no „os moris de vergüenza?: aqui estan las „brabezas:“ ni cuando, por fin, termina la fábula diciendo: „conozcan los señores „hombres que es preciso rindan la cerviz „á nuestros alagos ya fingidos, ya verda„deros; sirviendo el caso de norma para „todos.“ Nadie ha perdido su ilusion, porque en las tres veces no ha hecho la posadera mas que ahorrar á cada oyente el trabajo de decirse lo que el mismo deduciria de lo que acaba de ver y que está tan identificado con la cuestion principal. Nadie ha tenido por impropio este modo de reunir el auditorio con la escena, porque es necesario convenir en que

cesa de haber estas dos cosas desde que se levanta el telon. Al mismo tiempo se va por si mismo él espectador á donde le manda el poeta; y como este sepa decirle cosas que por su naturaleza y circunstancias le figen la atencion, permanecerá aquel en su sitio: en el momento en que falte al segundo la ciencia, falta el encanto, falta la ilusion, y el actor trabaja en valde.

En el saynete intitulado *los tres novios imperfectos* se ofrece la mano de una jóven al que la dé mejor música. El oyente desea el resultado de una contienda en que por un lado viendo tres novios uno sordo, otro manco y otro tartamudo se persuade que se les va á dar un chasco; y por otro cree que se llevará la palma el que es maestro de capilla. Preséntase este á la palestra, papel en mano, con una porcion de seises, discípulos suyos, que cantan una serenata compuesta por él. El auditorio la recibe con tanto mayor gusto, cuanto es ridículo festejar á una jóven con una música de tono de capilla, sin echar de ver que no han traido acompañamiento, y que el artificial del teatro ha contribuido al aumento de la ilusion que causan los instrumentos á costa de la impropiedad que resulta de que sean los del teatro y no unos que salgan á la escena los que la procuren. Prueba evidente de que el espectador va al teatro á que se le mueva y sostenga la ilusion; y que concede que se emplee cualquier medio para ello.

En esta habilidad está la magia del arte, con la cual sabiendo Moliere que en el avaro ha llevado á los oyentes de ilusion en ilusion hasta el punto de presentarles un sugeto ridículo y vicioso chasqueado, no teme que este les pregunte si *está entre ellos el ladron* porque debe buscarle uno que haya sido robado; ni ménos que les diga: *todos me miran y se echan á reir*, porque la sensacion natural del que ve chasqueado á uno es reirse. Se hubiera guardado bien de haber puesto esta espresion en boca de un hombre de bien robado, porque el efecto natural en este caso seria la compasion. Y por fin, pregunta una cosa que ninguno debe estrañar; porque nadie que roba lleva consigo una señal que le descubra, y una cosa que está sucediendo en todos los concursos, donde con harto dolor nuestro nos vemos como el avaro sin el pañuelo ó el reló.

Los críticos que juzgan que ha debido de ser Plauto mas felíz que Moliere en dicha escena, porque el teatro se aproximaba mas á la naturaleza entre los romanos que entre los modernos, no tienen presente que tanto como pueden haberle apartado de ella las galas que le han proporcionado las artes de lujo, otro tanto ha ido tambien alejándose el espectador, que ha caminado á la par de la cultura del teatro con sus mismas costumbres: habiendo sostenido esta proporcion por su parte los poetas con la perfeccion y giro que han dado á sus composiciones, ha-

ciendo que la ilusion gane por el lado de los placeres ideales lo que ha perdido por el de la realidad.

Cuando Ciceron iba á informar á los senadores de los atentados de Catilina, debia de haber dirigido la palabra al senado segun lo pedia el obgeto de su convocacion y era costumbre; mas al tiempo de hacerlo, descubre al conspirador, y se vuelve á él produciendo aquel exordio tan celebrado y mirado como un modelo en su clase. Si se pregunta la causa de haber cambiado el órden de su oracion el elocuente Tulio, se dice que fue el hallarse agitado de una pasion veemente, y bajo de este punto de vista se asienta por regla que son buenos los exordios *ex-abrupto*. No sé porque no se haya de conceder al poeta cómico unos giros semejantes hechos á tiempo, particularmente cuando el lenguage de la poesía es el de las pasiones, y cuando para ello es necesario conocer el arte cómico, como Ciceron el oratorio. Y es bien seguro que solo haciéndolo con propiedad, y en aquellos momentos en que el poeta sepa que el auditorio es todo suyo porque le haya ido conduciendo de escena en escena llenándole de ilusion, podrá conseguirlo. Para egemplo de desaciertos en este género citaremos el sainete *del calderero*, en el que se pinta una accion nada interesante, y cuando uno está mas descuidado oye hablar á una vizcaina desde un palco, y decirla los nombres de las pascuas á la cómica que está en las tablas; y aun no se

ha pasado este susto, cuando sale otra voz del patio, y volviendo la cabeza se halla uno con un caballo hecho y derecho, y dos mozos que le tienen del diestro para que no vuele, y un ginete encima, y al lado un apuntador con su papel, y su luz, y sus anteojos, dando leccion de leer al que representa á un guarda de á caballo; con cuya vision desapareceria todo el efecto que hubiera podido producir en el ánimo la cuestion principal, si hubiese sido capaz de ello.

ACTO QUINTO.

ESCENAS SEGUNDA Y TERCERA.

Tratando de estas escenas cita Riccoboni la piececita italiana, *il amante tradito*, en la cual Arlequin, que está picado con Lelio, roba un bolsillo y le acusa de haber sido el ladron; de donde nace el gracioso equívoco del robo del bolsillo y del amor que Lelio tiene á Flaminia, hija de Pantalon. A pesar del propósito á que le obligó á Ricoboni el afecto al teatro de su pais, y á pesar de que el mismo confiesa que la idea original es de Plauto, conviene en que una obra de pura imitacion es la mas dificil de hacer, siendo solo en las manos de Moliere en donde pasan las copias á ser originales, perdiendo el carácter de imitacion servil que es tan dificil á los demas autores hacer desaparecer de las obras compuestas sobre ideas

agenas. „No olvidando, añade, que solo „Moliere ha enseñado el modo de construir una fábula sirviéndose tanto de las „ideas como de las escenas de otros; no „siendo dicho poeta cómico ménos admi„rable cuando imita que cuando inventa.“ Si admirable es Moliere por estas dotes, no lo es ménos por otra que sobresale en sus composiciones, á saber, el decoro que tienen todos los personages de sus fábulas. En la presente escena quita cualquier sospecha que se haya podido suscitar sobre la conducta de Luisa y Jacinto, pues este manifiesta „que la ama con el amor „mas puro y respetuoso; que preferiria la „muerte á insinuarla el menor pensa„miento que pudiese ofenderla, y que „Luisa es demasiado honesta y juiciosa „para haberle admitido.“ En Plauto estaba Licónides en una situacion bien diversa, pues la hija de Euclion acababa de parir violada por aquel.

ESCENAS CUARTA, QUINTA Y SEXTA.

Simon Carpentier y Antonio Codro Urceo, profesores el primero en Paris y el segundo de Bolónia concluyeron la comedia de Plauto que ha llegado á nosotros incompleta, si bien por los argumentos se deja conocer que el avaro tomaba el partido de casar á su hija con su amante y darla en dote el tesoro.

Si está concluida siguiendo este plan, se puede asegurar que Moliere no ha tomado el desenlace de ninguno de dichos

profesores, y Bret afirma que es así. Llevado de una idea mas superior y mas cierta, á saber, que la avaricia baja las mas veces con el hombre al sepulcro, hace á su avaro sordo á todas las efusiones que probaria el corazon de cualquiera otro viendo reunida una familia dispersa por el infortunio y colocados sus dos hijos. Tal vez otro ingenio mas avezado á la pista que siguen nuestros autores dramáticos se hubiera aprovechado del escribano y del alcalde, y haciendo á los hijos que demandasen la legítima materna, hubiera dispuesto que cargara la justicia con la caja y el avaro con un grillete; desenlazando por este estilo una pieza en que se combate un vicio de los que no están sugetos al rigor de las leyes, sinó á la risa de los hombres. Otro ménos escrupuloso hubiera tratado de no dejar por embusteros á los impugnadores de Moliere, y habiendo hecho al hijo cómplice en el robo, hubiera dado pie á la justicia para dar con todos en la cárcel á pagar sus culpas ó las agenas. Y el autor del *imperio de la verdad* nos los hubiera hecho salir en retaíla, desollando á azotes al mas negro; y el de *los espósitos* nos le hubiera puesto en un palo. Pero Moliere, no haciéndolo asi, consiguió darnos un modelo de desenlaces en esta clase de comedias. Tal le júzga Marmontel cuando dice que „termina felízmente la accion del avaro con „el rasgo de carácter mas enérgico que „darse puede.“

Bret júzga que los dos reconocimientos

repentinos de don Anselmo dañan á la perfeccion de la obra, y opina que ,,con ,,haber dicho en la escena sexta del acto ,,primero que don Anselmo trataba de resarcir la pérdida de los hijos que bajo ,,otro nombre habia tenido en Italia" estaria bien preparado el desenlace; y concluye con que ,,no habria cosa mas fácil ,,que añadir esto á una pieza en prosa."

No sé donde tenia la cabeza Bret, pues si el obgeto de don Anselmo fue mudarse el nombre para vivir desconocido, es claro que deberia ocultar á todos esta mudanza, pues de lo contrario era lo mismo que no hacerla, y por lo tanto no podia el avaro anticipar esta noticia, cuando proponia el don Anselmo á su hija para marido. Ademas, puede ser que con mayor razon hubieran dicho entónces Bret y todo hombre de buen gusto que Moliere no habia tenido la economía necesaria, pues desde dicha escena todo espectador atento habria conocido que don Anselmo podria ser padre de Jacinto, y el desenlace habria estado tan preparado que todos le habrian adivinado desde el primer acto. ¡Error bien culpable en un actor dramático! Don Anselmo está tan dado á conocer como se debe: y ni la disposicion de la pieza, ni el tiempo que se gasta, ni las materias que se tratan permiten que salga á ella, sin pegarla con pan mascado una escena para presentarle al público y decir este es Anselmo.

Tampoco mira Bret la cosa en su ver-

dadero punto de vista cuando dice *que los dos reconocimientos que hace don Anselmo dañan á la perfeccion de esta pieza*; porque los dos reconocimientos son uno correspondiente á la accion del hijo del avaro, y otro á la de la hija: recaen, sí, sobre don Anselmo desenlazando de este modo dos acciones de una vez; de lo contrario hubiera sido preciso un desenlace para la hija, otro para el hijo y por lo ménos otro para el avaro y Mariana, y nunca se hubiera conseguido, como reuniendo los intereses, el que fuera tan notable el caracter del avaro. No debiendo olvidar que no habiendo tenido accion el avaro en todo rigor, sinó que ha sido el nudo de las otras dos acciones, hubiera sido peor proporcionar un desenlace para sus proyectados casamientos.

Por último no dispensamos á Bret de la contradiccion en que ha caido diciendo: *que no habria cosa mas fácil que añadir* (*lo que indica*) *á una pieza escrita en prosa*; pues en una nota que se halla en la página tercera de su discurso preliminar, hablando de que los cómicos abandonan los trages que constan en el testo dice: „nuestros actores suprimen ya toda esta „relacion, y muchas gentes miran con dis„gusto la licencia que se toman en este „particular; sin embargo es ménos malo „quitar algun paso del diálogo de Molie„re, que añadirle; como se atreven á ha„cerlo algunas veces en las representacio„nes del Avaro, en que se esfuerzan bien

„ridículamente algunos actores á manifestar mas talento que este hombre grande."

Por esta razon poderosa no queriendo el tercer traductor presentar en el quinto acto al comisario que hay en el original, ha resuelto este personage en otros dos, un alcalde y un escribano, entre los cuales ha repartido todo el testo sin añadir ni quitar sílaba, aplicando á cada uno de los nuevos interlocutores lo que ha parecido mas propio de su carácter; de modo que ninguno de ellos esté hecho una estatua, como le sucedió al escribano introducido en la primera version, quien no dijo esta boca es mia en todo el acto.

Muestras de las traducciones del Avaro anteriores á la presente.

D. Manuel de Iparraguirre es el que hizo la primera traduccion del Avaro, tan parecida en el mal lenguage á la que publicó don Dámaso Isusquiza como se ve por los lugares que copiamos y de que hay egemplos en cada página.

Supçonnez-moi de tout, le dice Jacinto á Luisita, hija del Avaro.

Iparraguirre traduce... *Podeis sospecharme de todo*, é Isusquiza.. .... *Recelad de mi sobre todo.*

Un poco mas abajo vuelve á decirla: *....et ne me cherchez point des crimes dans les injustes craintes d' une fâcheuse prévoyance.*

En la primera traduccion se lee: *Y no me tengais por delincuente en los injustos temores de un incierto por venir.*

Y en la segunda.

Y no me busqueis delitos en los injustos temores de una funesta prevision.

Trozos que manifiestan lo que entendian dichos traductores por lengua castellana, por lengua francesa, y por traducir; calidades que resplandecen mas que hasta aquí en lo que poco mas abajo dice Jacinto á Luisa.

MOLIERE.

On ne peut pas menager l' un et l' autre; et l' esprit du pere et celui du fils sont

des choses si oposeés, qu' il est difficile d' accommoder ces deux confidences ensemble.

IPARRAGUIRRE.

No se pueden manejar fácilmente el uno y el otro; el espíritu del padre con el del hijo son dos cosas tan opuestas que es muy difícil acomodarse á estas dos confianzas juntas.

ISUSQUIZA.

No se puede componer el uno con el otro; por que el espíritu del padre y del hijo son cosas tan opuestas que es dificultoso reunir estas dos confidencias.

De manifestar todos los lugares que comprobasen nuestra opinion deberiamos reimprimir ambas obras, y felízmente la primera ya es desconocida. Bastan los presentados, pues no hemos tenido que salir de la primera escena del primer acto para dar con ellos. Mas se les puede disimular estas faltas á ambos traductores por su compasivo corazon; porque si el inumano Moliere recordó á los dos hermanos la falta de su madre en la siguiente escena; Iparraguirre é Isusquiza trataron de consolarlos, trayendósela del otro mundo en cuerpo y en alma.

IPARRAGUIRRE.

Elisa.... *para lamentarnos de la muerte de nuestra madre, y que....*
Cleante. *Me parece que oigo su voz.*

ISUSQUIZA.

Luisa.... *de sentir la muerte de nuestra madre y que....*
Joaquin.... *Calla que oigo su voz.*

Convienen tambien ambas traducciones

en haberse hecho tan de prisa, y con tan poca inteligencia que dan pie para creer que no se ha leido el original. Por egemplo. Isusquiza dice en la escena segunda del primer acto *y yo sé tu mucho juicio*, castellano que corresponde á *et j' apprends votre sagesse*; cuando Moliere dice *et j' appréhende votre sagesse*. Por esa corta variacion de letras dijo Moliere en España lo que no habia pensado decir en Francia.

Entre los trastos que quiere embocar el avaro se halla un hornillo con dos *retortas*, *cornues*: pero el traductor leyó *cornes* y le plantó á la traduccion un par de *cuernos* que le sientan tan bien, como un par de banderillas.

Iparraguirre no le va en zaga á Isusquiza en este particular, pues cuando el criado informa al hijo del avaro de haber estado con el que da el dinero dice: *il faut essuyer d' etranges choses, lorsqú on est reduit á passer, comme vous, par les mains des fesse-matthieux*; y el traductor: *es preciso llevar unas sobarbadas, cuando se ven reducidos á pasar como vos, por las nalgas de Mateo*. Debiendo leer para traducir de este modo, *par les fesses de Matthieu*, harto diferente del original.

Para traducir en la escena primera del acto primero....*que ni aun fuerzas me deja para desear que las cosas tratadas lleguen á tener efecto* en lugar de *et je n' ai pas même la force de souhaiter que les choses ne fussent pas* es necesario no leer el último *ne pas*.

En la escena quinta del mismo acto dice al avaro su hijo: *le mariage peut nous*

faire peur á tous deux de la façon que vous pouvez l' entendre. Y para traducir *el casamiento no nos puede causar miedo á los dos, segun vos lo podeis conocer*, es necesario poner ahora el *ne pas* que se quitó ántes.

Cuando la hija se reusa á la propuesta que la hace el avaro de que se case con don Anselmo, dice con respeto á su padre: *Je vous demande pardon, mon pere*; y el avaro la dice remedándola: *Je vous demande pardon, ma fille.* Y nuestro traductor: *perdonadme, padre mio:—Os perdono, hija mia.* No puede ser que en tan corto trecho haya traducido la espresion de la hija y la del padre de un mismo modo sin haber leido: *Je vous donne pardon, ma fille.*

En la escena quinta del acto tercero pone el cocinero en noticia del avaro que hablan mal de él, y que refieren por el pueblo mil anécdotas relativas á su cicateria. *On n' est point plus ravi que de faire sans cesse des contes de votre lésine.* Iparraguirre dice *que le ajustan las cuentas de su cicateria*: traduccion imposible no habiendo leido *comptes* en lugar de *contes*; pues en la escena quinta del acto quinto traduce: *yo me burlo bien de todos esos cuentos*, cuando dice el avaro: *Je me moque de tous ces contes.*

Tambien en la escena sexta del acto cuarto leyó *gagné* en lugar de *guigné* en esta espresion que dice el criado del hijo del avaro á su amo; *lo he estado acechando todo el dia*; *J' ai guigné ceci tout le jour*; pues traduce *he ganado.*

Por último al principio de la escena

primera del acto quinto traduce *prender* en lugar de *ahorcar*, señal de que leyó *prendre* y no *pendre* como dijo Moliere.

Parece imposible que muchas veces el mismo contesto del discurso no hubiese hecho á este traductor pararse á pensar lo que traducia; pero es de saber que ademas de ignorar las lenguas que careaba, no tenia la menor noticia de lo que era una comedia; carácter que tiene su traduccion, el cual la distingue de la de Isusquiza. Y si este, como veremos mas adelante, hizo hablar á los personages del Avaro de Moliere como le plugó, escudando su obra con el título de *traduccion libre*; aquel con el de *comedia famosa* deshizo, ó descompuso una comedia que es tal, aunque en el original carezca de dicho epiteto.

En la escena quinta del primer acto dice el avaro: *Cependant je ne sais si j' aurai bien fait d' avoir enterré dans mon jardin dix mille écus qu' on me rendit hier*; y el bueno del Señor Iparraguirre: *no sé si será mas acertado que vaya á enterrar en mi jardin diez mil pesos que me trageron ayer.* El avaro no desampara la escena, y recelando al fin de la séptima por los ladridos de un perro que le andan en el dinero que tiene en el jardin, va á ver lo que es. Engaño manifiesto para el espectador que ni aun puede imaginar que haya puesto por obra su idea alguna vez que haya faltado del teatro. De consiguiente no debe esistir la escena sexta del acto cuarto en que le roban la caja, la séptima en

que se lamenta del robo, ni casi todo el acto quinto. La comedia de Iparraguirre está desenredada sin tener nudo. Sin duda ninguna la pudo llamar famosa, pues no hay otra como ella.

En el acto quinto hay la prueba mas convincente de que este traductor no sabia en lo que consistia la gracia cómica, pues cuando Moliere lo lució con la hermosa escena tercera, fundada toda ella en hablar sin entenderse el avaro y el amante de su hija, pidiendo aquel su dinero, y este disculpándose de la palabra de matrimonio que habia dado á Luisa; Iparraguirre sin andar con chiquitas la corta cuando quiere, poniendo á los espectadores en estado de tener por loco al autor de una comedia en la que ni aun se supone que tengan oidos los representantes, pues con esto solo no convertirian en majaderias las gracias que tienen que oír. Dice Moliere: *Je le crois bien.... Mais je veux ravoir mon affaire, et que tu me confesses en quel endroit tu me l' as enlevée.* Iparraguirre traduciendo: *eso bien lo creo.... Yo quiero que vuelva á mi poder mi arquita, y que me confieses en que parte me la quitaste*, produce todos los trastornos de que se ha hablado con solo la palabra *arquita*, por la que deberia sustituir cualquiera cosa que mantuviese la ambigüedad hasta que fuese hora. No quiero hacer mérito de que por ignorar lo que es el frances y el castellano haga al avaro preguntar una majaderia como es querer saber *de donde la ha quitado*, cuando lo que á él le inte-

resa saber y lo que pregunta es *á donde se la ha llevado.*

Pasemos á hacer ver la naturaleza de la traduccion de Isusquiza. Nadie se persuadirá que en la traduccion mas libre pueda ponerse *como dice la gente* por *sauf correction*; *es verdad* en vez de *pardonnez moi*; *cortinas* por *chaises*; *envuelto* por *doublé*; *cascabelillos* por *escabelles*; *abrazaderas* por *fourchettes*; *estómagos llenos de aire* por *estomacs débraillés*; *frescura á lo antigüo* por *fraise á l' antique*; *qué quiere decir ese aspamento* por *qui veut dire cela* &c. &c. &c. Ni que cuando en la misma escena tercera del primer acto dice el avaro: *Ces grands haut-de-chausses sont propres á devenir les receleurs des choses qu' on derobe, et je voudrois qû' on en eut fait pendre quelqu' un* se cumpla con decir: *estos bolsillos grandes son muy á propósito para ocultar lo que se roba*,.... y laus deo. Ni mucho ménos la laguna con que ha privado al' público de todo lo que hay en esta traduccion en la página 22, desde *dale machaca* hasta *Vaya... Pues* &c., ni la otra donde dice página 24 línea tercera, *pudiéndose llamar dichoso el que lo ha puesto á buen recaudo, y solo tiene á la mano lo preciso para salir del dia.*

No se puede conocer el orígen de la mayor parte de estas lagunas; pero cuando hay un paso algo dificultoso, ya es otra cosa. Tanto monta romper como desatar dijo Alejandro, al presentarle el nudo de Gordio. Por egemplo, cuando en la escena quinta de este acto primero di-

ce Moliere:... *voila qui crie vengeance au ciel; et á vous prendre depuis les pieds jusqú á la tete, il y auroit la de quoi faire une bonne constitution*, no es estraño que se sacrifique este trozo al busilis que ofrece la última palabrilla.

Asi, á fuerza de lagunas, que no insertámos por no molestar mas, y con rellenarlas de puntos suspensivos; jugando nuestro traductor como podria con las bolillas y los cubiletes, despachó felizmente su traduccion que han aguantado los espectadores y ha pagado la compañía.